

ANIRÚAME

Lic. Javier Corral Jurado
Gobernador Constitucional del Estado de Chihuahua

Mtra. María Concepción Landa García Téllez
Secretaria de Cultura del Estado de Chihuahua

Mtro. Raúl Manríquez Moreno
Director General de Capital Cultural

Lic. Ivonne Alcázar Mendias
Programa Editorial de Gobierno del Estado

“La mucha lectura nos ha brindado una barbarie ilustrada”

Georg Lichtenberg

ENRIQUE SERVÍN

ANIRÚAME

Historias de los tarahumaras
de los tiempos antiguos



bárbaros ilustrados
AUTORES CHIHUAHUENSES

Primera edición en esta colección:

Octubre de 2020

Primera edición en 2015:

Secretaría de las Culturas y Artes de Oaxaca

Derechos reservados:

Por el texto:

© Kenia Ortega Carrillo e Iram Ortega Carrillo

Por la presentación:

© Raúl Manríquez Moreno

Director editorial de la colección:

Rubén Mejía

Integrantes del consejo editorial:

Mónica Torres Torija G.

Jesús Vargas Valdez

Raúl Manríquez Moreno

Rubén Mejía

Diseño de la portada:

Gisela Franco con base en una obra de la serie “Huellas de la tierra” de José Lucero.

Diseño del logotipo:

Felipe Alcántar

Labor de corrección:

Ivonne Alcázar

ISBN: 978-607-8766-04-8

Secretaría de Cultura del Gobierno
del Estado de Chihuahua

Presentación

Anirúame, historias de los tarahumaras de los tiempos antiguos, de Enrique Servín, es un libro que se lee con asombro y felicidad. Cada relato nos revela aspectos de un universo mágico y desconocido, pleno de imaginación y belleza: la rica mitología rarámuri.

Nos adentramos así en un mundo poblado por seres que se crean a partir de las estrellas, plantas que guerrear entre sí disputando el territorio, animales que son personas a la vez e inciden en la vida de los seres humanos, como Cuervo, al que se le atribuye sabiduría para dictar normas morales y hace de juez en los desacuerdos entre los hombres; o Venado, que enseñó a los tarahumares el idioma del sol. Nos maravillan también el pájaro de fuego que cruza el firmamento robando almas y corazones, serpientes que dan origen a manantiales, gigantes más altos que los pinos más altos, piedras que devoran las almas...

Este incesante desfile de hechos insólitos e imágenes sorprendentes es una experiencia que nos deja deslumbrados y con una especie de tambaleo epistemológico. Se trata de una cosmogonía desconcertante y hermosísima, que cimbra la percepción que hemos tenido de esa cultura que con tanta discreción ha vivido al lado nuestro durante siglos sin que imagináramos la riqueza de estos mitos y leyendas que, casi en secreto, se han pasado de generación en generación.

Hay en estas historias no sólo una explicación del universo sino también una delicada estética, una imaginativa búsqueda de la armonía entre los elementos que conforman el mundo y los actores que lo pueblan; un conciliación entre las deidades, los hombres y la naturaleza; una concordia universal que implica el respeto, la solidaridad y la belleza.

Podríamos reconstruir un sistema de pensamiento a través de estos relatos. En ellos subyacen los fundamentos de una religión quizá olvidada por la mayoría de los propios tarahumares; y también una filosofía:

una manera de entender el mundo, una identidad y, por supuesto, una ética, una serie de principios para andar rectos por el mundo.

Hacia el final del libro aparecen algunos relatos indígenas de la colonización española del territorio tarahumara. Como en todo el nuevo mundo, los blancos buscaban oro y plata mientras creían llevar la fe verdadera, pero ello implicaba despojo, opresión, enfermedades. Los rarámuri nunca se sometieron, se defendieron con fiereza liderados por guerreros legendarios como Teporaca y poderosos hechiceros como Kichísali. Hay desesperación, tristeza y heroísmo en estos relatos en los que los gobernadores dicen a su gente “no escuchen nada de lo que dicen los blancos, no escuchen ni siquiera el sonido de las campanas”. Es la versión tarahumara de la visión de los vencidos.

Desde distintas trincheras, Enrique Servín luchó muchos años por preservar y dignificar las culturas étnicas del estado de Chihuahua. Más de dos décadas le llevó rastrear y reunir las historias que conforman este libro. Hurgó en archivos y antiguos documentos, recorrió la vastedad de la sierra Madre buscando a los pocos narradores tradicionales que todavía existen en apartadas comunidades indígenas. Se ganó su confianza para entrevistarlos y, en algunos casos, los llevó a los estudios de grabación de la ciudad. Con ello consiguió preservar esta rica tradición seriamente amenazada por el proceso de aculturación que rápidamente avanza con la educación oficial y la migración de los indígenas a las zonas urbanas.

El valor de esta obra va más allá de la mera investigación. El tránsito de la oralidad a la escritura no es sencillo, pero el talento literario de Servín le permitió hacerlo con maestría. El mayor acierto está en la construcción de una voz narrativa en la que el autor se desdibuja por completo y renuncia a su propia perspectiva para dejar sitio a una voz antigua, sabia y poderosa que parece atravesar siglos y milenios para revelarnos la verdad. Una voz que suena a tradición oral, como corresponde a una cultura ágrafa.

Se trata, por supuesto, de una construcción literaria y convincente, pero implica también un compromiso y una integración con la cultura de la cual provienen las historias, de manera que el yo narrativo cede paso a la voz colectiva que se da en la tradición. Estas virtudes dan al texto un sentido profundo y una belleza imposibles de alcanzar de otra manera.

La aportación que Servín hace a nuestra cultura con este libro es enorme. Por una parte nos permite entender un poco a ese pueblo silencioso, largamente hostilizado por los colonizadores españoles y después históricamente marginado por la población mestiza, hasta nuestros días. A partir de esta lectura podemos entender mejor su silencio, su indiferencia a nuestros afanes consumistas y de posesión, el sentido profundo y solidario del *kórima*, ese principio ético que establece que quien tiene más debe compartir con quien tiene menos.

También podríamos entender su apego a la naturaleza, su respeto por las plantas y los animales, posturas que acaso quedan fuera del entendimiento de la sociedad de consumo y la perspectiva progresista pero resultan profundamente congruentes con la visión que este libro nos revela, con el amor y respeto a la naturaleza implícitos en sus creencias.

Pero este libro, hermoso por su imaginaria y su retórica, también nos plantea cuestionamientos. Cuán ciegos hemos sido ignorando y pisoteando esa riquísima tradición que vive al lado nuestro. ¿Qué hemos hecho, por omisión o intencionadamente, para apocarla y destruirla? ¿Qué cosas maravillosas pudimos, quizá podríamos aún, aprender de ellos?

Y surgen de ahí otras inquietudes. Miles de tarahumares vienen cada año a trabajar en las huertas manzaneras de la región de Cuauhtémoc, donde yo vivo. Muchos de ellos deambulan por las calles enredados en el alcohol y otras adicciones, a veces envueltos en violentas riñas, continuamente atropellados por la autoridad y estigmatizados por una sociedad clasista. ¿Cuántos de ellos conocen las historias de *Anirúame*?

¿Hasta qué punto se reconocen en ellas? ¿Se asumen como los hijos de las estrellas, el pueblo que habla el idioma de Sol, los pilares del mundo, los que son capaces de ensanchar la tierra y encender de nuevo a Sol y Luna con el poder de sus danzas?

La filosofía y la psicología han estudiado el proceso de la identidad narrativa. Según esta propuesta, las historias que nos cuentan o contamos, y que aceptamos como nuestras, aquellas en las que reconocemos nuestro origen y nuestro destino, determinan nuestra identidad y la valoración que hacemos de nosotros mismos. Por eso esta compilación es importante, porque puede darnos, a los mestizos y a los indígenas, una visión más rica de nosotros mismos, y podría ser el inicio, ¿por qué no?, de una relación más equitativa y solidaria.

Anirúame, historias de los tarahumaras de los tiempos antiguos, es una obra destinada a dejar huella en la cultura y la identidad chihuahuenses. Podrá convertirse no sólo en una referencia para los estudiosos de las culturas indígenas, sino también en un libro clásico leído en las escuelas, en los parques, en las casas, cuyas historias serán contadas por los abuelos a los nietos.

Hay que leerlo no como una curiosidad folklórica o como mero acervo cultural, sino con el gozo y la entrega con los que se lee la gran literatura que, sobra decirlo, nos lleva a reflexionar y a entendernos mejor entre nosotros.

La presente edición incluye, gracias a la generosidad de Noel René Cisneros, un prólogo inédito de propio autor.

Raúl Manríquez Moreno

Prólogo

Por Enrique Servín

Hacia principios de la primavera del dos mil trece, una promotora cultural me preguntó si no contaba con textos relativos al folclor tarámuri que le pudiera proporcionar para elaborar sobre ellos un trabajo de dramaturgia popular. Le contesté que conocía algunas historias y temas mitológicos de los tarahumaras pero que, desafortunadamente, los textos en los que está documentado lo que se conoce de su mitología se encontraban dispersos en diferentes cuadernos de lectura, obras antropológicas y materiales en audio. “¿Podrías escribir algunos de los que sabes y proporcionármelos?”, me dijo. Le contesté que sí, y en cuanto salió de mi oficina comencé a redactar el mito de creación que registrara, hace ya más de un siglo, el noruego Carl Lumholtz. Al día siguiente añadí algunas narraciones más pero, por una parte, las actividades de trabajo que tenía pendientes y, por la otra, el hecho de que durante varias semanas no volví a tener noticias de la persona que me había solicitado los textos, hicieron que el proyecto al mismo tiempo se desacelerara y cambiara notablemente de objetivo.

En efecto, conforme iba añadiendo mitos y relatos al documento base, la intención original se transformó en algo muy diferente. No podía dedicarme a elaborar una recopilación de tipo etnográfico –trabajo sumamente necesario pero para el cual ni cuento con el tiempo suficiente ni estoy capacitado–, pero sí parecía posible reunir la mayor cantidad posible de narraciones actualmente accesibles y trabajar con ellas un texto que pudiera servir como material de lectura escolar, un objetivo mucho más modesto pero igualmente necesario. De esa manera, la recopilación pronto adoptó el objetivo principal de proporcionar a los jóvenes estudiantes de las escuelas indígenas –quienes actualmente

deben desarrollar sus habilidades de lecto-escritura predominantemente en castellano—, un texto redactado en su idioma y que, al mismo tiempo, les pudiera ofrecer una introducción a su propia tradición oral, a las antiguas creencias y al pasado cultural e ideológico de su pueblo. En este sentido, apenas si debo mencionar que las actuales escuelas indígenas incluyen muy pocos contenidos culturales populares en sus programas de estudio, y que el contexto, más amplio, de la sociedad mestiza que ahora sitia y asedia a las comunidades tarahumaras tiende rápidamente hacia la imposición de una cultura global, descaracterizada y por completo orientada a la actividad económica y el consumo.

Varios problemas y cuestiones se me presentaban, incluso habiendo optado decididamente por un trabajo de naturaleza no científica. En primer lugar ¿qué tipo de tradición oral incluir? Recorriendo la obra de los diferentes etnólogos y antropólogos que han estudiado al pueblo tarahumar, uno se encuentra, en un extremo, con “textos” provenientes de la tradición oral que ya tienen más de cien años de haber sido recopilados, y en el otro con entrevistas y registros bastante recientes, algunos incluso apenas acabados de publicar. Su naturaleza, como es de entenderse, cambia bastante, y no sólo en la forma, el estilo y la temática, sino también en cuestiones centrales, como la filiación histórica de los mitos más emblemáticos, por ejemplo, los mitos de origen. Si el día de hoy uno va a la sierra tarahumara y entrevista a personas para hacerles las mismas preguntas que hace un siglo Carl Lumholtz les hizo a sus bisabuelos, las respuestas, con toda seguridad, apenas se parecerán a las que recogió el explorador y etnógrafo escandinavo. Posiblemente puedan identificarse algunos elementos en común, y estos elementos pueden ser muy notables y plenos de sentido cultural, pero la cantidad de innovaciones que los temas han ido incorporando habrá reestructurado de tal forma una narrativa mitológica determinada que en ocasiones es difícil saber si descende directamente del prototipo recogido por Lumholtz. Tan solo un ejemplo: En los lugares en los que el dilu-

vio era narrado como una de varias refundiciones cósmicas ordenadas por el sol y la luna, y sin la intervención de ningún héroe, actualmente se narra mencionando a Dios (el dios judeo-cristiano, antropomórfico, varón y patriarcal), a Noé (un héroe) y hasta al “barco” que éste construyó para salvar a las diversas especies animales. Ante esto ¿debemos entender que se trata del mismo mito, pero reestructurado y (seguramente) resemantizado, o bien, que el mito indígena ha sido por completo sustituido por el equivalente bíblico que más se le parecía?

Varias consideraciones me hicieron optar por la elaboración de una selección crítica que podía, o hasta debía sacrificar los elementos más evidentemente exógenos, y en concreto, los más evidentemente occidentales. Estos últimos no necesariamente son bíblicos, ya que la actual tradición oral tarahumara (y por este término debemos entender una pluralidad de tradiciones en continuo cambio), además de numerosas narraciones de claro origen bíblico (o, de manera más amplia, católico), contiene ahora muchos elementos originados en el folclor europeo y, previsiblemente, también en la cultura popular mexicana. Dichas consideraciones son de tipo estético y político. Estético porque los elementos de cuño amerindio mantienen y comparten una serie de valores —una especie de horizontalidad y hasta de diálogo para con el resto del mundo natural, un tectonismo que minimiza al hombre y lo mantiene en un lugar complementario en el mundo— y esos valores a su vez generan una serie de imágenes y coloraturas compatibles entre sí. Político porque una revalorización de la cultura tarahumara como la que se intenta difundir en un libro de lecturas escolares como el presente hubiera quedado, como mínimo, incompleta, de haber aceptado acríticamente la multitud de elementos europeos que ahora forman parte de su tradición oral. Sé, por supuesto, que cualquier manifestación cultural es el producto de un proceso dinámico poroso, basado en intercambios, modificaciones e innovaciones, y que la antigua tradición oral tarahumara también estaba infiltrada por numerosos elementos provenientes

de otras regiones culturales. Pero cualquier observador nota un *continuum* en la vieja tradición amerindia, y una cierta compatibilidad en sus lenguajes y manifestaciones concretas, de manera que opté por una especie de reconstrucción que, no lo ignoro, tiene también un carácter intrusivo.

Una tercera cuestión era la de qué tono y qué estilo adoptar en la redacción. Muchos de los mitos tarahumaras que han llegado hasta nosotros consisten en meras menciones de núcleos narrativos, sumamente escuetas y que, de ser transcritas en la forma en la que se conservan, suscitarían muy poco interés en tanto que narraciones y contribuirían muy poco en el desarrollo de la habilidad de la lectura. Por otra parte, un desarrollo más o menos extenso de los temas hubiera “literaturizado” de manera excesiva piezas cuyas características originales fueron, en cualquier caso, la sobriedad y la inmediatez. No hay que olvidar, al respecto, que la tradición oral en sociedades rurales que han tenido muy poco contacto con la visión científica moderna ocupa el lugar de la memoria colectiva, y es transmitida con la toda la presunción de veracidad que en otras sociedades tiene la historia, de manera que muy rara vez es adornada, o intencionalmente amplificada. Por lo anterior, opté por un lenguaje sencillo pero al mismo tiempo lo suficientemente expresivo y capaz de generar sus propios ritmos y musicalidades. No pretendo, del todo, haberlo logrado. Un último problema, aunque quizá el más difícil, era el del orden de presentación que debían obtener las narraciones una vez estructuradas en una serie con pretensiones de organicidad. Los mitos tarahumaras, como los de la mayoría de las culturas, no son contados en ningún orden cronológico. De hecho, es posible decir que no lo tienen, ya que operan en un espacio narrativo que se ubica en el remoto pasado, pero que dentro de sus límites genera una ucronía y un universo libre de la lógica. Queda a cargo de las audiencias o de los lectores, en caso de necesitarlo, el presuponer dicho orden, y esto último, con la intención de lograr una narración más o menos continua y atractiva, es precisamente lo que intenté.

En buena medida, lo reconozco –y hasta lo enfatizo–, el resultado es más una creación literaria que una recopilación etnográfica. Pero es, de todas maneras, una creación que se basa principalmente, y hasta con cierto rigor, en lo que se conoce de la antigua mitología y el pensamiento rarámuri o, en algunos pocos casos, en testimonios y creaciones posteriores muy vinculados con esa mitología.

Chihuahua, Chih., septiembre de 2013.

*Para Kenia e Iram Ortega, mis dos hijos,
hijos, también, del pueblo de las estrellas.*

Para todos los hablantes del idioma tarahumar.

BILÉ

Los dos hermanos se juntan

¡Escuchen, todos ustedes, la gente buena, escuchen bien! Así se ha venido diciendo desde el principio:

Los abuelos de los antepasados les contaron a los antepasados, y los antepasados les contaron a nuestros propios abuelos, que hace muchísimo tiempo, cuando todo empezó, el llano estaba completamente solo, a oscuras y en silencio.

Nada más había dos hermanos. Eran como dos niños. Los dos eran tan pobres que sólo se vestían con las hojas de las palmas, y cuando sentían hambre se comían sus propios piojos, porque nada más existía. No había cerros ni ríos, ni árboles, ni barrancos, ni tampoco animales, ni agua, ni piedras. Muy pocas cosas existían.

Los dos andaban a tientas porque casi no podían ver. Los dos eran muy oscuros, sin calor y sin luz. Y cuando se cansaban y se dormían, el mundo se quedaba completamente oscuro y en silencio.

Unos dicen que esos dos niños tenían una casa hecha con hojas de las palmas, otros dicen que no tenían nada. Al caminar, se tomaban las manos para no ir a perderse, y se movían siempre despacio, y a tientas.

Entonces se tocaron, el niño y la niña se abrazaron. Se juntaron como se juntan los esposos. Así fue como ocurrió, hace muchísimo tiempo, en el principio.

Al juntarse, la muchacha comenzó a brillar mucho. Así comenzó a arder la que vive allá arriba, porque son las madres las que cuidan a sus hijos y son ellas las que les dan siempre el calor. Y por eso se le llama *Rayénari*, Sol, “la que viene alumbrando”.

Entonces La-que-es-Madre comenzó a parir muchos hijos, los que llamamos las estrellas. Y La-que-es-Madre siguió pariendo hijos hasta que se separó de su esposo.

Así fue como comenzaron a brillar Sol y Luna, hace muchísimo tiempo, y así fue como comenzaron también todas las demás cosas, allá hace mucho tiempo, en el principio. Y no son palabras de ahora: son palabras de los tiempos antiguos.

Otros decires sobre el principio

Pero otros cuentan que Sol y Luna no estaban solos. Vivían con ellos seiscientos tarahumares y, de uno de ellos, se dice que era un gran curandero.

El mundo estaba oscuro, pero por completo, porque una sola estrella, *Chi'lisópali*, ya existía, y todo estaba casi siempre en penumbras.

Los tarahumaras no podían trabajar porque la luz era muy poca, y se tenían que tomar de las manos para poder ir a otras partes, porque si no, se tropezaban con cualquier cosa y se caían.

Entonces el curandero pensó: “es necesario que el niño y la niña comiencen a brillar”. Después hizo unas pequeñas cruces de madera y las mojó en tesgüino, tocó con ellas a Sol y Luna, y los dos niños comenzaron a brillar.

Y se dice que *Jíkuli*, el que es Tío, y *Bakánowa*, también estaban con ellos desde el principio, ya viviendo con ellos en el mundo.

Nacimiento de *Chi'lisópali* y *A'lisópali*

Se cree que los primeros hijos de La-que-es-Madre y El-que-es-Padre fueron *Chi'lisópali* y *A'lisópali*, los dos hermanos que se quedaron arriba, junto a Sol. Y desde entonces hasta ahora siempre la han estado ayudando, acompañando, siempre siguiéndola a todas partes. Como son sus hijos mayores, la ayudan en todo.

Chi'lisópali se llama también *Ri'lisópali*, y avisa temprano la llegada de Sol. *A'lisópali* llega en la tarde, y avisa siempre que Sol ya se retira. Estos dos vuelan siempre en el cielo, y nunca han bajado a vivir sobre la Tierra.

La-que-es-Madre siguió teniendo hijos, unos se quedaban acompañándolos allá arriba, pero otros bajaron hasta el fondo y se quedaron a vivir acá abajo, muy lejos del cielo. Esos que bajaron se convirtieron en los cerros de los tarahumaras y en todas las demás cosas.

Pero otros dicen que *Chi'lisópali* ya andaba trabajando antes de que se juntaran Sol y Luna, y que ha estado siempre allá arriba con ellos. Dicen que cuando nada existía y Sol y Luna no tenían luz, *Chi'lisópali* era el único que los alumbraba, y que por eso el mundo estaba siempre tan oscuro, porque su lumbre era muy poca y casi nada se podía ver.

Nacimiento de la Tierra

Otro hijo de los dos hermanos se llamaba Gawí. Era muy grande y algunos cuentan que al caer se convirtió en una tortuga. Los tarahumaras le llamaron después “Sobre la Tierra”, y de ella se formaron muchas otras cosas. Y así fue como nació la Tierra de los tarahumaras.

Encima de esa tortuga se formaron las montañas, y arriba de la Tierra siguieron cayendo muchas otras estrellas, que fueron los hermanos menores. Y así se les dice desde el principio. Y se dice que al principio la Tierra era plana y estaba toda blanda y mojada.

Pero otros de los hermanos menores que siguieron llegando se quedaron arriba en el cielo, con los hermanos mayores, y junto con La-que-es-Madre y El-que-es-Padre.

Así fue como la Tierra se llenó toda de cosas y el cielo se llenó todo de estrellas.

Esto se dice de la Tierra

Los abuelos de los antiguos tarahumaras les contaron a los antiguos tarahumaras, y los antiguos tarahumaras les contaron a nuestros abuelos, y nuestros abuelos les contaron a nuestros padres, y nuestros padres nos contaron a nosotros, cómo es la Tierra.

La Tierra es como una tortilla, como una tortilla muy grande. La Tierra es como un tambor muy grande, se dice. La Tierra es circular.

Dicen que allá en la orilla, en donde se acaba la Tierra –porque así lo han contado algunos de los que viven muy lejos–, están los moradores de los confines.

Allá queda la orilla del mundo, desde donde se dice que ya no se puede ver más allá.

Y donde el mundo se acaba, donde ya no hay nada, donde hay solamente orilla, allá se yerguen unas columnas.

Y dicen que son de hierro esas columnas que se levantan hasta arriba, para que no se caiga el cielo.

Y si acaso alguien llegara hasta ese lugar en el que se yerguen esas columnas, dicen que se podría subir muy bien al cielo.

Nacimiento de las cosas y los tarahumaras

Y la Tierra se fue llenando de cosas. Eran muy diferentes entre sí, unas eran muy grandes y otras eran muy chicas; unas estaban quietas y otras podían moverse. Unas son rocas, otras son pinos. Unas se llaman abetos, madroños, táscates; otras se llaman pájaros, perros, tejones, zorras, coyotes, lobos.

Todos eran personas. Así nacieron la arena, el lodo, el zacate, las flores, los guijarros, las rocas y las montañas. Así nacieron los mapaches y los cholugos. Así nacieron también las moscas, las avispas, los chuyacos y las águilas: todas las cosas que vuelan.

Otras estrellas se convirtieron en los tarahumaras, que son la gente de las estrellas. Porque así es como se dice que nacieron los tarahumaras: de las estrellas caídas.

Entonces Sol y Luna se separaron, y arriba quedaron con ellos *A'lisópali* y *Chi'lisópali*, y los hermanos menores, las estrellas. Y abajo quedó el mundo con todas las cosas inmóviles, y con las cosas que se mueven, y con todas las cosas que vuelan, y con los antiguos tarahumaras.

Lo que se dice de sol y luna

Se dice que Sol es Madre y que Luna es el Padre. Que son grandes personas, que son los que nos dieron vida, los que hicieron todas las demás cosas.

Que no hay que señalarlos con el dedo, porque es falta de respeto y podrían enojarse. Se dice que son un matrimonio y que a veces se enojan entre ellos y entonces pueden ocasionar mucha destrucción. Que cuando se juntan, a veces pelean con mucha violencia, como hacen tantas parejas. Por eso los tarahumaras les tienen miedo a los eclipses, porque dicen que Sol podría matar a Luna o Luna podría matar a Sol, y si eso llega a ocurrir, el mundo se acabaría.

Se dice que Luna ayuda a los tarahumaras a saber qué tiempo habrá, si va a llover, o si los campos se van a quedar secos. Si Luna se yergue de pie, es que los campos se van a quedar secos. Si aparece recostada de espaldas, es que viene arrastrando agua tras de ella, y que pronto las lluvias comenzarán a caer.

Que cuando Luna se ve rodeada de un anillo brillante, ese anillo es el patio de su casa, su *awírachi*, allá arriba, en el cielo. Y eso quiere decir que Luna está bailando en su patio. A veces Luna se cansa y entonces se va a dormir, por eso hay noches claras en las que no aparece Luna. A veces Luna se enferma y tampoco aparece de noche, entonces el *owirúame* tiene que ir a despertarla o curarla para traerla de regreso en unos pocos días. La cura con el corazón de animal, que se coloca en una estaca, se rodea de cruces y se sahuma con copal. Entonces Luna sana, se siente fuerte, se levanta, y vuelve a aparecer brillando con mucha fuerza, unas cuantas horas después.

La-que-es-Madre dibuja al Venado

Un día que La-que-es-Madre estaba sin hacer nada extendió sus dedos y se puso a dibujar sobre una piedra plana que estaba en el suelo. Era una piedra grande, como cualquier otra piedra. Lo que dibujó La-que-es-Madre fueron unas huellas. Eran muy bonitas. Cuatro huellas fueron las que dibujó.

Al terminar de dibujar la cuarta, entonces de las huellas se levantó el Venado, completo. Era grande y muy fuerte. Tenía piernas y pezuñas, tenía un lomo ancho y tenía unas orejas muy grandes y unos ojos muy grandes. Y tenía una corona de cuernos sobre la cabeza. Era alto, erguido, hábil para oír, hábil para ver. Era hermoso.

El Venado se puso a caminar y caminó mucho; siguió dejando huellas, olfateó, dio vueltas alrededor de los abetos. Estaba contento por haber nacido.

La-que-es-Madre se puso a hablar con él. De esa manera le enseñó las palabras, lo enseñó a hablar en tarahumara. Le dijo muchas cosas y lo instruyó. Por eso Venado fue el primer ser en la Tierra que supo hablar.

Y por eso se piensa que el tarahumara es el idioma de Sol.

El Venado repudia a su mujer

El Venado creció y se casó con la Mujer Venado, y tuvo con ella dos hijos, llamados los Niños Venado. Y se paseaban juntos por la Tierra. Andaban juntos por las montañas.

Los viejos cuentan que antes se conocía el nombre de estos dos Niños Venado, pero parece que esos dos nombres ahora ya fueron olvidados por todos.

Así vivían, caminando por las laderas, bajando y subiendo los cerros de los tarahumaras. Pero el Venado comenzó a tratar mal a la Mujer Venado, y un día la dejó.

Entonces la Mujer Venado huyó de ese lugar. Corrió por las laderas y subió hasta el cerro más alto de toda la sierra. Pero cuando el cerro tuvo a la Mujer Venado en la cumbre, el cerro comenzó a crecer todavía más. Y siguió creciendo sin parar hasta llegar al cielo.

Y desde allí la Mujer Venado brincó y se convirtió en la estrella más alta del grupo que se llama *Bikyáa*.

Pasaron los días y nadie sabía dónde estaba. Pero los dos Niños Venado muy pronto la extrañaron y entonces se pusieron a preguntar: “¿Qué le pasó a nuestra madre? ¿A dónde se fue? ¿En dónde está?”. “No sé”, eso fue lo que el Venado les respondió.

Así que los Niños Venado salieron de su casa y se pusieron a buscar por todas las tierras las huellas de la Mujer Venado. Cuando las encontraron, las fueron siguiendo una por una, hasta llegar al pie del cerro más alto, y cuando llegaron al cerro, lo escalaron hasta la cumbre. Y cuando tuvo a los Niños Venado en la cumbre, el cerro comenzó a crecer todavía más. Y siguió creciendo sin parar, hasta llegar al cielo otra vez.

Y de allí los Niños Venado brincaron, y se convirtieron en las otras dos estrellas del grupo que se llama *Bikya'a*. Y arriba quedó la mujer, y debajo de ella quedaron sus dos hijos, los Niños Venado. Y es por eso que allí están esas tres estrellas, juntas en el cielo hasta ahora.

Nace Ba'wísini, la primera serpiente

Una de las estrellas que bajó en el principio se llamaba *Ba'wísini*. Al llegar a la Tierra se convirtió en una serpiente muy grande. Se acurrucó en un barranco y abrió completamente su boca. Entonces de su boca comenzó a manar mucha agua. Ese fue el primer manantial que existió, hace muchísimo tiempo, fue la primera agua que hubo en el mundo. Era una agua muy limpia y muy fría.

El agua salía sin parar pero no podía correr tierra abajo, porque en aquellos días el mundo era muy plano y el agua no tenía por donde correr hasta llegar a donde le dicen el Agua Grande. Cuando los pájaros y los demás animales tuvieron sed, comenzaron a acercarse a las aguas del manantial. Pero *Ba'wísini* sabía que eran aguas suyas y desde entonces les dijo que siempre le pidieran permiso antes de tomar de su agua o de llevársela a otra parte.

Por eso los tarahumaras piden permiso antes de tomar agua de un manantial, o de un aguaje. Lo hacen con respeto, porque saben que toda el agua es propiedad de las serpientes que viven en los manantiales y los agujajes, y que si no les piden permiso y no beben el agua con respeto, las serpientes se enojan y se roban las almas de los ladrones.

Pero la gente *warijó* piensa que *Ba'wísini* no es una estrella, sino un cabello de Sol. Porque Sol vio que los hombres querían pozos de agua fría, y se arrancó un cabello para dejarlo caer sobre la Tierra. Pero el cabello estaba caliente y seco. Así que Sol escupió sobre el cabello y al mojarlo y mezclarlo con la tierra nació el primer manantial, y el cabello de Sol se convirtió luego en un río, y en la serpiente dueña del agua del manantial y del río: la llamada *Ba'wísini*.

Cuervo crea los ríos y las barrancas

Se dice que hace muchísimo tiempo fue Cuervo el que creó los ríos y las barrancas.

Antes de eso el mundo era muy plano, húmedo y blando, como una milpa en la que se va a sembrar maíz. No había cerros, ni lomas, ni relices, ni abras, ni voladeros.

Por esa razón, era muy difícil que corriera el agua. Al salir de los aguajes o al caer con la lluvia, el agua se estancaba, se sumía en la tierra, o se iba corriendo sin rumbo, sin saber por dónde seguir.

Entonces Cuervo bajó volando, abrió las alas por encima del mundo y hundió sus patas sobre la superficie de la Tierra.

Y de sus huellas nacieron las barrancas, nacieron las abras de las barrancas, nacieron los voladeros. Estas son palabras de los tiempos antiguos.

*Otros decires sobre el nacimiento
de las barrancas*

Otros cuentan que con el pico el Cuervo excavó los cauces de los ríos y las barrancas.

Labró las laderas, hizo acequias para que el agua las fuera siguiendo, abrió los caminos de los ríos. Labró los voladeros que bajan hasta el fondo. Hizo todas las barrancas.

Desde entonces la Tierra dejó de ser pareja, y ahora tiene lomas, cerros, barrancas y grandes voladeros. Así se dice que ocurrió en el principio.

Descenso del Colibrí

Antes el Colibrí vivía escondido en el cielo. Desde allá arriba miraba todas las cosas. Allá estaba detenido. No se movía, no había venido nunca acá abajo, a la Tierra.

Entonces dejó su lugar en el cielo, bajó volando muy rápido y descendió al mundo, para ver cómo estaba la Tierra, para ver en qué podía ayudar.

Llegó a la llanura, dio vueltas por todas partes.

Conoció todos los lugares del mundo.

El Colibrí labra los arroyos

Y el Colibrí quiso labrar los arroyos, porque el Colibrí es fuerte, es valiente y vuela más alto que el águila y más rápido que los halcones.

Y porque el Colibrí puede emprender todos los trabajos. Entonces el Colibrí comenzó a rayar con su pico toda la Tierra. Se fue volando sobre los llanos y rayó todo el mundo. Escarbó todos los arroyos que iban a dar a los ríos.

Desde entonces el mundo quedó marcado por los arroyos, y son los arroyos los que llevan el agua a los ríos y las barrancas, y son los ríos los que la llevan al Agua Grande.

Pero otros dicen que fue el Colibrí el que comenzó a labrar desde el principio las barrancas, y que el Cuervo lo único que hizo fue ayudarlo. Así se dice que ocurrió en los tiempos antiguos.

El Tlacuache hace correr los primeros ríos

Cuando quedaron hechos los barrancos, el agua todavía seguía sin correr. Estaba detenida en las partes altas y no bajaba por los cauces de los ríos. No se movía, no avanzaba, no corría por el camino de los ríos.

Entonces el Tlacuache pensó: “voy a tener que enseñarle al agua por dónde correr”, así que bajó al barranco, mirando hacia la dirección en la que corren los ríos. Luego golpeó muy fuerte el agua con su cola y jaló la corriente para atraerla hacia los barrancos.

Desde entonces el agua de las lluvias baja por los arroyos, sigue corriendo por los ríos, cae por las cascadas y luego corre por los barrancos, hasta llegar a donde le dicen El Agua Grande.

Y también es desde entonces que la cola del Tlacuache quedó completamente pelona.

Venado enseña a hablar a los tarahumaras

Venado podía caminar durante días sin cansarse, cruzaba los valles, y subía las montañas. También era muy inteligente, sabía bailar el *rutúkuli* y el *yúmارة*, y fue el primero de los seres que aprendió a hablar. Era muy sabedor. Era un maestro.

Un día que andaba paseando se encontró por un llano a los tarahumaras. Les preguntó: “¿Quiénes son ustedes?”. Pero los tara humaras no le contestaron porque ninguno sabía hablar. Nada más se le quedaron viendo, no le dijeron nada.

Venado volvió a preguntarles: “¿Son ustedes, son niños de Sol, los niños de Luna?”, pero los tarahumaras se quedaron callados, porque no entendían las palabras y no las podían utilizar. Nada más lo miraban sin saber qué era lo que les estaba diciendo. El Venado les volvió a preguntar: “¿Son ustedes la gente? ¿Los que mandaron a vivir en la Tierra, los que viven arriba?”. Pero los tarahumaras no contestaban, se miraban unos a otros sin decir nada, porque no entendían nada, no sabían ni siquiera lo que eran las palabras.

Entonces Venado se dio cuenta que los hombres eran mudos y se puso a enseñarles a hablar. Les enseñó los nombres de las cosas, les enseñó los nombres de los demás animales; les enseñó a juntar las palabras, a ponerlas una tras de otra como si fueran un collar. Así fue como los tarahumaras empezaron a ponerse nombres y a ponerles nombres a sus tierras. Así fue como se pusieron a hablar. Se platicaban cosas, se hacían preguntas. Así fue como comenzaron a juntarse para ponerse de acuerdo entre ellos mismos.

Los tarahumaras les cantan a los Dos Hermanos

Cuando los tarahumaras pudieron hablar y se pusieron de acuerdo entre todos, lo primero que hicieron fue cantarles a los Dos Hermanos, componerles canciones a La-que-es-Madre y a El-que-es-Padre, los que viven arriba. De esas canciones antiguas, nada más tres se conocen hasta ahora, aunque no están completas, porque ya pasaron muchísimos años y la gente ya olvidó muchas cosas. Así se cantaba la primera:

*Hemè iùmari guamehè;
A a emè iùmari guàmehè;
Guamirepò modiamec
Naraqui muià iiegue
Guiculiie iuniguà
Emehè iùmari guamehè...*

Se dice que la gente cantaba estas palabras bailando, haciendo círculos, cambiando de rumbo al bailar. Se dice que muchos hombres y mujeres antiguos compusieron estas canciones, muchos otros las aprendieron y muchos otros las enseñaron, hasta que se empezaron a olvidar. Se cantaba así la segunda:

<i>Guariguama</i>	<i>Iahinà guerù</i>
<i>Guìnàguerè</i>	<i>Guelù iahinà</i>
<i>Cenù guicàtaie</i>	<i>Muqui gueièta</i>
<i>Ieherègua</i>	<i>Ximilù guanà</i>
<i>Ia ièlugua</i>	<i>Guanà ximilù Etc.</i>
<i>Cimilàguaie</i>	<i>Gaguibucàri</i>
<i>Cocolòcaie,</i>	<i>Noguica, guicànoi</i>
<i>Iaiieluhuguà</i>	<i>Iehelèia, ierè.</i>
<i>Ierè Guariguama</i>	<i>Sasaguà noguica</i>
<i>Guina guerè</i>	<i>Guicàne elèia ierè.</i>

Algunos piensan que cuando Luna aparecía con un círculo alrededor en el cielo, la gente decía que ese círculo era su patio, y que Luna estaba bailando en él. La tercera canción se cantaba a Luna cuando ella aparecía bailando en su patio:

Tenàxuguè

Iaragùira manani

Hiiòìame busani

Iequiliio ioriguè

Iequiliio busani

Aharime bucarì...

Tlacuache se convierte en el primer partero

Había una mujer que estaba preñada y ya lista para tener a su hijo, pero salió a las montañas y no pudo regresar hasta donde estaba la demás gente. La mujer comenzó a sentir los dolores del parto y ya no pudo seguir caminando más adelante. Así que se acostó sobre la tierra y pidió ayuda, porque su hijo ya estaba por nacer. Y ningún hombre y ninguna mujer, la pudo oír.

Pero Tlacuache la escuchó, y llegó hasta donde ella estaba acostada para ayudarla a que trajera a su niño a este mundo.

Como el niño no acababa de nacer y la mujer sentía mucho dolor, Tlacuache enredó su cola pelona en el vientre de la mujer y apretó para que el niño naciera con bien. Hasta entonces, se dice, Tlacuache nunca había gritado nada.

Y cuando el niño nació, Tlacuache gritó por primera vez de alegría. Esto fue lo que Tlacuache gritó: “¡Qué bueno que saliste del vientre de tu madre! ¡Qué bueno que ya estás acostado en esta tierra! ¡Qué bueno que ya llegaste hasta aquí!”. Así fue como dicen que le gritó.

Por eso desde entonces al Tlacuache le dicen “el curandero” y también “el partero”, y por eso cuando una mujer va a parir, hasta ahora los curanderos la ayudan con una cola de tlacuache, que traen guardada en sus morrales y que pasan varias veces sobre su vientre a la hora del parto.

Sol da de comer su carne a la gente

Dicen los *warijó* que cuando Sol volvió su mirada a la gente, sintió mucha lástima por ellos.

“Pasan mucha hambre”, pensó. “Tienen que luchar mucho para conseguir su comida”, pensó. “Ni siquiera tienen sal para acompañarla”, pensó, “sufren penurias”. Todo eso pensó. “Me dan lástima los niños del mundo”, dijo entonces Sol. “Los que dejamos allá abajo, los tarahumaras”. Así fue como dijo.

Entonces se cortó un dedo, y luego otro, y luego otro, y luego otro, hasta que fueron cuatro los dedos que Sol se cortó.

Y los plantó en la Tierra para que los tarahumaras tuvieran ya siempre qué comer.

Nacimiento del maíz

Y del primer dedo nació el maíz rojo, y echó hojas muy verdes, creció grande.

Y del segundo dedo nació el maíz morado, maíz azul, el que es llamado el maíz negro. Y también echó hojas. Creció.

Y del tercer dedo nació el maíz pinto, que echó hojas muy grandes y verdes, y muy alto creció.

Y del cuarto dedo que Sol se arrancó para sembrarlo en la tierra nació el maíz amarillo, el maíz blanco, ese que siembran tanto los tarahumaras, acá abajo en sus tierras. Y las cuatro plantas crecieron, echaron hojas muy verdes, y dieron grandes mazorcas. Y no son palabras de ahora: son palabras antiguas, palabras del principio.

Los tarahumaras agrandan el mundo

Se cuenta que allá en el principio el mundo era mucho más pequeño de lo que llegó a ser después. No había tantos cerros ni tantas rocas, ni tantos valles; ni los cerros ni los valles eran tan grandes como ahora lo son.

Había un cerro principal, que estaba en el centro del mundo, y alrededor de él había unas cuantas lomas y valles. Entonces la gente se juntó al pie de aquel cerro. Llevaron sus tambores y sus sonajas. Se pusieron a bailar en el centro del mundo, hasta que la Tierra despertó, se comenzó a agrandar, se comenzó a extender cada vez más. Pero los tarahumaras siguieron bailando y la Tierra siguió creciendo.

Cada vez hubo más valles y más barrancos. Cada vez hubo más llanos. Cada vez los valles fueron más grandes, cada vez los cerros fueron más grandes, cada vez hubo más ríos. Y las barrancas se volvieron muy hondas.

Hasta que la gente dejó de bailar. Entonces se dispersaron, se fueron a conocer los nuevos lugares. Anduvieron recorriendo los llanos. Vieron que podían pasarse de un valle al otro. Vieron que podían cambiarse de lugar, ir a hacer kórima de un lugar al otro, ir a vivir a otra parte. Por eso dejaron de bailar. Ya habían agrandado el mundo.

La guerra de los árboles

Cuando recién llegaron los árboles a la Tierra, no sabían en dónde acomodarse, estaban mezclados unos enseguida de otros, no se sentían contentos.

El pino estaba junto al madroño, el madroño junto al táscale, el táscale junto al abeto, el abeto junto al álamo, el álamo junto al pino. Todos estaban enseguida de todos, y no podían estar cada uno con sus hermanos.

Se impacientaron. Se empujaban unos a otros, se gritaban. Se apartaban los unos de los otros, porque unos querían estar enseguida del agua y otros querían estar lejos del agua, unos querían estar en las cumbres y otros querían estar en los llanos. Otros en la barranca. Se fueron enojando los unos contra los otros. Todos los árboles se enemistaron.

Dicen que un árbol fue el primero en embravecerse, en moverse de su lugar.

Entonces todos los demás comenzaron a pelear y se juntaron cada quien con los suyos para vencer a los otros. Se juntaron todos los pinos, se juntaron todos los abetos, todos los madroños y todos los táscales. Peleaban un grupo contra el otro: se desgajaban las ramas, se golpeaban, se empujaban, se rompían los troncos, se deshojaban. Dicen que se clavaban las ramas, se atravesaban, usaban sus ramas como si fueran cuchillos.

Fue terrible esa guerra, por todas partes los árboles se movían tratando de ganar las tierras que más les gustaban y muchos árboles cayeron, arrancados de sus raíces. Los animales y la gente se escondían en las cuevas, con mucho miedo de ser aplastados por los árboles. Los pájaros volaban muy lejos, se refugiaban en los relices y en las cumbres.

Así pasaron meses, hasta que los juníperos ganaron las lomas, los madroños ganaron la entrada de las barrancas, los magueyes ganaron las orillas de los voladeros, los abetos ganaron las laderas, los táscates ganaron los valles, los álamos ganaron las orillas de los ríos y los pinos ganaron las cumbres de las montañas. Así fue como se acabó la guerra de los árboles. Los árboles volvieron a estar tranquilos, se calmaron. Ya no se movieron de su lugar. Así se cuenta. Y fueron los pinos los que se quedaron con las partes más altas.

Jíkuli se retira al desierto

Cuando empezó la guerra de los árboles el *Jíkuli* se sintió muy a disgusto. No era bueno que los árboles se mataran los unos a los otros. Sintió mucha tristeza por estar viendo todo lo que ocurría. Pero como los días pasaban y los pleitos seguían, el *Jíkuli* decidió irse a vivir a otra parte. Se despidió de las montañas, se despidió de los pinares y de los valles verdes por donde pasaban los ríos.

Así les dijo, hablando perfectamente bien en tarahumar: “Ya me voy a otra parte, de ahora en adelante no viviré más en donde haya árboles; no viviré más en donde haya guerras; voy a buscar una tierra en la que todo esté tranquilo”. Entonces se hundió en la tierra y por debajo se fue buscando el lugar que quería.

Tardó mucho tiempo en encontrarlo, pero al fin supo que estaba llegando por debajo de la tierra hasta un lugar solo, donde no había árboles ni pasto, ni ríos, ni gente. Después subió y se asomó para ver su nueva tierra. Era una tierra grande, sola, con llanos, con espinas, llena de piedras y de montañas de piedra. “Aquí estaré bien”, pensó. “Aquí será donde, de ahora en adelante, yo viva”.

La guerra de los animales

Cuando los árboles terminaron de pelear, los animales se preguntaron quién de entre ellos sería el más fuerte, y quién habría de ser el que mandara sobre los demás animales. Los lobos y los coyotes querían quedarse con los llanos, los osos y los venados querían quedarse con los pinares, los tejones y los cholugos querían quedarse con los lomeríos. Cada animal quería quedarse con una parte del mundo y quería ser el único que viviera en ese lugar.

Entonces comenzaron a pelear por todas partes. Los coyotes contra los conejos, los osos contra los mapaches y los tejones. Por donde quiera que se encontraran, se lanzaban unos contra otros, mordiéndose, empujándose, rasguñándose con todas sus fuerzas. Se mordían y se estrujaban, pero no podían matarse, porque en aquellos tiempos nadie se moría.

Entonces comenzaron a ganar los más grandes. Los osos iban ganando sobre los venados. Los venados iban ganando sobre los lobos y los lobos sobre los coyotes. Los coyotes hacían a un lado a los tejones y los tejones empujaban a los mapaches. Los mapaches se burlaban de los ardillones y los ardillones hacían a un lado a los chimoríos. No había orden. No había tranquilidad. Los más grandes les hacían daño a los más pequeños.

Entonces llegaron las moscas. Los atacaron a todos. Se lanzaron a pelear contra todos los demás animales.

Se lanzaban contra los osos, los perseguían, los correteaban, los hacían tirarse al suelo de la desesperación. También se lanzaban contra los coyotes y los lobos. Los hacían correr por todas partes y los atacaban, pero los coyotes y los lobos no veían quién era el que los atacaba, así que iban gritando por el miedo.

Porque los animales grandes ni siquiera sabían qué era lo que les estaba pasando. No veían nada, no sabían quién peleaba contra ellos, quién los mordía, quién les picaba los ojos y las orejas.

Así que fueron las moscas las que ganaron esa guerra. Y ahora son las moscas las que pueden vivir en cualquier parte del mundo; son las moscas las que son dueñas de todo.

Desde entonces, se paran igual sobre los osos que sobre los venados, sobre el ganado que sobre los tarahumares. En sus cabezas, en sus pestañas, en sus manos. Se comen su comida, se toman su pinole, se beben su agua. Y cuando los animales o las personas se mueren, se comen también sus cuerpos muertos.

Lo que se dice de los pinos

Antes, hace muchísimo tiempo, al principio, todas las cosas hablaban.

Porque en esos días todas las cosas que había en el mundo eran como personas, y podían hablar entre ellas y también con los tarahumaras.

Así que los pinos eran también como las personas, y hablaban, se decían cosas, se reunían en un lugar y tomaban decisiones. También se dice que durante las fiestas se ponían a bailar.

Algunos creen que ese lugar en el que se juntaban los pinos quedaba en la cumbre de una montaña, pero otros dicen que estaba en una mesa muy grande, en una llanura. Ya no se sabe muy bien en dónde quedaba.

Y los pinos eran como los curanderos: curaban, platicaban con los hombres, danzaban para llamar a la lluvia, alejaban la enfermedad.

Pero ocurrió la guerra de los árboles y ocurrió la guerra de los animales, y los hombres dejaron de entender la palabra de todas las demás cosas.

Y las cosas callaron. Dejaron de hablar.

Wikókali inventa la muerte

Por esos días los seres no se morían, sino que solamente iban creciendo, reproduciéndose y llenando la Tierra. Cada vez había más pinos, cada vez había más encinos y más táscates y más álamos; cada vez había más osos y leones y cholugos; cada vez había más águilas y cuervos y palomas; cada vez había más tarahumaras viviendo en los valles de la sierra.

Entonces el *Wikókali*, que es un animal chiquito y difícil de ver entre las piedras, empezó a recibir pisotones. Pasaban los osos y sin darse cuenta lo pisaban, pasaban los tarahumaras y sin siquiera verlo, lo pisaban también. “Si esto es ahora, que todavía no terminamos de llenar los valles y las montañas, ¿qué irá a pasar cuando seamos demasiados?”, pensó, “¿qué irá a pasar cuando el mundo esté lleno de animales grandes, apretujados y sin espacio para moverse?”.

Eso pensó el *Wikókali* mientras corría de un lado a otro para que no lo pisaran los venados ni los osos. “Algún día los animales grandes van a ser tantos y van a estar tan apretados que continuamente van a estar caminando sobre los animales chicos, pisándonos, pateándonos, magullándonos; una vida así no se podría soportar. ¿Qué no sería mejor que a cada uno de nosotros se nos permitiera vivir nada más por un tiempo y luego se nos hiciera desaparecer para que pudieran venir a este mundo las nuevas plantas y los nuevos animales?”.

Y así fue como *Wikókali* decidió subir hasta la montaña más alta de la Sierra Tarahumara para hablar con Sol y Luna. Comenzó subiendo por las laderas, evitando que lo pisaran los osos, siguió trepando por las rocas, subiendo poco a poco, agarrándose de las piedras, escalando todo lo que podía, hasta que llegó a la cumbre de la montaña más alta, la que se llama el Mohinora.

Allí en la cumbre miró hacia el cielo y les dijo a Sol y Luna: “Tú que eres madre, tú, Sol; tú que eres padre, tú, Luna; miren los dos cómo los animales sufrimos en la Tierra. Un tiempo estamos contentos, crecemos, nos divertimos, pero luego empezamos a sufrir porque todos en este mundo están peleándose por la comida y por la tierra. Los grandes nos pisan, nos magullan, nos lastiman, nos hacen sufrir”.

Así les pidió: “Ustedes dos, que son nuestros padres, permítannos morir a los que ya hemos vivido lo suficiente, para que las nuevas plantas y los nuevos animales puedan estar contentos los días que les toque vivir en la Tierra, porque si nadie muere llegará el momento en que ya nadie cabrá en el mundo, y estaremos unos encima de otros”. Desde la cumbre del Mohinora les pidió eso.

Y así fue como Sol y Luna permitieron que los seres viejos se fueran muriendo, y los animales y las personas que ya habían vivido lo suficiente comenzaron entonces a morir. No son de ahora estas palabras: son de tiempos antiguos.

Las mujeres estrellas

Un hombre vivía en una cueva con sus tres mujeres. El hombre trabajaba haciendo flechas, con varillas fuertes y pedernales muy duros. Cuando él se ponía a hacer las flechas, las mujeres bajaban de la cueva y se iban a buscar animales. Un día que no encontraron nada, se devolvieron a la cueva. Pero el suegro salió a regañarlas por no haber podido encontrar animales. Las mujeres se rebelaron y se pusieron a discutir con el anciano. Entonces el anciano comenzó a golpearlas mucho. Las mujeres se defendieron y entre las tres lo mataron a golpes. “Vámonos de aquí”, dijeron, “¿qué sentido tiene seguir viviendo aquí, en donde ya matamos a nuestro suegro?” Así que se volvieron al bosque para tratar de huir.

Pero ocurrió que el hacedor de flechas salió de la cueva para ver qué era lo que estaba pasando, y al asomarse vio el cadáver de su padre y a las mujeres corriendo. Entonces tomó su mejor arco y sus mejores flechas para dispararles y matarlas. Cuando las tres mujeres se dieron cuenta de que el hombre les estaba disparando desde el reliz, comenzaron a volar para esquivar las flechas que el hombre les lanzaba. Y se elevaron tanto que llegaron al cielo.

Cuando ya estaban arriba, el flechador les disparó una por una y las clavó contra el cielo, en donde las tres mujeres se convirtieron en estrellas. Las tres estrellas se quedaron allí, y todavía pueden verse en el mismo lugar. El hombre que hacía flechas, en cambio, se convirtió en el coyote y salió corriendo para irse a vivir entre los pinos. Se dice que por eso, cuando las noches no tienen nubes, el coyote les grita todavía a las tres estrellas.

Otros decires sobre los hermanos estrellas

Pero otros tarahumaras cuentan que la esposa del hombre malo huyó junto con sus hijos para escapar de los malos tratos de su marido. Eran sólo dos hijos, según cuentan estas otras personas. Los sacó de la cueva una mañana, muy temprano, cuando el hombre malo se acababa de salir.

La mujer y sus dos hijos caminaron sin parar para que el hombre no los fuera a descubrir mientras huían. Tenían mucho miedo de que, al darse cuenta de que habían escapado, se enojara todavía mucho más, y los matara. Caminaban y caminaban, sin detenerse. Andaban buscando a alguien que los pudiera ayudar, pero no aparecía nadie en el valle. Siguieron caminando y subieron una ladera, pero no aparecía nadie por la ladera. Entonces se dieron cuenta de que el mal hombre ya los venía persiguiendo. Oyeron sus gritos. Lo vieron venir desde la ladera.

Y al llegar a la cumbre, la mujer con sus dos hijos, se les hizo de noche, y ya estaban tan cansados que no podían seguir caminando. La mujer miró al cielo y les dijo: “Allá arriba no va a poder alcanzarnos nunca”. Así que se subieron hasta el cielo y se convirtieron en las tres estrellas que ahora pueden verse en las noches, durante los veranos. Ellas son la mujer y sus dos hijos. Allí se quedaron a vivir para siempre, y de allí no han regresado nunca.

*Muulí ayuda a los tarahumaras
a cruzar un río*

Allá al principio, los tarahumaras quisieron cruzar al otro lado del Río Ulí. Pero no podían, porque el río llevaba mucha agua.

Entonces se pusieron a platicar entre ellos para ver qué era lo que se tenía que hacer.

“Tomemos un otate muy grande, de esos que llamamos ‘bakú’, para no ir a resbalar entre las piedras y ser arrastrados por la corriente”, dijo uno de ellos.

“Pasemos primero a esa gran piedra que está de este lado para de allí tratar de cruzar el río”, dijo otro de ellos.

Y decidieron usar el otate para pasar juntos a la gran piedra.

Pero cuando estuvieron arriba, la piedra comenzó a nadar sobre el agua haciéndolos cruzar la corriente y llevándolos hasta la otra orilla del mundo.

Porque no era una piedra, era *Muulí*, la Tortuga, que vino a ayudar a los tarahumaras para que por primera vez cruzaran el río.

Los tarahumaras comienzan a pelear entre sí

Al principio la gente andaba muy tranquila, no había discusiones ni pleitos. Los vecinos se ayudaban, se prestaban las cosas, se saludaban muy tranquilos. Compartían. No había peleas entre nadie, las cosas se arreglaban de buena manera, sin que la gente discutiera ni se enojara.

Pero cuando comenzó a haber mucha gente y los tarahumaras comenzaron a pelear entre sí, discutían, se disputaban los animales, se disputaban las tierras, se comenzaron a pelear por cualquier cosa. Por cualquier cosa se golpeaban y se mataban entre sí.

Y la Tierra dejó de estar tranquila.

Los de Arriba deciden destruir el mundo

Los pleitos entre la gente no les gustaron a Los de Arriba. Se entristecieron, sintieron que no habían hecho las cosas muy bien. Pensaron que el mundo ya se había echado a perder, que ya se había ensuciado. Pensaron que el mundo ya no servía.

Entonces Los de Arriba se sentaron a platicar, y después de haber discutido mucho entre ellos, tomaron la decisión de destruir el mundo. Hablaron entre sí, se pusieron de acuerdo y entonces decidieron destruirlo llenándolo de agua.

El zopilote de un solo ojo previene a los tarahumaras

Dicen que antes de que todo esto pasara comenzó a volar por el mundo un pájaro muy grande, que parecía un zopilote, pero que tenía un solo ojo.

Voló por todos los valles, por todas las montañas, sobre todos los caseríos, y la gente salía espantada a verlo y se preguntaban unos a otros: “¿Qué será? ¿Por qué habrá venido hasta aquí? ¿Qué querrá decir todo esto?”. Pero no entendían nada.

Porque Los de Arriba habían enviado a ese pájaro para que le hiciera saber a la gente que habían hecho el mal, que habían echado a perder el mundo, y para que los previniera de que algo terrible iba a pasar en la Tierra.

Pero nadie entendió.

E'láwi intenta salvar al mundo

En aquellos días *E'láwi* era el pájaro más grande de toda la Tierra. Era muy parecido a los pájaros carpinteros, pero mucho más grande que ellos, más grande que los cuervos, más grande que las águilas. Hacía sus nidos en las partes más altas de los pinos, hasta donde ningún otro animal podía llegar. Tenía una cola muy larga, y se dice que al principio sus plumas eran todas muy blancas.

Y cuando Los de Arriba se pusieron a platicar para decidir qué era lo que iban a hacer con el mundo, *E'láwi*, que vivía hasta mero arriba de los pinos más altos, escuchó lo que decían los que viven en las tres partes del cielo. Cuando acabó de escuchar tuvo mucho miedo y quiso salvar al mundo de toda la destrucción que venía.

Entonces voló muy alto, cada vez más alto, y cuando llegó a donde comienza el cielo abrió por completo sus alas y cubrió todo el mundo para que el agua del cielo no pudiera caer a la Tierra.

Pero La-que-es-Madre se enojó mucho con él por haber intentado evitar la destrucción del mundo que ya no servía, y se le acercó para quemarle con su lumbre la cabeza y la cola. Así que *E'láwi* volvió a la Tierra con la cabeza y la cola ya para siempre quemadas.

Y desde entonces la cola del *E'láwi* fue muy negra y más corta, y la cabeza fue roja como la lumbre del Sol.

Primera destrucción de la Tierra

Se dice que entonces Los de Arriba mandaron muchísima lluvia, tanta, que muy pronto comenzó a inundarse todo. Se inundaron los valles, las laderas, las colinas, los cañones, se inundaron hasta las montañas más altas.

Entonces los tarahumaras comenzaron a correr para tratar de salvarse. La gente huía desesperada, sin saber hacia dónde ir. “¿A dónde podremos ir?”, se preguntaba, “¿en dónde podremos refugiarnos del agua?”. Todos gritaban, y comenzaron a morir en grandes cantidades. Pero el agua seguía inundando todos los lugares y, a donde quiera que la gente fuera, el agua seguía creciendo, cubriendo todas las cosas.

El agua caía del cielo, corría por todas partes, brincaba por todos los lugares y se movía tanto que parecía que el mundo estuviera hirviendo.

Se dice que todos los tarahumares de entonces murieron. También murieron los animales y los árboles. Se dice que toda la Tierra quedó vacía y reblandecida. Todo se reblandeció por el agua. Hasta las piedras quedaron blandas, como si fueran de zoquete. Todo estaba mojado y frío. Los valles eran lodazales, por todas partes quedaron lagos y pantanos, y por ninguna parte se podía ver ya gente, ni animales ni árboles. Y no son de ahora estas palabras: son de los tiempos antiguos.

E'láwi y los demás pájaros detienen el agua

Entonces E'láwi, el gran pájaro carpintero, llamó a todos los demás pájaros para que entre todos detuvieran la Lluvia Grande y salvaran al mundo. Juntó a las águilas, los zopilotes, los halcones, las golondrinas, los trogones, las garzas, los patos, los gavielanes; a todos los pájaros del mundo los juntó.

Así les dijo: "Subamos al cielo, abramos completamente las alas, cubramos con nuestras alas toda la Tierra".

Y los pájaros subieron hasta el cielo y abriendo completamente las alas detuvieron la lluvia.

Y así comenzó la Segunda Tierra.

OKWÁ

Los tarahumaras salvan el maíz y el frijol

Pero cuando el mundo apenas se estaba llenando de agua, una niña y un niño, por allá por el rumbo de Panalachi, se juntaron para tratar de escapar de la Lluvia Grande. Subieron mucho, buscaron el lugar más alto de todos para ver si allí se podían salvar. Y así llegaron hasta la cumbre del cerro llamado el *Labáchi*.

En el camino, antes de llegar a la cumbre del *Labáchi*, se encontraron arriba cinco granos de maíz y tres frijoles. Los tomaron y guardaron cada grano en uno de sus puños, y los que sobraron se los colocaron en los oídos.

Y allí se estuvieron parados, en la punta del *Labáchi*, con los puños cerrados hasta que el agua les llegó hasta los pies.

Los tarahumaras regresan al mundo

Después el agua comenzó a bajar y poco a poco volvieron a aparecer los demás cerros, las lomas y los valles. Uno por uno comenzaron a verse los cerros, los lomeríos, hasta que apareció toda la Tierra.

Entonces los dos niños bajaron y dejaron caer el frijol y el maíz que llevaban en las manos y en los oídos. Luego los cerros volvieron a llenarse de pinos, encinos y madroños, y los valles volvieron a llenarse de hierba, pero también comenzó a crecer por todas partes el frijol y el maíz.

Se dice que era maíz amarillo, maíz rojo, maíz morado y maíz pinto. Se dice que era frijol pinto, frijol grande y frijol negro.

Todos los tarahumaras que viven ahora en el mundo descenden de aquellos dos niños que se salvaron en el *Labáchi*, de los dos niños que nos guardaron el frijol y el maíz.

Los cerros comienzan a hablar

Se cuenta que cuando el agua estaba inundando todas las cosas y la gente estaba tratando de salvarse subiéndose a los cerros, tan sólo el cerro de *Labáchi* y el cerro de *Rekáina* sobresalieron del agua que cubrió el mundo.

Pero los niños que subieron a la cumbre del *Labáchi* sobrevivieron, y la gente que subió a las laderas del cerro de *Rekáina* murió toda.

Y cuando el agua descendió, estos dos cerros se pusieron a hablar entre sí. Hablaban tan fuerte, que sus voces se podían oír por todo el mundo. Y dicen que el cerro de *Labáchi* le reclamó al de *Rekáina* por no haber podido salvar a la humanidad.

Pero otros piensan que ya nadie sabe qué fue lo que platicaron, porque todo esto ocurrió hace muchísimo tiempo, allá en el principio, y muchas cosas antiguas ya se olvidaron.

El Oso sienta los cimientos de la Segunda Tierra

Dicen que cuando Sol, Luna y las estrellas decidieron destruir el mundo con agua, la Tierra se mojó tanto que todo quedó demasiado blando y húmedo. Nadie podía caminar sobre el suelo con facilidad, los animales se atascaban, la gente no podía avanzar, y los pinos no podían detenerse. Incluso las rocas eran blandas y podían ser desbaratadas sin esfuerzo.

Pero llegó el Oso y pensó que si la Tierra seguía blanda Los de Arriba no iban a poder amacizarla nunca.

Después tomó pequeñas piedras secas y las juntó, las apretó unas contra otras para volverlas una sola, hizo una roca enorme y la enterró en el centro del mundo.

“Ahora sí podrán llegar Los de Arriba”, pensó. “Ahora si podrán amacizar la Segunda Tierra; ahora si podrán bailar sobre ella y secarla otra vez”. Y es por eso que todos los tarahumaras ven al Oso con gran respeto.

Amacizamiento de la Tierra

Entonces una pareja decidió amacizar la Tierra. El Oso había llegado para ayudarles. Se cuenta que el hombre tocaba el tambor y la esposa bailaba, golpeando con sus pies la tierra blanda para amacizarla y dejarla firme. De cuando en cuando se detenían en la danza y miraban para ver si la tierra ya estaba dura. La mujer decía: “Mira, todavía está mojada y blanda, esto no va poder sostener a un pino”. Entonces el hombre recomenzaba a tocar su tambor y la mujer volvía a bailar, dando golpes fuertes con sus pies a la tierra. De nuevo el hombre dejaba de tocar su tambor y la mujer miraba para ver qué tan maciza iba quedando la tierra.

Por todo el mundo tocaron y bailaron, amacizando la tierra. Entonces el hombre dejó de tocar y la mujer dejó de bailar. “Mira”, dijo ella, “ya quedó maciza y firme la tierra de las montañas: todo está listo para que los pinos se detengan, para que los animales caminen y los hombres puedan seguir adelante”.

Ese hombre y esa mujer eran en realidad los dos hermanos: La-que-es-Madre y El-que-es-Padre. Se pusieron de acuerdo para dejar firme la Tierra, para hacer que sobre ella pudieran crecer los pinos. También se dice que el Oso estuvo allí para ayudarles. Y otros comentan que en algunas de las piedras de la tarahumara todavía pueden verse las huellas de los que antiguamente bailaron para amacizar la tierra. Eso es lo que se dice hasta ahora. Y no son de ahora estas palabras: son de tiempos antiguos.

El hombre que sobrevivió a la Lluvia Grande

Se cuenta que antes de que surgiera la Segunda Tierra, cuando el agua apenas había comenzado a subir por todas partes, un hombre pudo atrapar un tronco hueco y meterse a él para salvarse de la Lluvia Grande.

Cuando ya iba agarrado al tronco y el agua ya había tapado toda la superficie de la Tierra, el hombre se dio cuenta de que detrás de él venía su perra, que también había saltado al tronco para salvarse.

El agua seguía subiendo y cada vez se ponía más brava, de manera que el tronco botaba y corría. Afuera no se veía nada ni árboles, ni montañas, ni riscos. Únicamente lluvia cayendo del cielo y agua brava brincando por todas partes.

Pero cuando la lluvia amainó y el mundo entero comenzó a secarse, el hombre salió del tronco y junto con él salió su perra.

El hombre se arrimó a unas piedras y construyó una pequeña casa. Allí se metió con su perra para que durante la noche la perra le diera calor.

Pero a la mañana siguiente descubrió que su perra se había convertido en una mujer y que ahora estaba afuera moliendo semillas en un metate.

Cuando la Mujer Perro lo vio llegar, así le dijo al hombre: “Ya nos salvamos, ya estamos aquí de nuevo, ya soy tu esposa, ya estoy aquí haciéndote algo de comer; ahora vete tú al campo y busca algo para que tú también me traigas de comer a mí, porque yo no puedo comer semillas, ni nixtamal, ni tortillas: yo no como sino carne”.

El hombre se fue a buscar algún animal para cazarlo pero no encontró nada, así que regresó con la Mujer Perro, ya muy cansado. Juntos se metieron a la cabaña, y esa noche durmieron como esposo y esposa.

Al día siguiente la Mujer Perro volvió a decirle: “Aquí estoy yo moliendo el metate para poder ofrecerte comida; ahora vete tú y encuentra animales para que yo también pueda tener mi propia comida”. El hombre volvió a salir a la tierra y recorrió muchas partes, pero por más que buscaba, no había ningún animal que cazar. Y esa noche volvieron a dormir como esposo y esposa.

Pero al día siguiente la Mujer Perro había parido una camada de niños muy bonitos: los Niños Perro. Así que, muy enojada, le dijo una vez más al hombre: “Vete al campo, busca animales, mátalos y tráemelos de comer a mí y a tus hijos, porque nosotros no podemos comer sino carne”.

De manera que el hombre salió otra vez a cazar. Recorrió muchas partes. Se cansó. Pero no encontró nada. Y como no quería regresar sin algo que ofrecerle a su esposa y a sus hijos, se cortó un pedazo de su propio muslo y luego llegó a ofrecérselo a la Mujer Perro y a sus hijos.

“Mira”, le dijo, “aquí traigo un pedazo de carne de un pecarí; lo perseguí mucho y no pude atraparlo, pero sí pude cortarle un pedazo de muslo para que tú y mis hijos tengan aunque sea un poco de comida esta noche”.

Y la Mujer Perro le contestó: “Estará bien por ahora, pero mañana quiero que traigas el pecarí completo; tus hijos tienen hambre, y yo también; si mañana no atrapas al pecarí completo, será mejor que no vuelvas”. Así le dijo.

Al día siguiente el hombre volvió a irse de cacería, pero por más que buscaba por todas partes, los animales no aparecían. Así que el hombre, cansado, decidió no regresar a su casa. Bajó una hondonada y allí en medio se quedó dormido, esperando que la Mujer Perro no fuera a buscarlo.

Pero la Mujer Perro decidió ir a buscarlo. Salió con sus hijos y juntos comenzaron a seguirle la pista por todas partes. Recorrieron los mismos lugares que había recorrido el hombre y al fin llegaron a la hondonada en la que el hombre estaba dormido.

“Démosle una sorpresa”, dijeron. “Atemos todos nuestros cinturones y con ellos subámoslo hasta nosotros; despertará viéndonos y así no podrá escapar”. Entonces se quitaron todos los cinturones y los unieron en un gran lazo y lo echaron al fondo para atrapar al dormido.

Pero cuando iban subiéndolo, los cinturones se desataron y el hombre se estrelló contra las rocas. La Mujer Perro y los Niños Perro se pusieron a aullar. “Hemos matado a nuestro padre”, gritaban los niños. “He matado a mi esposo”, gritaba la mujer. “Ya no podremos permanecer en la Segunda Tierra”. Así dijeron.

“Tendremos que irnos de aquí”. Así gritaron los Niños Perro y así gritó también su madre.

Entonces se convirtieron en estrellas y subieron todos al cielo, en donde se dice que se encuentran hasta ahora.

Por eso ahora nadie desciende de aquellos dos que sobrevivieron a la Lluvia Grande: el hombre y su perra, la que luego fue su esposa.

Pero si ahora la gente mira el cielo de noche, nunca podrá saber qué estrellas son ahora los Niños Perro, ni tampoco cuál estrella es ahora la Mujer Perro. No se sabe en dónde quedaron. Se perdieron para siempre entre todas las demás estrellas del cielo.

Se multiplican los perros

Pero otros dicen que después de haber estado la Mujer Perro y sus hijos como estrellas en el cielo, desde allí se regresaron hasta la Segunda Tierra.

“¿Qué vamos a estar haciendo acá, arriba?”, se preguntaron. “Mejor será que bajemos otra vez a la Tierra, allá por lo menos podremos seguir de lejos a los tarahumaras”. Y se bajaron a la Tierra y buscaron a la gente.

Pero al bajarse dejaron olvidada allá arriba su palabra, y es por eso que los perros de ahora entienden todo, pero ya no pueden hablar.

Y de esos perros que habían sido estrellas descenden todos los demás perros que andan ahora en este mundo.

El robo del fuego

Allá en los tiempos antiguos la gente no tenía lumbre. La lumbre era propiedad del oso, se dice, y ningún animal ni persona podía poseerla. Otros dicen que la lumbre era la propiedad del rayo. Los tarahumaras comían plantas y animales crudos, porque no tenían lumbre para cocerlos. Tampoco había lumbre para alumbrar con teas cuando estaba oscuro, ni para hacer fogatas cuando hacía mucho frío, así que la gente pasaba mucha hambre y mucho frío, y durante las noches no podían andar por los caminos, ni alumbrar sus casas. Todas las noches se quedaban a oscuras.

Pero en una ocasión Sol se apagó en el cielo y nada más quedaron brillando las estrellas, y en la Tierra nada más quedó ardiendo una fogata en la casa del Oso. Entonces los tarahumaras sintieron mucho frío y se quedaron a oscuras.

Pero ocurrió que un colibrí sintió lástima de la gente y decidió irse a robar una brasa para traerles el fuego. Voló muy alto y se fue hasta la casa del Oso. Como era tan chico, el Oso no lo pudo ver, ni le pudo impedir que se llevara consigo una brizna pequeña. El colibrí la tomó con su pico y bajó volando muy rápido hasta la tierra de los tarahumaras.

Allí depositó la chispa y con ella encendió una hoguera. La gente supo otra vez cómo era la luz y cómo era el calor. Desde entonces cocieron sus comidas, calentaron sus casas y alumbraron sus caminos en la oscuridad.

Pero el Oso se enojó al enterarse del robo, porque no quería que la gente tuviera lumbre en sus casas. Se enojó mucho con el Colibrí y corrió rápido detrás de él para tratar de matarlo. Pero el Colibrí es poderoso y es parecido a Sol y a Luna.

Entonces el Colibrí regresó a la fogata y se robó con el pico otra brizna de fuego. Era una brasa tan chiquita que no se podía ver que la trajera en el pico.

Y al llegar hasta donde estaba el Oso se la colocó en una oreja. El Oso salió corriendo de allí. Desde entonces los osos no oyen bien y le tienen mucho miedo a la lumbre.

Y también desde entonces el Colibrí lleva la marca del fuego, unos en el pico, otros en las plumas de la garganta, y otros más en las plumas de las alas y la cola. No son de ahora estas palabras: son de los tiempos antiguos.

Los tarahumaras son enseñados

Hace muchísimo tiempo, un tarahumar que andaba caminando por el monte fue a dar a un cerro muy grande.

Al intentar subirlo, de repente se dio cuenta de que había entrado al interior de la piedra. Allí, los habitantes del cerro llegaron a recibirlo y le mostraron que abajo había las mismas cosas que arriba.

Tuvo hambre, y entonces los habitantes del cerro le ofrecieron de comer, pero adentro del cerro todo estaba hecho de lodo: el maíz, las tortillas, los frijoles, la carne; las cosas estaban hechas de tierra del mismo cerro. Y así tuvo que comérselo todo, sin decir nada. Entonces los habitantes del cerro se pusieron a hablarle y le enseñaron lo que sabían, lo volvieron sabio, lo hicieron capaz de curar, de saber todas las cosas, de ver desde muy lejos.

Y dicen que desde adentro de aquel cerro era posible ver todos los lugares y todas las cosas del mundo. Son palabras antiguas.

La apuesta del amanecer

Cuando el Venado era muy joven, se encontró por el camino al Sapo. Se detuvieron a platicar en medio de un valle. Quisieron saber cuál de los dos conocía mejor las cosas del mundo. Se hicieron preguntas y respondieron lo que cada uno de los dos sabía.

Entonces el Sapo le hizo una pregunta al Venado: “¿De qué lado dices tú que sale Sol todas las mañanas?”. Venado, que era muy joven y no estaba seguro, le respondió que le contestaría con la condición de que hicieran una apuesta. “Vamos a esperar hasta bien entrada la noche, entonces llamaremos al Cuervo y le pediremos que sea testigo y que juzgue quién habrá de ser el ganador; el que pierda, tendrá que entregarle como ofrenda al ganador veinte tábanos vivos”, le dijo.

El sapo aceptó y, juntos, los dos llamaron al Cuervo, que llegó volando muy pronto. Toda la noche estuvieron velando, esperando a que amaneciera. Cuando ya faltaba poco para que clareara, el Cuervo les pidió que dijeran de una vez por todas por dónde pensaba cada uno que iba a salir Sol. El sapo volteó hacia la cima de una montaña y dijo: “Por la cumbre de esa montaña”. Venado, que pensaba que Sol salía más bien por la orilla de los llanos, miró hacia la dirección contraria y dijo: “Por la orilla de este llano”. Entonces comenzó a clarear y Sol salió por la cumbre de la montaña el este. Cuervo decidió que el ganador era el Sapo, así que le ordenó a Venado que atrapara los veinte tábanos y se los ofreciera a Sapo como comida.

Venado cumplió con la apuesta y entregó vivos los veinte tábanos, pero cuando el Sapo se los hubo comido, los tábanos comenzaron a picarle por dentro. Le picaron la boca, la garganta y el estómago hasta hacerlo que los vomitara. Sapo abrió enton-

ces la boca y veinte tábanos enojados salieron a perseguir para siempre a Venado, por haberlos utilizado como apuesta, allá en el principio.

Desde esa mañana, se dice, los tábanos persiguen siempre a los venados por donde quiera que vayan.

Conejo pierde su corona de cuernos

En los tiempos antiguos el Conejo tenía una corona de cuernos igual a la del venado, eso se dice. Cuentan también los viejos tarahumaras que el Conejo se sentía muy contento por eso. Se paseaba por todas partes para que todos vieran sus cuernos.

Era muy buen corredor, el llamado Conejo. Podía correr de un lado a otro dando saltos muy largos, como los que también dan los animales grandes cuando corren. Por eso pensó que él era igual que el venado.

Así que un día, hace muchísimo tiempo, se le acercó al Venado y lo retó para que corrieran juntos una carrera. “Vamos a correr juntos”, le dijo, “vamos a ver quién llega más pronto al otro lado del llano”. Y el Venado aceptó.

Y comenzaron a correr juntos, brincando, atravesando la Tierra, corrieron. Muy rápido iban los dos. Pero a la mitad del llano había muchas matas de manzanilla, y cuando el Venado llegó a donde estaban las matas, comenzó a brincarlas dando saltos más altos, hasta que las atravesó todas y llegó rápido al otro lado del llano.

El Conejo también trató de brincarlas y no pudo saltarlas todas, porque no era tan alto. Sus patas eran mucho más cortas y no tenía tanta fuerza como el Venado. Se enredaba, se le trababan los cuernos. Así que se quedó entre las matas de manzanilla y allí dejó de correr, con los cuernos trampados entre las ramas.

Trataba de zafarse y no podía. Nadie sabe cuánto tiempo se quedó allí trampado, y para poder salir de allí, al último tuvo que arancarse los cuernos. ¡Mo'tóchi! ¡Mo'tóchi!, le gritaban los que fueron a ver la carrera, porque *mo'tóchi* les dicen a los venados que han perdido los cuernos.

Pero al conejo ya nunca volvieron a salirle los cuernos, y es por eso, se dice, que los conejos son ahora *mo'tóchi*, con las orejas largas y con una cabeza parecida a la del venado, pero sin cuernos.

El Zopilote inventa la música

Hace tiempo, muchísimos años, en los tiempos antiguos, un tarahumara estaba muy triste. Era un hombre muy viejo. No tenía nada que hacer, no hallaba cómo alegrar su vida, y estaba muy triste.

El Zopilote andaba volando por allí cerca, y se dio cuenta de la tristeza del hombre. Entonces le tuvo lástima. Se paró en una roca y se puso a tocar un violín. Quién sabe de dónde habrá sacado ese violín el zopilote, pero allí mismo se puso a tocarlo y allí mismo se puso a cantar. Allí mismo inventó la música.

“Mira”, le dijo al anciano, “aquí te traigo la música, te la traigo para que ya dejes de estar triste; ten este violín, toca tú mismo música, y la música te va a quitar la tristeza”. Y habiéndole enseñado la música a aquel viejo triste, se fue volando río abajo.

El viejo tarahumara tomó su violín. Se puso a tocarlo. Hizo música y se le quitó la tristeza. Y por eso es que al Zopilote, incluso hasta hoy en día, se le llama “el compadre”.

El Cuervo y el Zopilote compiten tocando

Cuando el Zopilote inventó la música, no dejó de tocarla por muchos días. De piedra en piedra se la pasaba tocando.

El Cuervo lo escuchó tocar desde lejos. “Yo también quiero tocar así”, pensó el Cuervo.

Rápido dejó sus árboles y llegó volando hasta donde estaba tocando música el Zopilote. “Zopilote”, le dijo, “enseñame a tocar el violín y luego juguemos una competencia, para ver cuál de los dos es el que toca mejor”.

El Zopilote se puso a enseñarle al cuervo cómo tocar el violín, y luego comenzaron a tocar pieza tras pieza, para ver cuál de los dos era el mejor músico.

Pero los dos tocaban muy bien, los dos eran muy buenos músicos, y ninguno de los dos ganaba.

Porque el Zopilote tocaba una pieza y luego el cuervo tocaba otra mejor. Y entonces el Zopilote tocaba otra todavía más hermosa. De manera que así seguían los dos, tocando pieza tras pieza, cada vez más hermosas.

Pero ninguno de los dos ganaba.

Hasta que decidieron irse a seguir la competencia cada uno en una de las orillas opuestas del mundo, para que pudieran oírlos todos los animales y todas las personas de la Tierra.

Y por eso se dice que si uno llegara hasta una de las orillas del mundo, encontraría allí a un zopilote tocando el violín. Y si llegara hasta la orilla opuesta, encontraría allí a un cuervo tocando el violín.

Porque de orilla a orilla, hasta ahora, allí siguen la competencia.

El Zopilote se enamora del Cuervo

Se cuenta también lo siguiente: hace muchísimo tiempo el Zopilote tenía plumas en la cabeza, así que era un pájaro como cualquier otro.

Un día, cuando recién había inventado la música, se fue volando río abajo y allí se encontró al Cuervo Mujer. Se le quedó viendo, porque el Cuervo es muy grande, negro, brillante y muy hábil para volar. El Zopilote se enamoró de ella. “Cuerva, yo me quiero casar contigo,” así le dijo.

Pero la Cuerva le contestó: “¿Y tú por qué te quieres casar conmigo? Tú no estás nada guapo.” Porque el Zopilote estaba jorobado y tenía las plumas muy sucias de polvo.

El Zopilote se quedó triste porque la Cuerva no lo había querido. Entonces le preguntó: “¿Por qué me dices feo?” La Cuerva le respondió: “Porque tus plumas no están lustrosas.”

El Zopilote volvió a preguntarle a la Cuerva: “¿Y tú cómo le haces para tener tan negras y tan lustrosas las plumas?” La Cuerva le dijo: “Pues yo me lavo con agua de maguey y después me seco al sol.”

El Zopilote se fue muy pronto a buscar un maguey grande para picotearlo, sacarle el agua de maguey, lavarse la cabeza con ella y así tener muy brillantes las plumas. Y vio un maguey, lo picoteó, sacó el agua e inmediatamente se agachó para lavarse la cabeza y luego se paró en el mero sol para que se le secaran las plumas.

Pero cuando comenzaron a secársele las plumas el Zopilote sintió mucha comezón en la cabeza. “¡Tengo comezón, tengo muchísima comezón en la cabeza!”, así gritaba el Zopilote, y comenzó a rascarse con fuerza. Y se rascó tanto que se le fueron cayendo las plumas de la cabeza y el cuello; ni cuenta se dio cuando ya se había quedado calvo, así como está hasta ahora.

Pero estaba muy enamorado del Cuervo Mujer, así que regresó para hablar con ella: “Mira, ya regresé, ya me lavé con maguey tal y como tú me lo habías dicho. ¿Ahora sí ya te vas a casar conmigo?”.

Pero la Cuerva, al verlo, se espantó, porque el Zopilote estaba horrible. No tenía plumas en la cabeza, no tenía plumas en el cuello, y su piel estaba muy arrugada y muy roja. Así que el Cuervo Mujer salió volando muy espantada.

Antes el Zopilote sí tenía plumas en la cabeza, pero una vez que se hubo rascado se quedó ya sin plumas. Desde entonces los zopilotes se quedaron pelones para siempre, mientras que los cuervos siguen teniendo plumas muy brillantes y bonitas.

También desde ese entonces los zopilotes y los cuervos ya no andan nunca juntos.

Venado enseña a los tarahumaras a bailar

Por ese tiempo las cosas que no se mueven y las cosas que se mueven estaban contentas en las montañas. De repente dejó de llover y el pasto de las colinas y los valles comenzó a secarse. Los que comen yerba comenzaron a tener hambre. Los animales que comen animales también comenzaron a sentir hambre y todos andaban flacos y en los costados se les notaban los huesos. Por todas partes se veían tristes los cerros, y las laderas se veían amarillas y sin flores. También la gente andaba muy hambrienta.

Los tarahumaras se juntaron para ver qué era lo que iban a hacer. Así se preguntaban: “¿Estamos tranquilos? ¿Nos sienten bien? Porque hace mucho que no cae agua del cielo, hace mucho que no llueve y el zacate está triste y los animales que comen animales que comen zacate están tristes y nosotros los tarahumaras andamos flacos y se nos notan las costillas y también nosotros estamos tristes”, seguían diciendo. “¿Qué tendremos que hacer? ¿Qué sería bueno que hiciéramos ahora que estamos todos juntos para que vuelva a llover?”, se preguntaban.

En ese momento bajó Venado desde las montañas y les dijo a los tarahumaras: “Ustedes que están de aquel lado, escuchen bien lo que yo voy a decir: tú que estás a la derecha, tú vas a tocar el tambor”. Luego les dijo: “Tú que estás a la izquierda, tú vas a tocar la flauta”. Y también dijo: “Tú que estás adelante, tú vas a tocar la sonaja, y todos los demás van a hacer lo que yo voy a hacer; hacia el lado que yo voltee, ustedes también van a voltear; vamos a ponernos a bailar todos juntos para que se componga el mundo y para que nuestra madre Sol y nuestro padre Luna nos manden nubes oscuras, y para que esas nubes oscuras dejen caer lluvia a la Tierra, y para que la tierra nuestra haga brotar el zacate. Será

como tener conversación con Sol. Si llueve, el mundo terminará de poblarse”. Eso dijo el Venado.

Entonces los tarahumaras escucharon, aprendieron lo que se les enseñaba, imitaron al Venado, tomaron los instrumentos, tocaron música. Y por primera vez se pusieron a bailar el *yúmare*.

La apuesta de los gigantes

Había en la sierra dos hombres muy grandes que eran muy hábiles para lanzar piedras. Durante muchos años habían estado compitiendo para ver cuál de los dos era el que las lanzaba más lejos. Unas veces ganaba uno y otras veces ganaba el otro, y cada vez que competían iban lanzando las piedras hasta más lejos.

Un día se cansaron de no saber cuál de los dos era el ganador. “Vamos a ver quién de los dos es el mejor”, dijo uno de ellos. “Está bien”, contestó el otro, “lancemos las piedras delante de la gente y nombremos un juez”. Se dice que ese juez era el Cuervo.

Llegó gente de toda la sierra tarahumara: de las barrancas, de los llanos, de las cumbres. Todos querían saber en qué iba a acabar aquella competencia, porque el pago para el ganador iba a ser cuatro venados.

Luego de haber convocado a la gente para que se juntara a verlos, los hombres llegaron cada uno con cuatro piedras en su bolsa, para poder sacarlas de allí cuando comenzara la competencia. Luego escogieron la parte alta de unas lomas para lanzarlas desde allí.

Cuando empezaron a lanzar las piedras, el primer hombre hizo llegar la piedra hasta la falda de la loma y toda la gente se puso muy contenta. Entonces el otro lanzó su primer tiro y la piedra llegó hasta mucho más allá de la falda de la loma.

Cuando le volvió a tocar al primer hombre, sacó su segunda piedra y la hizo llegar hasta el centro del valle, ya casi llegando al río. Toda la gente estaba contenta y pensaba que él habría de ser el ganador. Pero luego el segundo hombre lanzó la suya y la hizo llegar hasta la otra orilla del río, pasando el agua.

Entonces el primer hombre lanzó su tercera piedra con mucha fuerza, así que la piedra llegó casi hasta el otro lado del valle,

mucho más allá del río. La gente gritaba, pensando que el otro no iba a poder lanzar su tercera piedra hasta tan lejos. Pero el segundo hombre lanzó la piedra con todas sus fuerzas, de manera que la piedra fue a dar hasta la falda de las montañas que estaban al otro lado del valle. Nadie sabía qué pensar. La gente estaba asombrada. Enojado, con muchas ganas de vencer para siempre al otro lanzador de piedras, el primer hombre tomó su última piedra y la lanzó con tanta fuerza, que la piedra pasó por encima de la loma, de la llanura que estaba después de la loma, del río, de la llanura que estaba al otro lado del río, de los pinares que estaban en las montañas, y fue a caer en la cumbre de la montaña más alta. La gente gritaba, se alegraba. Estaba segura de quién iba a ser el ganador.

Pero el segundo lanzador de piedras metió la mano a su bolsa, sacó un *chanate* que llevaba escondido y, fingiendo que era una piedra, lo lanzó en dirección a las montañas. El *chanate* salió volando, pasó por encima de la loma, la llanura, el río, la segunda llanura, las faldas de las montañas del otro lado del valle, la cumbre de la montaña más alta y luego a todos se les perdió de vista en el cielo. Estos dos hombres, se cuenta hasta ahora, eran tan altos como los pinos, eran tan altos como Ganó. Unos dicen que el juez decidió que el primero de esos dos hombres fuera el ganador, pero otros dicen que le dio el pago al segundo. No se sabe qué fue lo que decidió el Cuervo.

Los pájaros carpinteros enseñan la danza de los pintos

Un día, los pájaros carpinteros bajaron juntos de los árboles y les hablaron a los tarahumaras. Cuando llegaron los tarahumares, los pájaros les dijeron: “Acérquense, acérquense, escuchen todos ustedes los tarahumaras: nosotros también somos autoridad; nosotros gobernamos entre los pájaros. Nosotros somos *iséríkame* entre los pájaros. Les damos consejos, les decimos qué hacer, les enseñamos cómo deben portarse. Ahora queremos enseñarles a ustedes cómo agradecer, queremos enseñarles cómo bailar para agradecer las cosas buenas y para prepararse a sembrar el maíz. ¡Miren!”.

Después los pájaros carpinteros se acercaron al río y escarbaron barro blanco, lo mezclaron con agua, lo convirtieron en pintura. Con él, se pintaron puntos blancos en la cara. Luego comenzaron a bailar juntos el baile que los tarahumaras conocen como “los pintos”, y la gente se puso a imitarlos.

Así fue como los tarahumaras aprendieron a bailar para agradecer, y para prepararse para el trabajo, en todas las partes de la sierra.

El Guajolote enseña la danza del rutubúli

Fue el Guajolote el que les enseñó a los tarahumaras la danza del *rutubúli*. “¡Tiene que ser a cielo abierto!”, gritó el Guajolote, “para que lo vean Sol y Luna”. Los tarahumaras oyeron con atención. “¡Tienen que sacudirse fuerte las sonajas!”, gritó el Guajolote, “para que las escuchen Los de Arriba”. Los tarahumaras oyeron con atención. “¡Tienen que estar de un lado las mujeres y del otro los hombres!”, gritó el Guajolote, “porque así están Sol y Luna”. Los tarahumaras oyeron con atención. “¡Tiene que ser con entusiasmo!”, gritó el Guajolote, “para llamar la atención de Sol y Luna”. Y los tarahumaras se juntaron alrededor del danzante.

Entonces el guajolote comenzó a bailar en círculos y el águila comenzó a gritar en el cielo. Y la gente aprendió de esa forma la danza del *rutubúli*.

Canción del rutubúli

Esta es una canción antigua del *rutubúli*. Así la compusieron los viejos tarahumaras. Así la cantaron en los tiempos antiguos. Así la escucharon los niños de La-que-es-Madre, los niños de El-que-es-Padre:

Ya viene acercándose el agua
ya baja la neblina por la meseta y los cerros.
El pájaro azul canta y revolotea entre las ramas;
y el re'láwi macho ya va llegando al llano
en el que se elevan las nubes.
El vencejo se lanza por el aire
pareciéramos poder tocar el cielo con las manos
y el vencejo se lanza, canta y silba.
Las plantas ya crecen y enrojece la fruta
y, cuando ya está madura
ella sola cae al suelo, porque ya está tan madura
que sola se cae al suelo.
Las flores ya se enderezan, moviéndose con el aire;
el guajolote, al danzar, hace círculos
y el águila grita en el cielo.
De suerte que ¡va a comenzar a llover!

Los *koséme*

Nadie sabe cuándo llegaron por primera vez los *koséme* a las orillas del mundo. Unos piensan que fue desde el principio, cuando todas las cosas tomaron su forma; otros creen que llegaron cuando se juntó lo que los tarahumaras llaman El Agua Grande, que queda mucho más allá de los valles y los cerros.

Otros piensan que llegaron después de que Los de Arriba decidieron destruir la Tierra con agua, haciendo llover por muchos días y reblandeciendo hasta las rocas y las montañas.

Pero los *koséme* llegaron para mantener el agua en sus lugares; llegaron para ayudar a los tarahumaras a mantener a los aguajes y los ríos en las orillas por las que corren; llegaron para hacer que El Agua Grande ya no suba de su lugar y ya no vuelva a llegar hasta los valles y las montañas, inundándolos.

Los *koséme* son los que impiden que el mundo no se vuelva a inundar.

Si El Agua Grande comienza a subir, si un río se quiere salir de sus orillas, si un aguaje comienza a desbordarse, los *koséme* se ponen a acomodar la arena, a acomodar la tierra, las rocas, los troncos tirados de árboles que se encuentran a la orilla del río, y entonces el agua se mantiene en su lugar. El mundo no se anega.

Un *koséme* tendrá dificultades para levantar la aguja de un pino, un guijarro del arroyo, una paja, un grano de arena.

En cambio empujará un pedregal o un arenal completo, o levantará una gran roca o el tronco grande de un pino con la misma facilidad que un niño levanta una paja o un grano de arena.

Los *koséme* están atentos a las danzas de los tarahumaras. Les gusta que la gente cumpla con su trabajo y lleven a cabo todas las fiestas y las danzas. Si un arroyo baja demasiado embravecido, si

un río comienza a subir demasiado, si se inunda una milpa, si un aguaje se desborda, es que los tarahumaras no han estado danzando bien. Hay que corregir la ofensa y llevar a cabo las ceremonias.

Son como los tarahumaras. Si uno llega a verlos de cerca, nunca se dará cuenta de que estaba frente a un *koséme*, pensará que se trataba de un tarahumar como cualquier otro.

Pero son diferentes. Los *koséme* no comen, sólo respiran. Si un *koséme* aspira el olor de las tortillas calientes, el olor de la carne, el olor del tesgüino, será suficiente. Con eso sobrevivirá.

El Ru'chumákali

El *Ru'chumákali* es como una hoja caída en el agua. Es verde. Es como del tamaño de la hoja de un madroño.

Vive en el agua estancada, y si uno la ve sin poner atención, no la descubre, pensará que se trata de una hoja caída. Pero es un animal.

Se mueve como si fuera una tortuguita. Nadie lo ha visto volar, pero unos dicen que también podría volar, si lo quisiera.

El *Ru'chumákali*, se dice, también guarda las aguas. Hace que todo esté bien, cuida que el agua se mantenga en su cauce. Pero si el agua se quiere desbordar, es el *Ru'chumákali* el que le abre las puertas, para que siga corriendo.

Cuervo trae las semillas del chile

El Cuervo es un animal muy conocedor y muy inteligente, a veces es muy travieso. Pero también le gusta ayudar a los demás cuando le dan lástima. Es muy hábil para volar y recorrer grandes distancias, porque no se cansa y conoce muy bien las montañas.

Fue el Cuervo el que trajo las semillas del chile, allá en el principio. Nadie sabe desde dónde las trajo hasta el país de los tarahumaras.

Cuentan los tarahumaras que allá, muy al principio, la gente comía sus alimentos sin ponerles ni sal ni chile, porque no había ni chile ni sal en toda la Tierra. Mataban a las ardillas y así se las comían, cortaban una penca de nopal y así se la comían, sin ponerle nada.

El Cuervo los miraba ir y venir, los veía trabajar y luego descansar y ponerse a comer sin chile ni sal. Un día les tuvo lástima. Entonces se fue lejos, nadie sabe hasta dónde. Se les perdió de vista. No se sabe hasta dónde habrá llegado.

Cuando regresó traía el pico lleno de semillas. Desde arriba las iba dejando caer. La gente no sabía lo que eran esas semillas, no entendía por qué el Cuervo las estaba dejando caer. Pero al tocar la tierra las semillas nacieron y las matas crecieron, echaron flores y dieron los primeros chiles que hubo en la sierra.

La gente se los comió, se los puso crudos a las pencas de nopal, a la carne de los animales. Luego los secaron y los molieron, para ponérselos a la carne de las ardillas o a los frijoles.

Así fue como el Cuervo trajo los chiles por primera vez a la tierra de los tarahumaras.

Lo que se dice del Cuervo

El Cuervo es animal muy inteligente, muy sabio. Es también animal muy bromista. Le gusta divertirse haciendo travesuras. Antes era persona.

Le gusta pensar y decidir qué es lo que está pasando cuando hay algún problema. Se pone a pensar y decide quién ganó y quién perdió, qué es lo que está bien y qué es lo que está mal. Es el juez.

También causa muchos problemas, porque es hábil. Se mete a las milpas y se come el maíz que siembran los tarahumaras. Por eso la gente no quiere verlo en los campos. Lo espanta, le dice que se vaya muy lejos. Que no vuelva.

Se dice que antiguamente el Cuervo era un sembrador de maíz. No era un pájaro, sino un hombre. Pero no le gustaba trabajar en la milpa. Dejaba caer los granos del maíz y ya no volvía a las milpas más que para recoger las mazorcas.

Un día se convirtió en pájaro. Por eso es el pájaro negro, brillante y de alas grandes que es ahora. Desde entonces no viene a las milpas sino para recoger el maíz.

También se dice que antiguamente los *owirúames* cargaban una cabeza de cuervo en sus bolsas, porque eso los ayudaba a curar.

Y se dice que el cuervo fue el que le contó las antiguas historias a *Waalá*, que sabe nuestra palabra, y que fue después *Waalá* la que se las contó a los tarahumaras. Por eso seguimos ahora contando los antiguos decires, por los trabajos del Cuervo, y es por eso que ahora sabemos lo que pasó en los primeros días.

Lo que se dice del Wikókali

Es un gran curandero. Parece una cáscara. Lloro lágrimas de sangre.

Los tarahumaras no lo pueden pisar. No pueden hacerle ningún daño. No lo pueden matar.

Antiguamente los tarahumaras tomaban vivo a un *Wikókali* y lo pasaban por la parte de su cuerpo en la que estaban sintiendo dolor, y dicen que el dolor desaparecía por completo.

El *Wikókali* tomaba para para sí los dolores del enfermo y luego los echaba fuera en forma de lágrimas de sangre. Lloraba por los enfermos, lloraba su propia sangre. Así es como dicen que curaba el llamado *Wikókali*.

Ganó enseña a sembrar el maíz

En los más viejos días los tarahumaras no sembraban maíz, sino que nada más lo recogían en dónde lo encontraban creciendo.

Luego la gente aprendió a sembrar el chile, pero no sabía sembrar el maíz, así que cuando tenía hambre se iba a cazar, a pescar, a buscar frutos, a arrancar mazorcas que se encontraba creciendo solas, a sacar raíces o a pedir *kórima* por los valles.

Un día que estaban los tarahumaras sentados en el suelo junto a *Ganó*, le preguntaron: “¿Qué sería bueno sembrar y no tener que luchar tanto para conseguir la comida?”. *Ganó* les respondió: “El maíz”.

Entonces se levantó, arrancó de cuajo unos pinos, quitó las piedras, las aventó lejos, sacó un puñado de granos de maíz y los esparció por toda la tierra. En ese mismo momento nacieron las matas, crecieron, echaron grandes hojas, se llenaron de jilotes, los elotes crecieron y los tarahumaras conocieron el maíz.

No era un solo tipo de maíz: era maíz amarillo, maíz blanco, maíz rojo y maíz pinto.

Desde entonces no hay nada más valioso para los tarahumaras que el maíz, y todo lo que los tarahumaras hacen con el maíz; para los tarahumaras no hay nada más valioso que la planta del maíz, que el elote cuando madura; no hay nada más valioso que el tesgüino, el pinole, el esquiate.

Por eso dicen hasta ahora: *Rusulúame jú mapu, ‘wé suunú-weame, tabilé kónale ralámuli*, “Tacaño es el que, teniendo mucho maíz, no lo da de comer a la gente”. Y también dicen hasta ahora: *Wé tumu natemási échi kétumu Onó sugíwala, kétumu Eyé sugíwala*, “Tengan lástima del tesgüino de su Padre, del tesgüino de su Madre”.

Y los campos del país de los tarahumaras se llenaron de milpas que en verano son verdes y brillan mucho, y en invierno se secan y se ponen amarillas. Estas palabras son de tiempos antiguos.

Chu'épali se pierde en el camino

Chu'épali era un niño como cualquier otro. Era hijo de unos tarahumaras que habían sembrado la tierra y habían cosechado mucho maíz.

Recién cosecharon, decidieron hacer una fiesta para agradecer todo lo que habían levantado y para compartir con los tarahumaras que vivían cerca.

Entonces se pusieron a hacer tesgüino para la fiesta. Juntaron el maíz, lo pusieron a germinar, lo molieron, lo echaron en una gran olla y lo dejaron para que se cociera.

Cuando el tesgüino estuvo ya listo, así le dijeron sus padres a *chu'épali*: “Anda, ve y busca a los vecinos y diles que vengan a festejar; diles que vamos a tener muy buen tesgüino, y que vamos a compartir con ellos tesgüino y maíz”.

Pero *Chu'épali* se quejó de este modo: “No quiero ir tan lejos, me voy a cansar mucho, no soy tan fuerte, no podré dar con los vecinos para invitarlos a la fiesta”.

Entonces su padre le dijo: “No te vas cansar: yo te voy a dar una hueja con tesgüino para que cuando te comiences a sentir cansado tomes un poco y pronto te vuelvas a sentir bien; pero tienes que tener cuidado de tomar sólo un poco; óyeme bien, porque si tomas mucho, algo malo podría pasarte”. Y le dio una hueja con tesgüino para que se la llevara con él.

Chu'épali salió de su casa con la hueja y tomó el camino para recorrer una por una las casas de los vecinos. Pero cuando apenas había bajado por la primera ladera comenzó a sentirse cansado y se detuvo para tomar un poco de tesgüino. Pronto se sintió bien y siguió adelante. Y apenas iba a la mitad de la primera cuesta cuando otra vez se volvió a sentir cansado, así que se detuvo y volvió a tomar un poco de tesgüino. Y siguió caminando.

Pero cuando llegó a la cumbre se sentó en una gran piedra y volvió a tomar otro poco. Le gustó mucho y siguió allí tomándose, sentado en la piedra. Vacío la hueja, se tomó todo el tesgüino, no dejó nada. Se sintió bien y muy lleno, a gusto. Se sintió muy tranquilo y alegre.

Le dieron ganas de brincar de alegría y de ponerse a bailar. Entonces se subió a la gran roca y se puso a bailar de contento. Y allí siguió bailando y bailando, hasta que se convirtió en un pájaro gris y de pico muy largo. El pájaro que se llama ahora *Chu'epali*. Y por eso hasta ahora el *Chu'epali* aparece siempre bailando encima de las piedras y cantando muy bien.

No siguió. No invitó. No regresó. Se fue volando a otro lado y siguió bailando en donde quiera que se posaba.

Pero se dice, además, que el *Chu'epali* es un guía de las almas, un sabio poderoso.

Y en Samachíki, cuando se va a festejar algo muy importante, se atrapa a un *chu'epali* vivo para dejarlo una noche en el lugar del festejo.

Y al día siguiente, cuando ya pasó todo, las autoridades lo tratan con mucho respeto, le agradecen que todas las cosas hayan salido tan bien.

Y luego lo sueltan.

El Cuervo enseña a repartir el maíz

Cuando los tarahumaras comenzaron a sembrar el maíz, unos levantaron más y otros levantaron menos.

El Cuervo volaba por todas partes, se paseaba como se pasea todavía ahora, de valle en valle. Desde arriba lo veía todo. Y así fue como vio que algunos tarahumaras eran ricos y otros eran pobres; vio que algunos levantaban mucho maíz y otros casi no podían levantar nada.

Entonces se fue muy lejos, cruzó muchos valles, llegó hasta donde los ricos levantaban mucho maíz. Y allí bajó y cortó una mazorca muy grande, luego se la llevó hasta las milpas en donde la gente no había podido levantar nada. Y les dio a los más pobres aquella hermosa mazorca.

Los tarahumaras se quedaron mirando lo que pasaba en la milpa: el Cuervo ya les había enseñado el *kórima*. Estas palabras son de tiempos antiguos.

Los *ulíbi*

Una vez, quién sabe cuándo sería, llegaron los *ulíbi* a las tierras de los tarahumaras. Los *ulíbi* son como gente, pero mucho más bajos de estatura. Son del tamaño de un guajolote silvestre, o de una cría de venado; algunos dicen que son parecidos a los tarahumaras, pero con mucho más pelo en la cabeza y el cuerpo. Los *ulíbi* llegaron a las rocas de las montañas y allí se quedaron a vivir. Se acostumbraron tanto a las piedras, que no pueden moverse más que en ellas. Brincan entre ellas, corren, desaparecen entre las piedras. Si salen a lo plano, si bajan hasta un camino, si se acercan a un llano, se marean, se tambalean, acaban por caerse.

La gente muy rara vez puede verlos, porque son tímidos y no les gusta que los molesten, así que cuando una persona los ve ellos desaparecen, se vuelven invisibles. La gente puede llegar a pensar que son inofensivos y que, por su tamaño, son poco fuertes. Pero los *ulíbi* son poderosos. Para un *ulíbi*, una roca muy grande no pesa nada. Con una sola mano la levantan y la arrojan muy lejos. Muchas de las rocas que están desparramadas por las tierras de los tarahumaras, fueron movidas por los *ulíbi*. Fueron ellos los que las dejaron en el lugar en donde están hasta ahora.

Un tarahumara puede estar mirando hacia un despeñadero y no ver más que piedras, pero en cuanto volteé a ver hacia otra parte, los *ulíbi* aparecerán, treparán y saltarán por esas mismas rocas.

Si un *ulíbi* intentara hacer algún daño a un tarahumar, lo único que el tarahumar tiene que hacer es engañarlo para hacerlo que deje las rocas y pise tierra plana. En cuanto camine sobre la tierra se va a marear, comenzará a tambalearse, se caerá, se quedará sin fuerzas y ya no podrá hacer nada. Ya no podrá hacerle daño a una persona. Eso piensa la gente.

Origen de la sal

Los tarahumaras vivían entre las cuevas y los pinos, en un lugar en el que había mucha comida y mucha agua. Un día llegó un niño chiquito, solo. Llegó llorando. Nadie sabía de dónde había venido. Nadie sabía quién era, ni quiénes eran sus padres.

“¿Quién será?”, se preguntaban los tarahumaras, “¿de dónde habrá llegado?”. Pero nadie sabía.

“Anda completamente solo”, decían, “no viene nadie con él”. “¿Qué no estaría bueno recogerlo, adoptarlo?”, se preguntaban, “¿qué no estaría bueno que alguno de nosotros se quedara con él?”.

Pero el niño aquel era un niño muy feo, tenía toda la cara llena de lágrimas y manchones de sus lágrimas. Tenía toda la nariz llena de mocos, por tanto que había llorado. Andaba desnudo, sin ropa, muy sucio, todo lleno de manchas de lágrimas y de mocos, así que nadie quiso adoptarlo, nadie le tuvo lástima. Entonces el niño aquel siguió caminando y se fue de las tierras de los tarahumaras. Siguió por el río y se perdió rumbo a la barranca.

Y pasaron los días y los meses, y los tarahumaras empezaron a notar que no soportaban su propia comida. Por más que se esforzaban en escoger el maíz, en limpiar el frijol, en preparar la carne, todo les sabía mal. No había tortilla que supiera sabrosa, no había cosa que los dejara contentos, todo les sabía mal.

Un día mandaron a un hombre para buscar hierbas al río. “Ándale vete”, le dijeron, “a ver qué encuentras para que le pongamos a la comida para que de nuevo nos sepa bien”. El hombre se fue caminando por el río y duró muchos días sin que supieran hasta dónde fue a dar. Iba probando lo que encontraba: yerbas, resinas, plantas, frutos, para ver si podía encontrar algo que hiciera

que la comida, por poca que fuera, supiera bien. Dicen que llegó hasta allá donde queda El Agua Grande, en la orilla del mundo. Hasta allá fue a buscar el sabor de la comida.

Entonces llegó, cargando con unas piedras blancas en la espalda: “Miren”, les dijo a los tarahumares, “encontré de nuevo el sabor de la comida. Son unas piedras blancas, blandas de moler, que se vuelven polvo, que saben como los mocos y las lágrimas, y que hacen que cualquier cosa, por poca que sea, nos sepa muy bien”, dijo. “Estaban tiradas a la orilla del Agua Grande, donde se acaba el mundo”. Entonces los tarahumaras supieron que aquellas piedras blancas eran el niño que habían dejado irse solo.

Algunos piensan que no se trataba de un niño, sino de una mujer muy pobre y muy fea, igualmente llena de mocos y de lágrimas.

La sal tapa la entrada de una gran cueva

Dicen que antes de irse hasta El Agua Grande, el niño abandonado, que se llamaba *Onáka*, lanzó una ramita de hierba contra una gran cueva en la que vivían muchos tarahumaras.

Era una ramita de hierba cualquiera, como la que cualquier hombre se puede encontrar tirada en el suelo, y el niño la cogió con tan sólo dos dedos para lanzarla contra la entrada de la gran cueva. Pero la ramita fue creciendo y creciendo en el aire, hasta que se convirtió en un gran tronco con muchísimas ramas.

Y cayó con gran estruendo en la entrada de la gran cueva en la que vivían muchos tarahumaras.

Y la tapó para siempre.

Cómo nació el chotacabras

Antiguamente había un hombre muy borracho, que siempre que podía estaba tomando tesgüino. Era chaparro, gordo y tenía los bigotes muy largos y enhiestos.

“¿Dónde hay?”, preguntaba. Y la gente ya sabía que lo que estaba buscando era el tesgüino. “¿Dónde hay?”, preguntaba, y la gente le contestaba que en tal casa o en tal pueblo, y hasta allá se iba el hombre a buscar su bebida.

Un día, después de muchas semanas sin tomar más que agua, consiguió un guaje lleno de un tesgüino muy fresco. El guaje era ancho y estaba completamente lleno.

Se sintió tan sediento que no pudo esperarse, abrió la boca lo más que pudo y se tragó completo el guaje.

La gente dice que después de tragarse el guaje lleno de tesgüino, el hombre aquel se puso a bailar y a mover los brazos hasta que se convirtió en el pájaro que ahora se llama chotacabras. Y entonces salió volando.

Ahora muchos tarahumaras piensan que el chotacabras es un pájaro poderoso, y que si alguien se descuida, el chotacabras podrá embrujarlo.

Si alguien imita su canto, esa noche sus cobijas arderán solas.

Si un chotacabras entra a una casa y se pone a aletear en un rincón, los tarahumaras pensarán que está tratando de embrujar a las personas que viven en esa casa, y le tendrán miedo y respeto.

Y es por eso que el chotacabras tiene el pico tan ancho, porque ese pico era la boca con la que alguna vez se tragó el guaje entero.

Y también es por eso que el chotacabras tiene unos bigotes muy largos y tiesos, porque antes fueron los bigotes de aquel tarahumar que, en los tiempos antiguos, bebía demasiado.

Los siete hermanos vuelven a ser estrellas

Hace mucho, allá por aquellos días, algunos tarahumaras comenzaron a portarse muy mal. Uno de ellos era un hombre muy violento. Era flojo, no trabajaba, no sembraba el maíz, no cazaba animales para llevar comida a su casa. Quién sabe cómo se llamaría.

Ese hombre tenía una mujer y siete hijos. Muy seguido llegaba a su casa y comenzaba a gritarles a la esposa y a los hijos. Por cualquier cosa los regañaba y los hacía sentirse muy mal.

Un día llegó muy sediento y les preguntó a los muchachos por qué no había agua en la casa. “Porque tú no la has traído”, contestaron los niños. Entonces el hombre se enojó y les dijo, gritando: “Pues ahora mismo se van los siete a buscar agua al río, cada uno con una olla muy grande, para que las regresen llenas de agua limpia y fresca; y si al atardecer no han regresado con todas las ollas llenas yo mismo voy a bajar a castigarlos”.

Los niños lo escucharon con miedo, tomaron las ollas y bajaron desde la cueva en que vivían, porque antes eran muchos los tarahumaras que vivían en las montañas. Se fueron caminando cargando con las ollas auestas. Bajaron hasta el arroyo pero el agua era muy poca y no se podía llenar las ollas con ella. De allí subieron un cerro y luego bajaron hasta el siguiente arroyo, pero el agua estaba muy sucia. Volvieron a subir otro lomerío y volvieron a bajar hasta otro valle para encontrar el agua y llenar las siete ollas, pero en el valle sólo encontraron lodo y piedras. De allí pasaron a otro valle y buscaron el río, pero el río estaba seco y lleno de piedras y arena.

Entonces siguieron caminando hasta encontrar otra montaña y cuando hubieron subido hasta la cumbre, en busca de un agua-

je de agua limpia, se dieron cuenta de que ya estaba comenzando a caer la tarde y de que su padre muy pronto iba a buscarlos para darles un castigo.

En la punta de esa cumbre había un abeto y en el abeto se paró un pájaro que les dijo: “Su padre está muy enojado porque ustedes no regresan con el agua que él quiere tomar; discutió con su madre y como su madre los defendió, él comenzó a golpearla hasta hacerla morir. Ahora salió de la cueva y ya viene en camino a buscarlos para matarlos a ustedes también”.

Entonces los siete niños quebraron las ollas sobre el suelo y se abrazaron al abeto para esconderse detrás de sus ramas. El abeto, al escucharlos llorar, comenzó a crecer muy alto hasta convertirse en un pino más grande que todos los pinos, y luego en un táscale, el más grande de todos los táscales; y así siguió creciendo muy alto, hasta llegar al cielo, y cuando llegó al cielo puso a los siete niños en las estrellas, en donde hasta ahora se encuentran y son conocidos como la Constelación de los Siete Hermanos.

La cara de Luna

Dicen que un perro iba siguiendo a esos niños que huían de su padre.

Si los niños se detenían en el camino, el perro también se detenía; si los niños corrían, el perro también corría.

A donde fueran los niños, allá iba el perro aquel.

Y cuando los niños se treparon a las ramas del abeto salvador, el perro también se trepó al abeto con ellos.

El abeto creció hasta que se volvió tan grande como un pino, y luego tan grande como un táscale.

Y siguió creciendo hasta que se topó con Luna.

Y el abeto chocó muy fuerte contra la cara de Luna, de manera que el perro llegó hasta allá arriba y también se convirtió en una estrella, que los tarahumaras todavía nombran en el cielo.

Pero las ramas del abeto quedaron marcadas para siempre en la cara de Luna. Y allí todos pueden verlas todavía, desde aquellos tiempos antiguos.

Lo que se dice de las estrellas y el cielo

Se dice que el cielo tiene tres partes, las tres muy altas, cada una más alta que la anterior, por eso cuando los gobernadores quieren hablar del cielo dicen: “Tres veces más alto que los tejados”. Y se dice que allá arriba es de noche cuando en la Tierra es de día, y que allá arriba es de día cuando en la Tierra es de noche. Que hay mucho tesgüino en el cielo, se dice. Y que allá arriba viven Sol, Luna y las estrellas.

De las estrellas se dice que son personas. Que no hay que señalarlas con el dedo. Que tienen alma y palabra. Que son nuestros hermanos de arriba. Que son los hermanos que se quedaron allá arriba en el cielo, en el principio, cuando todo nació.

Que *A'lisópali* y *Chi'lisópali* son ayudantes poderosos de La-que-es-Madre y El-que-es-Padre. Que las estrellas menores obedecen a estos dos hermanos mayores como si fueran sus pastores. Que estos dos hermanos mayores son los pastores de las demás estrellas, porque las cuidan, les dan órdenes, las mueven allá arriba en el cielo. Algunos piensan que *Chi'lisópali* fue el primer gobernador de los tarahumaras, porque antes de que vinieran a la Tierra *Chi'lisópali* los pastoreaba y cuidaba, igual que a todas las demás estrellas.

Se dice que las estrellas conocidas como *Rekajúchi* mandaban señales desde el cielo y le decían a la gente, en tiempos muy antiguos, cuándo ponerse a sembrar. También eran las estrellas las que les decían a los tarahumaras en qué día llevar a cabo un *yúmali*. Los bailadores miraban hacia el cielo y cuando veían a las estrellas llegar a su lugar, entonces sabían que era hora de comenzar a bailar.

Se dice que un día La-que-es-Madre mandó llamar a *Chi'lisópali* y le dijo: “Escúchame bien, te voy a hacer un encargo, de ahora en

adelante tú me vas a ayudar a cuidar a todas las mujeres cuando anden en lo oscuro, a todas ellas, que están en la Tierra, las vas a tener que cuidar; también vas a cuidar a la gente, te vas a hacer cargo de ello”. Que estos dos ayudantes mayores son los que vigilan a las mujeres cuando andan caminando en lo oscuro.

Cuando un tarahumara se muere, su alma se va muy lejos de aquí. Una estrella que se ve en el cielo puede ser un tarahumara muerto. Muchas estrellas son grandes personas que siempre han estado allá arriba, tres veces más alto que los tejados. *Arára* son las tres estrellas que parecen un arado, y la gente a veces les da el nombre de *Awísuli* o el de *Bekyá So’polí*.

Los tarahumaras nacieron de las estrellas, por eso se dice que los tarahumaras son los hijos de las estrellas. Y se dice también que *Chi’lisópali* es el pastor de los tarahumares, porque los cuida desde arriba.

A las estrellas no se las debe contar. Si un tarahumar se pone a contar las estrellas, su madre llegará a regañarlo: “No cuentes a las estrellas”, le dice, “si las cuentas, cuando te mueras los de allá arriba te van a castigar y te van poner a contar cada uno de los granos de arena que hay en toda la orilla del río”.

Cuando nieva las madres tarahumaras les dicen a sus hijos: “Se están cayendo del cielo los cabellos de tu bisabuela”, porque se acuerdan de aquellas mujeres que ya se acabaron, y que hace tiempo se fueron a vivir allá arriba, con las estrellas.

Pero otros dicen que hay una anciana en el cielo y que ella posee un metate muy antiguo, y que cuando se pone a moler maíz es cuando nieva. Y otros piensan que no es maíz lo que muele, sino granizo, para que no lastime a la gente al caer y baje únicamente en forma de plumas heladas.

Sol se apaga

El mundo se estaba enfermando, la gente comenzó a hacerse daño entre sí, las cosas ya no eran como Los de Arriba habían querido que fueran, y al ver todo esto, Sol se comenzó a apagar poco a poco.

Se puso amarillo, y después pardo, y luego dejó de brillar. Perdió mucha fuerza. Los valles y los cañones se fueron volviendo oscuros, las cosas se fueron borrando, hasta que Sol se apagó y ya nada pudo ser visto.

Nadie sabía qué estaba pasando. Los animales gritaban, la gente andaba a tientas y a cada rato se tropezaban, los pájaros chocaban contra los árboles y las piedras.

Y entonces los leños, las ramas quebradas, las tablas y los palos se lanzaron contra la gente. Los mismos árboles se arrancaron de sus raíces y se fueron a buscar tarahumaras, para matarlos.

La humanidad se junta en Wetosáchi

Entonces la gente se comenzó a juntar para decidir qué era lo que habría de hacerse. De todas partes iban llegando los que sobrevivían y a oscuras se juntaban y a oscuras hablaban entre ellos. Todos se preguntaban con mucho miedo qué estaba pasando y qué podía hacerse.

Hasta que decidieron marchar todos juntos hasta *Wetosáchi*, la Tierra Blanca, para buscar refugio allí.

Pero a *Wetosáchi* no se podía entrar, para refugiarse, vistiendo ropa ninguna. Así que los hombres y las mujeres se quitaron las camisas, las mujeres se quitaron los collares, los hombres se quitaron los cintos, las mujeres se quitaron las faldas, los hombres se quitaron las tagoras. Todos se quitaron los ceñidores, todos se quitaron las sandalias y luego entraron sin ropa todos juntos a *Wetosáchi*.

Y Sol volvió a brillar sobre la gente desnuda.

Segunda destrucción del mundo

Pero fue entonces cuando La-que-es-Madre se dio cuenta de lo malo que se había vuelto el mundo y se enojó de nuevo con todos los hombres. Vio cómo muchos tarahumaras se habían vuelto ladrones. Eran flojos, no trabajaban, ya no llevaban comida a sus familias. Otros eran ya mentirosos y, otros más, eran muy violentos. Vio cómo toda la gente se había vuelto mala.

“No está bien este Segundo Mundo que hice”, se dijo La-que-es-Madre. “Ahora decido destruirlo también, ahora decido quemarlo para que ya no siga echándose a perder”. Y después La-que-es-Madre bajó del cielo y se acercó hasta las montañas. Las nubes, al verla venir, se retiraron. Todo brilló de manera muy intensa y todo se calentó hasta que los campos comenzaron a arder.

Todo ardió: ardieron los árboles y las casas, las praderas y los lomeríos. Hasta las piedras ardieron, y todavía ahora la gente puede encontrarse piedras requemadas, hechas carbón, que quedaron dispersas, desde ese día, por toda la sierra de los tarahumaras.

Los tarahumaras, al ver bajar a Sol, al ver que las cosas comenzaban a envolverse en llamas, subieron a sus cuevas llevando con ellos sus cueros de animales, en los que dormían y con los que se cubrían cuando hacía mucho frío. Hasta las cuevas subieron todas sus cosas, allá fueron a refugiarse de la lumbre de Sol. Y no son de ahora estas palabras: son de los tiempos antiguos.

La rebelión de las cosas

Pero ocurrió que al llegar hasta las cuevas las cosas comenzaron a tomar la forma de todo lo que habían sido antes; los metates se convirtieron en piedras pesadas, las bateas se convirtieron en ramas de pinos, las ollas se convirtieron en lodo, las flechas se convirtieron en jarillas del río, y los cueros curtidos se convirtieron en animales del monte: tejones, conejos, leones de la montaña.

Las cosas se rebelaron, se enojaron contra los tarahumaras, recordaron todo lo malo que se les había hecho, y decidieron vengarse por todo lo que habían padecido.

Y comenzaron a gritarles a los tarahumaras: “Así me perseguiste tú, así me cortaste tú, así me arrancaste del pino, así me flechaste, así me destruiste”. Y se lanzaban contra sus dueños para golpearlos y destruirlos.

En eso, la lumbré de Sol entró por las cuevas y acabó por completo con todos los malos hombres y con todas las malas cosas.

*Una familia se sumerge
en una tinaja de piedra*

Pero cuando Sol se acercó a la Tierra para quemar a los habitantes del mundo, unos tarahumaras habían visto venir a Sol desde el cielo y pronto supieron que algo terrible iba a pasar.

Entonces se juntaron y huyeron cuesta abajo. Dejaron sus chivas, sus perros y todas sus cosas, bajaron desde las montañas y buscaron el fondo de las barrancas.

Allí había una tinaja de piedra, muy grande, de agua verde y roja, y se metieron a ella para refugiarse del incendio del mundo. Entonces entraron al Mundo de Abajo.

Se dice que eran muchos tarahumaras. Otros comentan que eran una sola familia, y otros más dicen que eran tan sólo un hombre y una mujer, pero ya no se sabe ahora, en verdad, cuántos serían.

Los ríos cambian el rumbo de sus caminos

Cuando Sol comenzó a alejarse después de haber destruido la Tierra, los ríos detuvieron el agua, eso se dice. El agua dejó de correr, se quedó en calma.

Entonces los ríos quisieron acompañar a Sol y buscaron otros caminos.

El agua comenzó a saltar, se levantaba haciendo olas, golpeaba, porque estaba buscando por dónde habría de correr sobre el mundo nuevo. Se dieron la vuelta los ríos, cambiaron el rumbo.

Desde entonces, los ríos corren hacia el occidente, acompañando al Sol que se va, porque se dice que antes todos corrían en sentido contrario, hacia el oriente, acompañando a Sol que iba a nacer.

BEKYÁ

Resurgimiento desde el agua

Esto ocurrió en la tinaja del agua verde y roja. Cuando pasó el incendio que acabó con el mundo, y cuando no hubo ya más lumbre en la Tierra.

Cuando ya no se veía el humo por los valles, cuando ya todo estuvo tranquilo, los tarahumares que se habían sumergido en el agua salieron otra vez para regresar hasta arriba. Dejaron el Mundo de Abajo, salieron por la tinaja y regresaron al monte. Y allí comenzaron a hacer sus casas y a sembrar de nuevo las tierras.

Así fue como la gente pudo sobrevivir a ese incendio, metiéndose a una tinaja de piedra para entrar en el Mundo de Abajo, en el fondo de una de las barrancas de la sierra de los tarahumaras.

Y dicen que ahora todos los que vivimos en esta tierra somos hijos de aquellos pocos que salieron desde el agua de la tinaja de piedra. Quién sabe si será verdad, porque todo eso ocurrió hace muchísimo tiempo.

El Grillo burla al Coyote

Cuentan una vez que el Coyote tenía mucha hambre y se fue a recorrer la Tierra para encontrar algo que comer. Primero buscó codornices, pero no encontró por ninguna parte.

Entonces siguió caminando por mucho rato y buscó ardillas, de las llamadas chimó y de las llamadas chimorí, pero ardillas tampoco encontró. Quién sabe por dónde andarían todas las ardillas.

Siguió caminando el Coyote, por todas partes, y buscó ratones. Pero tampoco encontró ninguno. Nadie sabía para dónde se habían ido todos los ratones.

Entonces se encontró a un grillo recostado junto a un gran cerro hecho casi de pura piedra.

“Tengo mucha hambre”, le dijo el Coyote al Grillo, “y ya busqué pájaros, ardillas y ratones”, le dijo. “Pero no encontré nada, así que te voy a tener que comer a ti”.

El Grillo le contestó, pegado al cerro de piedra: “Si me comes, este cerro de piedra se va a caer sobre el mundo y lo va a destruir todo entero; ¿qué no ves que estoy yo aquí deteniéndolo y que, si no fuera por mí, ya se hubiera caído? ¡Mira para allá arriba!”.

Y el Coyote miró hacia arriba y vio que el cerro se iba cayendo sobre la Tierra, y sintió mucho espanto.

Pero no era que el cerro se estuviera cayendo, sino que las nubes iban pasando sobre el cerro y parecía que era el cerro el que se estaba moviendo, como si fuera a caerse.

El Coyote contestó, muy espantado: “Qué difícil trabajo tienes, Grillo, qué pesado es esto que estás haciendo, porque si te mueves, el cerro se desmoronará sobre el mundo y todos nos moriríamos”.

“Así es, ciertamente”, contestó el Grillo. “Y lo peor es que ahora yo ya tengo muchas ganas de orinar, y en cuanto me mueva de aquí el mundo será destruido”, le dijo. “¿Por qué no me ayudas un rato y te quedas en mi lugar mientras voy a orinar?”

El Coyote se puso inmediatamente en el lugar del Grillo y empujó al cerro con todas sus fuerzas. “¿Así es como tengo que detenerlo?”, le preguntó al Grillo. “Así es como tienes que detenerlo”, contestó el Grillo, “empujando con todas tus fuerzas”.

Entonces el Grillo se fue alejando. Y así fue como el Grillo se fue lejos de allí, y en cuanto no tuvo a la vista al Coyote, salió corriendo con todas sus fuerzas. Y quién sabe cuánto tiempo se estaría el Coyote empujando al cerro en aquel lugar, creyendo que lo detenía para que no se cayera sobre el mundo.

Fiesta en el cielo

Algunos tarahumaras cuentan que, cuando el mundo fue destruido, el Oso, el Coyote, el Cuervo y el Zopilote subieron hasta el cielo. Como unos podían volar y otros no, los que volaban ayudaron a los que no podían volar, y no los desampararon hasta que ya estuvieron allá arriba.

Entonces decidieron organizar una gran fiesta. Juntaron mucha leña, hicieron *batáli*, armaron una fogata y contrataron músicos para bailar.

Luego se pusieron todos juntos a festejar, muy contentos. Bailaron y se contaron historias. Y allá arriba se quedaron hasta que las cosas se compusieron acá abajo en el mundo.

Pero cuando decidieron regresar, el Coyote ya estaba muy tomado y no les ponía atención. “Ándale, tú, Coyote, ya despiértate para que juntos bajemos a la Tierra”, le decían. Pero el Coyote apenas si les podía contestar.

Hasta que el Cuervo se le arrimó y le dijo: “Escucha, Coyote: tú eres de los que no sabe volar; si no te vienes ahora con nosotros, no vas a poder volver a la Tierra jamás”.

El Coyote, que seguía muy borracho, le contestó: “¿Y quién te dijo a ti que yo no puedo volar? Vuelo tan bien como el Zopilote, vuelo mejor que el Águila; vuelo mucho mejor que tú”. Así respondió el Coyote, porque el Coyote es muy mentiroso y porque, además, en ese momento estaba borracho.

Así que el Cuervo, el Oso y el Zopilote regresaron a la Tierra, que ya estaba otra vez tranquila, pero el Coyote se quedó dormido en el cielo.

Cuando el Coyote se despertó y se dio cuenta de lo que había pasado, se asustó mucho, porque ya no había nadie que lo pu-

diera ayudar a bajar. Así que después de mucho rato de estar pensando, decidió brincar solo desde allá arriba.

Unos dicen que al caer se mató; otros dicen que cayó encima de unos pinos y nada más quedó muy golpeado, y que de allí se fue cojeando, muy arrepentido de haber contado esa mentira cuando estaba borracho.

Pero otros más dicen que el aire le iba dando tan fuerte al ir cayendo desde el cielo, que cuando llegó a la Tierra ya estaba completamente seco, como si fuera la rama seca de un árbol, o como si fuera un maguey muerto en el cerro, o como si fuera el cuero seco de un perro amarillo.

Ba'wísini rapta a una mujer

Un día Ba'wísini Sinówi vio a una mujer tarahumara que estaba paseando cerca del agua.

Se le acercó y comenzó a platicar con ella: “Vente conmigo a donde yo vivo, en el manantial, en el Mundo de Abajo”, le dijo. Pero la mujer no quería irse a vivir adentro del agua.

“Hay gente allá abajo, hay casas, hay llanuras y cerros, hay otros ríos; vas a estar muy contenta”, le dijo. Pero la mujer no quería dejar el mundo de arriba.

Entonces Ba'wísini Sinówi se enroscó alrededor de su cuerpo y la metió al fondo del manantial, en donde se la llevó a vivir a una casa en medio de un llano.

Y tuvieron muchos hijos, que viven allí hasta hoy en día. Y esos hijos que viven abajo del agua, se dice, son mitad serpiente y mitad tarahumaras.

La gente ha dicho esto de Jíkuli

Tiene cuatro caras, puede ver todas las cosas.

Contempla los cuatro lados, contempla todo lo que hay a su alrededor.

No puedes esconderte de él: te habrá de estar mirando, habrá de estar oyéndote. Nadie puede esconderse de él.

Es poderoso, puede hacer mucho bien y puede hacer mucho mal.

Puede curar las enfermedades; incluso las enfermedades más graves, *Jíkuli* las puede curar.

Se dice que habla perfectamente bien el tarahumar, y que ninguna otra persona en el mundo lo habla tan bien como él.

Crece en tierras muy lejanas, donde no hay gente, tierras sin pinos ni pasto.

Desde el principio él fue el que quiso irse a vivir allí, muy lejos de la gente, donde no hay árboles.

Sólo los sabios pueden tenerlo entre sus manos. Sólo los sabios saben cómo tratarlo bien.

Si un tarahumar lo encuentra, tiene que hablarle bien, si le promete algo, le tiene que cumplir. Es vengativo.

Si un tarahumar lo encuentra, el *Jíkuli* canta.

Esto dirá su canción: “Quiero ir a tu país, quiero ir para que allá tú me cantes tus canciones”.

Si lo ponen en un costal para llevárselo a la Sierra Tarahumara, de todas maneras irá cantando.

Si un hombre tratara de dormir recostando su cabeza en un costal en el que van muchas plantas de *Jíkuli*, no podría dormir. Al día siguiente se levantaría y diría: “No pude dormir: toda la noche hicieron mucho ruido las plantas”.

Si alguien lo lleva a su casa, tiene que hacerle ofrendas valiosas, hay que darle de comer, hay que ofrecerle bebida, como si fuera una persona a la que hay que tratar bien.

El hombre que lo lleva bajo su ceñidor, puede estar seguro de que no le morderán los osos y de que los venados, lejos de huirle, se mostrarán tan mansos que los podría matar fácilmente.

Y si los enemigos lo encontraran, no podrán usar sus armas contra él.

Jíkuli hace afortunados a los que toman parte en las carreras, en toda clase de juegos.

Si un hombre es protegido por *Jíkuli* y se acerca a los ríos o a los manantiales en donde viven las grandes serpientes del agua, no podrá ser visto por ellas. Será invisible.

Jíkuli vuelve invisibles a sus protegidos ante los ojos de las serpientes.

Hay varios tipos de *Jíkuli*. El más poderoso se llama *Jíkuli Wa'lúla Seelíame*.

Jíkuli Wa'lúla Seelíame, si quiere, llama soldados en su ayuda. Todos los demás *jíkuli* son sus servidores.

Jíkuli Wa'lúla Seelíame siempre está viendo hacia abajo, escuchando las ceremonias.

Jíkuli Wa'lúla Seelíame tiene mucho poder. Puede hacer mucho bien y puede hacer mucho mal. Si quisiera, podría matar a un hombre.

Si un *Jíkuli* se seca y se muere, hay que enterrarlo como se entierra a una persona. Hay que despedirlo con respeto, dándole ofrendas, como se despide a una persona.

Es el hermano menor de Los de Arriba, de La-que-es-Madre, de El-que-es-Padre, por eso es conocido como el Tío.

Jíkuli te protege de todos los enemigos.

Jíkuli lava los corazones y lava las almas.

Jíkuli cura los corazones y cura las almas.

Si alguien se cura con él, vivirá mucho tiempo.

Es el gran protector.

Bakánowa

Desde los días antiguos, desde los días de los antepasados, *Bakánowa* es el otro gran protector.

También desde el principio hubo un *Bakánowa* hombre y un *Bakánowa* mujer.

Vivían los dos *Bakánowa* en la barranca, cerca de los aguajes, en donde viven todavía.

Desde entonces, desde los tiempos antiguos, los sabios tarahumaras platican con ellos.

El llamado *Bakánowa* es una raíz, del tamaño de un dedo, parecida al chimáli, es un zacate que crece muy cerca del agua.

Desde hace muchos años, desde siempre, los *ralámuli* han usado el *Bakánowa* para curar las heridas.

Pero antes de empezar la curación con el *Bakánowa* que crece en el barranco, allí mismo, donde están las matas, el sabio tiene que ponerse a platicar, muy respetuoso, con el *Bakánowa*.

Así le dice: “Buenos días, *Bakánowa*, aquí vengo a pedirte, aquí vengo a solicitarte que me cuides, aquí vengo a pedirte que me ayudes”.

Otros van a pedirle que los ayude a ganar los juegos, el juego al que le llamamos el *ra'chuwéla*. “Vengo a pedirte que me ayudes a ganar el ‘*ra'chuwéla*’”, le dicen.

Porque *Bakánowa* tiene que ser tratado con mucho respeto.

Unos dicen que *Bakánowa* es el hermano mayor de *Jíkuli*, pero que, cuando ocurrió la guerra de los árboles, *Jíkuli* se fue a vivir al desierto, mientras que *Bakánowa* y su esposa se fueron a vivir a las barrancas.

Desde el principio *Bakánowa* pidió que los tarahumaras le hicieran una fiesta, y él mismo les dijo cómo quería que fuera esa fiesta.

De manera que hasta ahora, los tarahumares le ofrecen una fiesta al *Bakánowa* cada año.

Construyen un patio y en medio ponen cruces. Si el enfermo es una mujer se tienen que poner cuatro cruces medianas y una grande; si el enfermo es un hombre se tienen que poner tres cruces medianas y una grande.

Al *Bakánowa* no le gusta la lumbré, de manera que los que van a bailar en una fiesta para el *Bakánowa* no pueden acercarse a la lumbré; si es un hombre, durante los últimos tres días antes de la celebración, y si es una mujer durante los últimos cuatro.

Se dice que en los días antiguos el *Bakánowa* y la lumbré eran dos enemigos. Es por eso que hasta ahora no hay que mezclar con el *Bakánowa* nada que tenga que ver con la lumbré.

Luego la gente que participa en la fiesta, la gente que consumió la raíz del *Bakánowa*, se pone a bailar.

Durante esa celebración, la gente no canta con palabras.

Los músicos tocan una música muy triste, y los que bailan repiten esa música en voz baja, murmurando. Pero no la repiten con palabras: la repiten imitándola en voz baja, como si estuvieran gimiendo.

Y sonando esa música triste, la gente sólo la canta con murmullos.

Lo que se dice del Colibrí

Se dice que antiguamente, cuando los tarahumaras eran muy pocos, la gente consideraba su vecino a cualquier tarahumara que viviera del otro lado de la barranca.

Como era tan difícil mandar decirles algo, la gente duraba días en ir a llevar un mensaje, porque tenía que bajar cuestras, atravesar ríos, subir laderas, encontrar a la gente, y luego volver a bajar cuestras, volver a atravesar ríos, volver a subir laderas y encontrar a la gente.

Pero cuando había fiesta, el Colibrí se ofrecía para llevar el mensaje.

Entonces volaba hasta la otra orilla de la barranca. Seguía hacia el mismo lugar por el aire, cruzaba toda la barranca y rápido encontraba a la gente, así que los vecinos se enteraban muy pronto de que iba a haber una fiesta.

Por eso se dice que los colibríes son mensajeros, y también se dice que son como los tarahumaras corredores de bola, que andan de un lado al otro, rápidos, recorriendo las tierras.

También se dice que el Colibrí ayudaba a las mujeres a encontrar esposos, y a los hombres a encontrar esposas, por eso los tarahumaras no lo mataban nunca.

A veces, un colibrí llegará a acercársenos, a darnos vueltas, a pasarnos sobre la cabeza. Y a veces también nos da un pequeño golpe con su pico. “Te está dando un beso”, dicen entonces los tarahumaras.

Un colibrí puede ser peligroso para las mujeres que están preñadas, también puede ser peligroso para las niñas. Los colibríes son fuertes, y pueden hacer daño.

También se dice que el Colibrí es rápido, valiente y muy hábil para emprender todos los trabajos.

Se dice que atrapar vivo a un colibrí y volver a soltarlo es de buena suerte. Pero hay que respetarlo. Los tarahumaras no lo pueden matar.

Ganó se convierte en un árbol

La persona más alta que había en estas tierras se llamaba *Ganó*. Era muy fuerte y era más alto que ningún pino.

Algunos dicen que los pinos más altos de toda la sierra apenas le llegaban a la cintura.

Podía subir las montañas y bajarlas con unos cuantos pasos.

Su cabeza era tan grande como las grandes piedras que están en las orillas de los valles. Sus piernas eran tan grandes como los troncos más gruesos de los pinos.

Hacía resonar todo el bosque cada vez que caminaba.

Cuentan que ese *Ganó* un día se convirtió en árbol. Era muy grueso, muy lleno de ramas, muy verde. Se convirtió en un árbol muy alto y muy fuerte, como nunca se había visto otro en ninguna parte, porque era más alto que los pinos más altos.

Y cuando se cansaba de ser árbol, cuentan algunos, se volvía a convertir en hombre. Todos le tenían mucho miedo y respeto, y la gente se asombraba cuando se convertía en hombre.

Y lo miraban subir muy despacio las cuestas de las montañas. Son palabras de tiempos antiguos.

Ganó ayuda a los tarahumaras

Cuando los tarahumaras querían vivir en los llanos sufrían mucho haciendo los trabajos de la tierra, porque sus tierras estaban todas cubiertas de piedras, táscates, abetos y muchos otros tipos de árboles.

Los tarahumaras se juntaban para ponerse de acuerdo. Así decían: “¿Quién irá a arrancar de raíz esos cincuenta táscates y esos cincuenta abetos para poder tener un lugar en la tierra?”. Y se ponían de acuerdo para tumbar los árboles y arrancar las raíces. Pero era muy difícil y muchos días pasaban sin que pudieran limpiar una parcela. Los tarahumaras se cansaban, sudaban mucho, se enojaban.

Un día vieron pasar a *Ganó* por las laderas de las montañas. Entonces se preguntaron: “¿Qué no sería bueno invitar a ‘Ganó’ para que trabajara con nosotros?”. Entonces caminaron hasta él y lo saludaron: *Kwira bá, Ganó*. “Nosotros somos los tarahumaras, vivimos en esta tierra en la que todo empezó. Ahora queremos vivir acá abajo y no podemos limpiar la tierra porque los pinos son muy grandes y sus raíces muy difíciles de arrancar”. “¿Qué no podrías ayudarnos a quitar los árboles de las parcelas?”. “Eres muy alto y muy fuerte, y pensamos que para ti no sería nada difícil”.

Entonces *Ganó* se sentó para platicar y les dijo: “Para mí no es difícil levantar una roca tan grande como una casa. Para mí no es difícil lanzarla tan lejos como a cuatro valles de distancia. Para mí no es difícil arrancar de raíz un abeto o un táscate o un pino muy alto; si los arranco, los puedo aventar tan lejos como a cuatro valles de distancia. Pero si yo los ayudo, ¿qué me darían ustedes a cambio?”. “Lo que tú quieras”, le contestaron los tarahumaras.

Entonces *Ganó* se puso a ayudarlos, arrancando los árboles. De un solo tirón los sacaba y los aventaba a los lados. Iban a dar tan lejos como a tres valles de distancia. Y muy pronto quedaban listos los llanos para que los tarahumaras levantaran sus casas allí.

Esto se cuenta de las cosas que tienen alma

Esto se cuenta de algunas cosas: del peyote, se dice que tiene alma. Sólo un *owirúame* y un *sukurúame* pueden acercarse a él, y tienen que hacerlo con respeto. Porque es muy poderoso, puede hacer mucho bien y puede hacer mucho mal.

Del *Bakánowa*, se dice que también tiene alma, es persona. Es una medicina muy fuerte, pero puede traer mucho mal al que se le acerca, así como también puede traer mucho bien. Sólo los sabios pueden acercarse al que vive en las terrazas de las barrancas, el que se llama *Bakánowa*.

De la Ardilla *chimorí* se dice que también tiene alma. Sabe hablar. Los sabios pueden entender lo que dice una ardilla. Si alguien tiene hambre y necesita matar una para comérsela, primero tiene que pedirle perdón: es persona. Del ardillón se dice que, al morir, puede regresar en la forma de una serpiente.

Se dice que allá en el principio había una persona llamada *Ki'yóchi*, la Zorra, y que vigilaba por los caminos a las primeras mujeres tarahumaras. Desde entonces, *Ki'yóchi* les anuncia a las mujeres una posible desgracia, un mal acontecimiento. Les aúlla desde lejos, les grita, les llora desde lejos. Por eso cuando se escuchan los gritos de una zorra, las tarahumaras se asustan.

La Zorra también es persona, tiene alma. A veces se convierte en tarahumara y engaña a los viajeros que van por los caminos. Hay gente que la ha visto en forma de mujer, una mujer sola que viaja por el camino, y que ofrece comida al que se le acerca, pero una vez que el viajero acepta la comida, ésta se convierte en *awarises* de táscale y la mujer salta corriendo hasta perderse de vista, ya convertida en zorra otra vez.

Se dice que los coyotes pueden ser las almas de personas ya muertas que han regresado hasta este mundo. Se dice que son como perros, así que los tarahumaras no se comen su carne.

Las ranas son temidas en la tierra de los tarahumares, porque se piensa que si un hombre se queda dormido enseguida de un aguaje grande, en el que bufa un sapotero, se despertará convertido en mujer, y sentirá un gran dolor en donde estaban los testículos y el pene. Entonces, si quiere volver a ser hombre, tendrá que hacer una fogata con cáscara de encino blanco, y cuando haya obtenido la ceniza, tendrá que batirla para ponérsela en donde estaban los testículos. De esa manera dejará de ser mujer y podrá recuperar sus partes de hombre. También se dice que si una comadre se acuesta con su compadre, se convertirá en una rana muy grande.

Las mariposas y las polillas, se dice, también tienen un alma muy poderosa, y algunos tarahumaras, por eso, les tienen miedo.

La tarántula es el hermanito menor del oso. Si un tarahumara mata a una tarántula, esa misma noche aparecerá un oso en su casa para reclamarle el haber matado a uno de sus parientes.

El Pájaro Tochápe regresa cada otoño y les avisa a los sembradores que es tiempo de recoger y guardar la semilla, como diciéndoles: “Aquí está todavía la semilla ¿La vas a dejar tirada en el suelo? ¿La vas a desperdiciar? Si la dejas, después vas a tener hambre y vas a querer encontrarla, pero va a ser muy difícil, porque todo esto se va a llenar de nieve y no la vas a poder ver; recógela ahora, guárdala ahora, y cómelas, o siémbrelas después”. Eso dicen los tarahumaras que les aconseja Tochápe.

El owirúame que no se quería morir

Había un *owirúame* muy famoso que vivía en el mero centro de un pueblo, en un lugar en el que se levantaban muchos relices y piedras.

Era muy hábil para curar, y muy hábil para hacer el *wikobé*.

Tomaba a los niños cuando apenas tenían una semana de nacidos y, tomando un olote encendido, les quemaba un mechoncito de sus cabellos.

Lo hacía de madrugada, exactamente antes de que empezara a clarear, para que todo lo malo del niño pudiera salirse y al amanecer el niño ya pudiera ser considerado como hijo de Los de Arriba.

Y el curandero, como quería seguir ayudando a su gente, se aferró a la vida. No se quiso morir.

Así que les pidió a Los de Arriba que no lo dejaran morir, que lo tuvieran siempre sobre el mundo, sin hacerse viejo, sin arrugarse.

Entonces Los de Arriba lo convirtieron en murciélago y le dieron otra oportunidad. “Te vas a ir a vivir a las cuevas”, le dijeron, “y vas a vivir siempre de noche”. Así fue como le dijeron. Lo hicieron viejo y arrugado, pero le permitieron vivir.

Por eso los *owirúame* les dicen a los tarahumaras: “No tengan miedo de los murciélagos; nadie debe tener miedo de los murciélagos, porque no son sino viejitos que están aquí para ayudarnos”.

Lo que se dice de los murciélagos

También esto se dice de los murciélagos: si el murciélago vuela hacia la izquierda, es que no va a llover; si el murciélago vuela hacia la derecha, es que sí va a llover; si no hay murciélagos en el cielo, es que no va a llover tampoco.

Se dice que antes, en la sierra, la gente salía por la tarde para ver pasar a los murciélagos. Se fijaban muy bien en cómo volaban, hacia qué dirección, de qué manera. Con mucho cuidado los observaban cuando salían de sus cuevas, por la tarde. Porque así es como podían enterarse si habrían de tener lluvias, para ponerse a sembrar.

También se dice que Murciélago era antes una persona. Que voló hasta las cuevas porque tuvo mucha vergüenza. Que ahora vive de noche porque todavía siente vergüenza. Que los murciélagos son ratones viejos, que se echan a volar.

Se dice también que antes, hace tiempo, hace muchísimo tiempo, hubo un *silíame* muy poderoso que se llamaba Murciélago, y que peleó en muchas guerras, ganando.

Cosas como estas todavía se dicen en la sierra.

Lo que se piensa del arcoíris

El arcoíris es muy grande y muy hermoso, pero todos los tarahumaras le tienen miedo.

Unos piensan que, allí donde tiene sus pies el arcoíris, allí vive una enorme serpiente del agua. Otros piensan que, allí donde tiene sus pies el arcoíris, hay un gran manantial.

Otros más piensan que el arcoíris está hecho de dos señores gordos y odiosos, y que cuando aparece anuncia el fin de la temporada de lluvias.

Por eso algunas personas, cuando lo ven aparecer en el cielo, salen a recibirlo con un cuchillo entre las manos e intentan cortarlo en pedazos. Piensan que de esa forma se irá.

El arcoíris se roba a dos muchachas

Una mañana, hace muchísimo tiempo, dos hermanas salieron al campo. Andaban juntas, no se separaban ni por un momento y querían volver pronto porque su madre y su padre las estaban esperando en su casa.

Caminaron mucho, atravesaron valles, llegaron a lugares en los que nunca habían estado y subieron laderas muy altas.

Entonces vieron aparecer al arcoíris.

Pero en lugar de correr o de mirar a otra parte, las hermanas se le quedaron viendo, y el arcoíris se enamoró de las dos.

El arcoíris bajó del cielo, se agachó para alcanzarlas, las levantó y se las llevó volando con él. Pero nadie vio nada.

La mamá y el papá de las muchachas se quedaron esperándolas toda esa tarde y, como no aparecían de regreso, salieron a buscarlas al campo. Pero no las pudieron encontrar.

Muchos días estuvieron buscándolas, gritándoles en los valles y en los cerros, preguntando a la gente si las habían visto: las muchachas no aparecían en ninguna parte y nadie sabía dónde pudieran estar.

Pasó un año completo y, cuando ya nadie pensaba que pudieran volver, las dos muchachas aparecieron de nuevo a la puerta de su casa, cargando a un niño muy pequeño en los brazos.

“Ya regresamos”, dijeron, “vinimos a visitarlos, para que conozcan a su nieto y para invitar a nuestra madre a que venga a nuestra casa”.

“Ven con nosotros, madre, síguenos”, le dijeron, “queremos que conozcas la casa en la que ahora vivimos”.

La señora se fue caminando con ellas, siguiéndolas de cerca, pero ellas iban cargando al niño en los brazos.

Y el niño iba envuelto en una manta muy bonita, una manta de muchos colores.

Cuando ya llevaban muchas horas caminando, cuando ya habían atravesado valles y ríos, llegaron a un lugar lleno de árboles en el que había muchas rocas y una tinaja muy grande.

Entonces se detuvieron y las muchachas le pasaron al niño chiquito, diciéndole así: “Toma a tu nieto, tenlo un rato en los brazos, cárgalo un poco”.

Pero cuando la señora lo tomó entre sus brazos para cargarlo, sintió cómo la manta de muchos colores se le iba deshaciendo rápidamente entre las manos: se destrenzaba, se diluía, como si fuera de lama del fondo del río, o como si fuera tan sólo hecha con agua de lluvia.

Se asustó mucho y les preguntó: “¿Por qué se deshace la manta que abriga a mi nieto? ¿Por qué parece estar hecha con agua de lluvia? ¿Y dónde queda la casa que me trajeron a conocer? Veo muchos árboles, veo grandes piedras y veo una tinaja muy grande llena de agua, pero no veo por ninguna parte la casa en la que ustedes están viviendo”. Así les dijo.

Entonces las dos jóvenes se acercaron al agua y le contestaron: “Vente con tu pequeño nieto en los brazos; ándale, síguenos. ¡Baja ya con nosotras a que conozcas nuestra casa!”, en el Mundo de Abajo, y se metieron al agua de la tinaja de piedra.

La señora, muy espantada, les contestó: “No voy a poder, no quiero entrar; no estoy acostumbrada a estar en el agua, no sé nadar: me moriría si me sumerjo en el agua de la tinaja”.

Entonces las dos muchachas, muy tristes, salieron del agua, tomaron entonces al niño otra vez y se volvieron a sumergir en el agua de la tinaja de piedra.

Y ya nunca más volvieron a aparecer.

Muerte de Ganó

Un día *Ganó* se puso a trabajar con los tarahumaras y cuando terminó sintió mucha hambre. Los tarahumaras no tenían suficiente comida para pagarle, no había suficiente maíz ni frijol. Entonces *Ganó* les habló y les dijo en voz alta: “Cuando ustedes me pidieron ayuda, prometieron que me iban a dar como recompensa lo que yo les pidiera. Así les pregunté: ¿y ustedes qué me darán a cambio si yo los ayudo?; y así me contestaron ustedes: Lo que tú quieras te daremos”.

Entonces se levantó y se robó a unos niños para asarlos y comérselos. Y la gente gritó, lloró, se desesperó, se enojó mucho. “¿Cómo va a estar bien que se robe a los hijos de los tarahumaras?”, decían. “¿Cómo iremos a tener que pagarle con nuestros propios hijos por el trabajo que hace?”.

Pero desde ese día *Ganó* siguió robándose niños para comérselos. Dicen que tenía una familia, allá arriba, en las cuevas. Dicen que tenía una mujer, igual de grande que él, tan alta como un pino. Dicen que también tenía hijos, tan grandes como los encinos. Les llevaba comida, a la mujer y a los hijos, eso se cuenta. De unos cuantos pasos subía hasta las cuevas con los niños robados, para comérselos entre todos los gigantes. Entonces los tarahumaras sufrieron, tuvieron mucho miedo, se enojaron mucho contra *Ganó*.

Un día se juntaron todos para ver qué era lo que podían hacer. El gobernador reunió a la gente y les dijo así: “Escuchen, todos ustedes los tarahumaras: estamos perdiendo a nuestros hijos, no podemos dejar que sigan muriendo. Tenemos que hacer algo para que esto no siga pasando”.

Y decidieron invitar a *Ganó* a una gran fiesta. Fueron a buscarlo hasta las cuevas. “Ven”, le dijeron, “baja”. “Te vamos a in-

uitar a comer para pagarte por el maíz y el frijol que te debemos”. *Ganó* bajó del cerro con su mujer y sus hijos hasta el valle, y los tarahumaras les ofrecieron comida y tesguino. También les ofrecieron abundante maíz y frijoles, pero en los frijoles habían puesto chilicotes a la hora de hervirlos, así que cuando *Ganó* y su familia hubieron comido, comenzaron a sentirse muy mal. Les dolió mucho el estómago, se quejaban, se retorcían del dolor y todos comenzaron a gritar muy fuertemente.

Entonces, cuando los gigantes ya no podían ni moverse del dolor, los hombres juntaron rápido muchos troncos de pino y los colocaron encima de los gigantes. Hicieron una pila muy alta, con muchas ramas y troncos, y cuando estuvo terminada la pila de troncos entonces le prendieron fuego. El fuego subió muy alto y muy fuerte. Así fue como ardieron los gigantes, así fue como terminaron de morir *Ganó*, su esposa y sus hijos pequeños. Son palabras de tiempos antiguos.

El rapto de la Serpiente del agua

Un día unos tarahumaras de Norogachi que andaban borrachos vieron pasar un torbellino y lo ofendieron con su comportamiento. Desde el llano los borrachos se fueron a sus casas pensando que nada malo les iba a pasar. Pero el torbellino se devolvió a Norogachi y llegó hasta el manantial que había allí en aquel tiempo.

Entonces el torbellino se detuvo sobre la boca del manantial y creció mucho. Allí se quedó, hizo mucho ruido, se volvió muy fuerte, se levantó tan alto como una montaña y de repente sacó del manantial a la serpiente que hasta entonces alimentaba de agua el lugar.

Con la serpiente a cuestas, *Ripibíli* siguió su camino, dejando deshabitado el manantial. La gente vio a la Serpiente del agua y al gran torbellino, abrazados en el cielo. Todos se horrorizaron, sintieron mucho miedo, supieron que algo malo iba a suceder.

A partir de ese momento el manantial de Norogachi se secó. La gente se asustó mucho, porque el agua dejó de correr y todos pensaron que llegarían a pasar hambre, así que llamaron a los *owirúames*, a los *sukurúames* y al *silíame* para que trataran de revivir el agua muerta.

Las autoridades se juntaron a la orilla del manantial, rezaron, hicieron ofrendas, pidieron a Los de Arriba que hicieran nacer otra serpiente en ese lugar, pero nada ocurrió. Nunca volvió a tener agua aquel viejo manantial.

Nadie sabe a dónde se llevaría *Ripibíli* a la serpiente, pero algunos dicen que se la llevó hasta las barrancas, en donde la serpiente sembró otro manantial y en donde mana el agua hasta ahora.

Lo que la gente piensa de Ba'wísini

Si la ves, desaparece. Si la golpeas, sangra mucho. Si ella quiere, se convierte en animales muy grandes y brillantes. Si no le pides permiso al beber, se enoja. Si se enoja, te roba un alma, y te hace creer que te alejas completo, sano, contento, pero en realidad te alejas enfermo, triste, ya sin una de tus almas.

Si se va de su aguaje, se convierte en hombres y estrellas. Si se va para siempre, el aguaje se seca. Si se enoja, se va para siempre, y si se va para siempre, se secan también los ríos.

Si ella quiere, se convierte en estrella y sale volando del río para irse a vivir a otra parte.

Estas otras cosas se dicen hasta ahora de *Ba'wísini*: cuando alguien no le pide permiso para beber del agua de su manantial, *Ba'wísini* se enoja y sale desde el fondo del manantial sin hacer ruido, sube hasta arriba, se acerca a la boca del que está tomando agua y desde abajo le chupa un alma. Así que el que estaba tomando piensa que se devuelve a su casa, no se da cuenta de que ahí deja un parte de su espíritu, pero se va a medias porque ya le falta un alma. Entonces comienza a sentirse mal, a estar triste, a no saber qué le pasa, hasta que regresa al manantial de *Ba'wísini* a pedirle perdón. Eso se dice hasta ahora.

Ba'wísini perdona si a cambio le ofrecen disculpas y si le llevan laurel, estafiate, o yerbanís. Pero lo que más le gusta es el *Bakánowa* y el *Jíkuli*, porque el *Bakánowa* y el *Jíkuli* no son únicamente hierbas, sino que fueron personas, tienen palabra y tienen mucho poder. *Ba'wísini* los recibe como si fueran personas, y entonces le devuelve el alma robada al enfermo. De esta manera, el que había robado agua del manantial recupera sus fuerzas, se vuelve a sentir contento y se va entero a su casa. Eso se dice hasta ahora.

También se dice que en los ríos grandes hay comunidades enteras de serpientes. Ellas, si quieren, pueden invitar a los hombres a bajar hasta el fondo. Allí pueden enseñarles muchas cosas, pueden instruirlos, pueden convertirlos en *owirúames*, en hombres de conocimiento.

Un día, una mujer vio salir una estrella de un aguaje. Salió con mucho estruendo, regando mucha agua, brillando mucho. La estrella se levantó desde las piedras y cruzó rápido todo el cielo. Luego la vio ir bajando hasta la barranca de Uriki, a donde tal vez se fue a vivir en el fondo del río.

En otra ocasión, un hombre iba caminando con su hijo recién nacido en los brazos. Entonces una mujer se le acercó y le dijo que le prestara un momento al niño para arrullarlo, pero cuando lo tuvo en los brazos se agachó y lo puso acostado en el polvo del camino, entonces la mujer salió corriendo ladera abajo, se convirtió en serpiente y desapareció en las aguas del río. Así fue como el hombre supo que esa mujer era la *Ba'wísini*, la Serpiente del Río.

También se dice que las ranas que dejan un manantial pueden secarlo, como si fueran una pequeña serpiente del agua que abandona su casa. Cosas como estas se dicen hasta ahora en la sierra.

Risínoa

Risínoa era una serpiente muy hermosa. Tenía rayas negras y rayas blancas. Allá en el principio se fue a vivir a los cerros, aunque otros dicen que vivía también en los arroyos y los aguajes. Era dueña del cerro en que vivía, las piedras y la tierra del cerro eran todas de su propiedad.

Cuando se arrastraba, las rayas de su espalda se movían como si fueran ondas en el agua de un estanque. Era bella, pero la gente le tenía miedo porque era muy venenosa, y si mordía a una persona, esa persona se enfermaba, y muy rápido empeoraba hasta morir.

Como *Risínoa* era tan venenosa la gente comenzó a matarla cada vez que la veía entre las matas. Entonces *Risínoa* les dijo: “Si me matan, me voy a llevar conmigo todo lo que es de mi propiedad”. Un día un tarahumara la vio entre las plantas, le tuvo mucho miedo, tomó una piedra y la mató. Entonces, como era propiedad de la serpiente, el cerro que estaba enseguida se derrumbó solo. Las laderas se vinieron abajo, las piedras rodaron desde arriba, el cerro entero se derrumbó.

Así que desde entonces, los tarahumaras saben que no se debe matar a una serpiente de las que se llaman *Risínoa*, porque el cerro en que vive se derrumbaría por completo.

Muerte de Sinówi

Sinówi era una de las grandes serpientes del río. Se dice que era tan grande que su cabeza estaba al pie de un cerro y su cola al pie de otro. Vivía en el fondo del agua y no salía más que para hablar con los tarahumaras. Los amedrentaba, les pedía niños pequeños para comérselos, los espantaba.

Cuando salía para exigir su ofrenda de niños, se iba trepando por la ladera, y como era tan larga, su cabeza ya había llegado hasta la cumbre mientras su cola todavía estaba en el agua del río.

En una ocasión, la gente se cansó de estar atemorizada, bajo las amenazas de la serpiente. Entonces se pusieron de acuerdo y dijeron: “Ya no habremos de hacerle caso, ya no vamos a negociar con ella; mejor vamos a matarla”.

No sabían bien cómo iban a deshacerse de ella. Diferentes personas dijeron lo que pensaban, hasta que una de ellas comentó: “Hablemos con ella y ofrezcámosle un niño envuelto en su ropa, pero en lugar de darle un niño le daremos una piedra calentada al fuego, para que se enferme y se muera”.

Entonces se juntaron. En secreto calentaron la piedra. Se acercaron a la orilla del barranco y llamaron a *Sinówi*. Vieron cómo *Sinówi* iba subiendo despacio por la ladera, como se alargaba y seguía saliendo del agua, hasta llegar a la cumbre en donde estaban los tarahumaras.

Cuando *Sinówi* llegó hasta la cumbre, los gobernadores se adelantaron para recibirla. Le dijeron: “Aquí está el niño que nos pediste, venimos a ofrecértelo para que te vayas en paz”. *Sinówi* entonces abrió la boca tan grande, que parecía una cueva.

Los tarahumaras aprovecharon y le aventaron el niño escondido en sus ropas. Pero no era un niño. Eran las piedras que habían

calentado en la fogata, así que *Sinówi* comenzó a quejarse, y luego a retorcerse hasta que se reventó, de manera que todas sus tripas y su estómago quedaron en pedazos dispersos entre las piedras de la ladera.

Como era tan grande, su cabeza salió volando hasta un lugar que hasta hoy se llama *Mo'órisi*, y su cola salió volando hasta un lugar que hasta ahora se llama *Chamolátabo*. De esta manera murió la gran serpiente que se llamaba *Sinówi*.

Flechamiento del Venado

Un día un hombre quiso llevar carne a su casa. Se puso a recorrer el monte y vio un venado.

Como lo respetaba mucho, le pidió permiso para matarlo. Así fue como le dijo: “Con permiso, Venado; mi familia tiene hambre, quiero llevarles carne este hermoso día, para que crezcan bien y estén contentos. Transmíteles tu fuerza, te pido que con tu fuerza crezcan muy fuertes mis hijos; ¿serás tú el que les dé de comer?”

El Venado sintió lástima por aquel hombre y por los hijos de aquel hombre, y estuvo de acuerdo en que lo matara para alimentarlos. “Con mi carne comerán hoy”, pensó; “con mi carne les voy a transmitir mi fuerza para que crezcan y estén contentos”, pensó; “yo soy el que les va dar de comer”.

Y también pensó: “pero si dejo que el hombre me mate fácilmente, se va a volver soberbio, y va a pensar que es muy fácil matar a un venado; el hombre tiene que saber que si me mata, es porque yo ya le di el permiso, porque yo quise que así fuera”.

Entonces se detuvo para que el hombre aprovechara el momento y pudiera flecharlo. Pero cuando el hombre tensó la flecha y la disparó, el Venado salió corriendo con una gran rapidez.

El Venado iba tan rápido que la flecha no lo podía alcanzar; el hombre pensaba que el Venado ya estaba a punto de caer, pero la flecha seguía su camino y no alcanzaba a tocarlo.

El Venado brincaba, y la flecha seguía detrás de él; el Venado corría por el llano, y la flecha seguía detrás de él; el Venado subía y bajaba los lomeríos, y la flecha seguía detrás de él, sin poder alcanzarlo.

El hombre no podía creer lo que estaba viendo, porque comenzó a hacerse tarde, y el Venado seguía corriendo, y la flecha

seguía volando detrás de él. De manera que el flechador pensó en quedarse a dormir en ese mismo lugar y esperar a la mañana siguiente para recoger el cuerpo del Venado. Así que se recostó y se puso a dormir.

Pero al levantarse a la mañana siguiente y buscar al Venado, lo vio corriendo igual de rápido que el día anterior, y detrás del Venado la flecha seguía persiguiéndolo sin poderlo tocar. Y todo el día la flecha siguió tratando de alcanzar al Venado, pero el Venado iba más rápido que la flecha. Cuando se hizo de noche, el hombre volvió a acostarse para ver qué iba suceder el día siguiente.

Y así pasó noche tras noche hasta llegar al cuarto día. Entonces el Venado, que iba mucho más adelante que la flecha, se detuvo de repente, se volvió para a ver al hombre a los ojos y dejó que la flecha lo alcanzara, se le clavara en el ijar y por fin lo matara.

Lo que se dice del Venado

El Venado es hermoso, es fuerte, es rápido, es inteligente, es sabio. Habló desde el principio. Es el que enseñó a hablar y a bailar a los tarahumaras. El Venado es un ser de mucho respeto. Es el maestro.

Si una persona tiene hambre y debe matar a un venado, primero tiene que pedirle perdón y tiene que pedirle permiso para matarlo. Si una persona, o varias, deben matar a un venado, lo mejor es no atacarlo, ni herirlo, ni flecharlo, sino perseguirlo a pie hasta hacerlo caer de cansancio. Es por respeto que se hace de esta manera.

Si se va a comer carne de venado se tiene que hacer un *yúmali*, y su sangre tiene que ser rociada hacia el cielo y hacia las cuatro direcciones del mundo, y el oficiante tiene que lanzar pedacitos de su carne en dirección al cielo y hacia las cuatro direcciones del mundo, comenzando por donde sale el sol.

Al comer la carne de un venado, uno tiene que estar sentado y no de pie, por respeto al animal sacrificado. Entonces se podrá comer. Y se dice que si uno come carne de venado estando de pie, uno comenzará a crecer sin parar.

Si una persona hace una zalea de piel de venado, primero tiene que pedirle permiso, no puede usarla sin haberle pedido permiso al venado muerto.

Una mujer embarazada no debe dormir sobre una zalea de venado: algo malo podría ocurrirle.

El Venado es persona, tiene un alma muy poderosa, hay que tratarlo con el mismo respeto con el que se trata a las personas. No se le puede señalar con el dedo.

Piedras hambrientas

Un día surgieron en la tierra de los tarahumaras unas piedras hambrientas de almas.

Nadie se dio cuenta de cuáles eran, porque por fuera parecían piedras como cualquier otra, pero por dentro eran piedras con hambre.

Y poco a poco, se dice, fueron comiéndose las almas de muchas personas. Poco a poco las iban enfermando, les iban haciendo mal.

Así decían los tarahumaras: “Hay malas piedras en las casas y en los cerros, están escondidas en el campo; dicen que esas piedras son las que enferman a los rarámuri, porque por fuera son como cualquier otra, pero por dentro tienen dientes, como los animales”.

“Esas piedras hambrientas de almas están hasta en las cuevas”. Así decía espantada la gente.

Muchos ni siquiera sabían que existían piedras que se alimentaban de almas, pero cuando comenzaron a enfermarse, y cuando comenzaron a morir, los parientes salieron a buscar a los curanderos para pedirles ayuda.

Y el curandero les respondió: “Ahora ya tengo conocimiento: es necesario que empiece a soñar por las noches”.

Entonces el curandero se fue a dormir a su casa y toda la noche estuvo soñando. Al despertar volvió con los parientes de los enfermos y les dijo: “Vi cosas toda la noche; ya sé dónde están las piedras: una está dentro del granero, otra en la mera esquina de la casa, otra más en el sembradío”.

Entonces les recomendó hacer tesgüino. Hicieron tesgüino cuando iban a sacar las malas piedras. También hicieron tonari, y

entre todos se lo comían, porque juntaban a mucha gente para que los ayudara a atajar aquellas piedras, en caso de que las piedras se quisieran escapar. Porque una piedra hambrienta de almas se podía convertir en pájaro, en mariposa, y si la piedra era grande y como un huevo, era piedra, pero se podía convertir en un animal.

Y aún ahora, en la tierra tarahumara, hay quienes creen que todavía existen esas piedras, las comedoras de almas.

*Canción de Waalá,
que sabe nuestra palabra*

Waalá vivía en las partes calientes de la Sierra Tarahumara. Cuando era la temporada de frutos, viajaba a diferentes lugares, porque le gustaba mucho comer el fruto de la pitahaya; cuando terminaba de comerlo se ponía muy contenta, gritaba de gusto y volaba de un árbol a otro. A los tarahumaras también les gustaban mucho las pitahayas, y cuando estaban maduras la gente cortaba otates muy largos para alcanzar la fruta y hacerla caer desde muy alto.

Un día la *Waalá* comió muchas pitahayas, se quedó satisfecha y se puso a cantar. Este era su canto:

*Ya maduró la pitahaya
¡Vayamos a recogerla!
¡Que ya corten los otates!*

*Vengo de tierra caliente
para comer las pitahayas;
desde muy lejos llegué
a ver cortar los otates
y a comerme las primeras.*

*¿Quién me las quiere quitar?
Son más todas las pitahayas;
me como nomás el fruto
y luego arrojo la cáscara.*

*Cuando ya estoy satisfecha
entonces rompo a gritar
y me retiro volando.*

*Aquí quédate arbolito
moviéndote mientras me alejo.*

*Voy a volar por el aire
algún día regresaré
¡para comer más pitahayas
de tus ramas, arbolito!*

Sol y Luna se apagan de nuevo

Los de Arriba se enojaron mucho con lo que estaba pasando en el mundo. Discutieron mucho entre ellos, y luego se entristecieron tanto que los dos dejaron de brillar.

En cuanto los montes se quedaron a oscuras, los animales comenzaron a gritar mucho. Los lobos, los coyotes y los perros aullaban, los venados bramaban y los gallos cantaban, como lo hacen ahora cuando hay un eclipse.

Como no había luz en el cielo, los tarahumaras comenzaron a tropezarse con las piedras. Por todas partes la gente se caía. La gente comenzó a caminar apoyada en otras personas, tomada de la mano de otras personas, pero de todas maneras no podía caminar. Se tropezaba con cualquier cosa: con troncos, con animales, con matas, pero con lo que más se tropezaba era con las piedras, y se lastimaba mucho los dedos de los pies.

Unos cuentan que entonces un *owirúame* dijo: “Yo voy a curar, a Sol y a Luna; yo voy a prepararles un remedio muy fuerte para que puedan volver a brillar como antes”. El *owirúame* se puso a buscar a tientas las cosas que necesitaba para curar a Sol y a Luna. Se tardó mucho tiempo. No podía encontrar nada. Por muchas partes anduvo tocando las cosas, a oscuras, a tientas, sin luz. Por eso nadie sabe qué fue lo que le dio de beber a los Padres de Arriba para curarlos.

Cuando ya hubo juntado todo lo que necesitaba, preparó la medicina en una jícara y salió para ofrecérsela de beber a Sol y a Luna. Luego tomó tres cruces de madera y las mojó muy bien en tesgüino. Entonces tocó con la punta de la cruz a La-que-es-Madre en el pecho, tocó con la punta de la cruz a La-que-es-Madre en la frente, tocó con la punta de la cruz a La-que-es-

Madre en la espalda. Luego tocó a El-que-es-Padre en el pecho, tocó a El-que-es-Padre en la frente, tocó a El-que-es-Padre en la espalda. Y Sol y Luna comenzaron de nuevo a brillar como antes.

Otros cuentan que los gobernadores ordenaron encender antorchas y ocotes para que la gente pudiera ver y pudiera conseguir ofrendas para Sol.

Entonces mandaron calentar agua y, acordándose de cuál era la dirección por la que salía Sol, se subieron a un cerro muy alto y desde allí ofrecieron agua caliente a los cuatro puntos cardinales.

Y Sol y Luna comenzaron a volver a brillar, pero no como los vemos ahora, sino muy apagados.

Sol se veía rojo, y Luna se veía del color de las flores del saguaro, porque no fue sino hasta después, poco a poco, cuando pasaron los días y los meses, que los dos volvieron a estar bien y a brillar con toda su fuerza.

Cuando se apaga Sol

Aún ahora, se dice que cuando se apaga Sol es porque la gente no ha cumplido con las ceremonias.

Si Sol comienza a debilitarse, se dice que Sol está enfermo. “Está enfermo Sol”, dice la gente, “no hay que dejarlo morir”.

Entonces se decide que hay que bailar un *yúmali*. Pero no es un *yúmali* como cualquier otro. Es un *yúmali* destinado a sanar a Sol.

La gente debe juntar madera de ‘*wíchari* para hacer lumbre, porque se dice que cualquier otra madera que trate de utilizarse durante un eclipse, no arderá.

Entonces el *yúmali* es una curación. Le ofrecen tesgüino a Sol y a Luna, y el tesgüino es un remedio muy fuerte que puede curar incluso a Sol y a Luna.

El Olemá

El Olemá es un pájaro de lumbre.

Por las noches, mirando al cielo, uno podrá verlo pasar muy en lo alto. Raya el cielo, pasa muy rápidamente. Va a robarle el alma a algún tarahumar.

No se sabe cuándo habrá llegado a vivir en este mundo. Dicen que es rojo, como del tamaño de un cuervo. Otros dicen que es una bola de lumbre que puede llegar por el aire, pero también puede llegar rodando por las laderas de un cerro.

Le gusta andar por donde hay mucha agua. En el río, en los aguajes. Anda buscando almas y corazones.

Le gusta comer sangre. Sangre de hombres, de muchachas, de niños. La gente le tiene mucho miedo y no duerme boca arriba para evitar que el Olemá llegue y la sorprenda dormida, robándole el corazón, o una de sus almas.

A veces, si a alguien le sale sangre de la nariz, la gente pensará que el Olemá llegó durante la noche y le robó un alma. Pasa con una fuerza tremenda, de madrugada. Por eso la gente ni lo siente.

Se puede parar en la rama de un árbol. Allí la gente lo ve como una bola de lumbre brillante que a veces toma la forma de un pájaro. Desde allí vigila a las personas, desde allí ve a quién irá a robarle una de sus almas, porque un varón tiene tres almas, y una mujer tiene cuatro.

La gente lo mira pasar. A veces aparece por encima de las fiestas. Los hombres y las mujeres están danzando, alrededor de la lumbre, y de repente miran pasar la bola de lumbre por el cielo, o la miran rodar por las faldas de las montañas. “Es el ‘Olemá’”, todos gritan entonces.

Los de Arriba ordenan un terremoto

Entonces ocurrió que los que están arriba decidieron acabar de nuevo con el mundo. Se ofendieron con tantas muertes. Se molestaron con lo que la gente había hecho durante tanto tiempo. Se sintieron tristes con lo que ellos mismos habían creado, porque se dieron cuenta de que se hacía mucho mal en la Tierra.

Y pensaron que las cosas tenían que ser otra vez destruidas, así que ordenaron que la Tierra temblara muy fuerte.

*Tochápe intenta disuadir
a Los de Arriba*

Y *Tochápe*, que es un pájaro muy pequeño, llegó a tratar de abogar por los tarahumaras. Eso se cuenta hasta ahora.

“Miren a todos sus hijos, volteen a ver a los de acá abajo, los que están sobre la Tierra”, dijo el pequeño pájaro que se llama *Tochápe*.

“¿Qué no les tendrán lástima?”, dijo *Tochápe*.

Pero Sol y Luna estaban muy enojados y tristes con los tarahumaras, y entonces le preguntaron a *Tochápe*: “¿No se han portado mal, los de abajo? ¿Qué no se cuentan mentiras? ¿No se roban entre ellos?”

Volvió a decir *Tochápe*: “Miren a todos sus hijos, sobre la Tierra, mírenlos aquí abajo en el mundo ¿qué no les tendrán lástima?”

Contestaron Sol y Luna: “¿Qué no pelean de continuo? ¿Qué no se matan entre ellos? ¿No echaron a perder todo el mundo que hicimos?”

Y cuando oyó eso, *Tochápe* no les dijo ya nada.

Tercera destrucción del mundo

Entonces la Tierra comenzó a temblar con mucha fuerza y en todos los lugares.

Se movieron los llanos, se movieron las colinas, se movieron los cerros, se movieron todos los ríos.

Tembló tan fuerte que los cerros se desmoronaron, las montañas se desgajaron, las grandes rocas se hicieron pedazos, las casas se quebraron y se cayeron, los árboles se desgarraron rama por rama, los farallones cayeron y se convirtieron en grava, y todo se volvió tierra y arena.

Se dice que el mundo entero quedó convertido en un arenal, en un lugar de tierra plana, polvorienta y sin nada. Y no son de ahora estas palabras: son de los tiempos antiguos.

NAWO

El Oso reconstruye todas las cosas

Por esa causa todo quedó destruido y convertido en un arenal.

Y cuando ya no quedaba nada, el Oso llegó y se detuvo en el centro del mundo.

Y el Oso se levantó y vio cómo habían quedado las cosas antiguas, y se entristeció demasiado.

Entonces se puso a juntar de nuevo todos los granos de arena. Los puso uno en seguida del otro, uno arriba del otro, como antes habían estado.

Volvió a darles forma a todas las cosas, las juntó, las enderezó y las puso a cada una en su lugar.

Levantó los árboles y las piedras, los cerros y los voladeros; levantó de nuevo las colinas y las barrancas, levantó de nuevo a los tarahumaras, le dio forma de nuevo a este mundo.

Dejó de pie todas las cosas, enteras. Dejó fuertes a todas las cosas, levantándose, como habían estado antes de ser destruidas, cuando Los de Arriba todavía no las habían convertido en arena.

Por eso los tarahumaras le dicen el abuelo, el bisabuelo, porque si no fuera por él, ahora las cosas no existirían. Y otros le dicen también el Hermano Mayor.

Por eso respetan su camino, por eso le hablan con tanto respeto.

Por eso se apartan de sus huellas para no ir a pisarlas, cuando las ven en el camino: porque él fue el que volvió a colocar cada grano de arena en su lugar, hasta volver a levantar de nuevo el mundo. Son palabras de los tiempos antiguos.

Cómo tratar a los osos

Cuando un tarahumar se encuentra con un oso, no debe tratarlo como a un animal, sino como a una persona, porque eso es realmente lo que es: una persona.

Si uno se dirige al oso, no puede llamarlo “Oso”, porque se ofendería, se enojaría; atacará. Uno debe llamarlo “Abuelo”, porque eso es realmente lo que es: el abuelo de todos los tarahumaras.

Hay que hablarle con respeto, con cariño, como si se le estuviera hablando a un abuelo que uno se encuentra por el camino. Si aún así el Oso ataca al que le habla, el que le habla no debe oponer resistencia ninguna; deberá dejar que el Oso gane la lucha desde el principio. El Oso, al ver esto, se calmará.

Si uno escucha cantar hermosamente a alguien entre los árboles, pero no lo ve, es un oso.

Si uno escucha llegar una canción desde un lugar en el que se supone que no vive nadie, es un oso.

Si un borracho se pone a cantar en el bosque y escucha que alguien está contestándole, desde lejos, con otra canción todavía más hermosa, pero no lo ve, es un oso el que canta.

Si uno encuentra las huellas de un oso, hay que apartarse de ellas, aunque no sean huellas frescas, aunque tengan varios días en ese camino, porque se trata del Camino del Oso.

Y el Camino del Oso debe ser respetado.

Lo que nos dicen los animales

Cuando un gato se relame los bigotes y se limpia la cara con las manos, quiere decir que una persona vendrá desde muy lejos a vernos. Uno debe prepararse, hacer comida, tener algo que beber. Porque el gato sabe, aun desde lejos, quién está en camino para llegar a visitar a su dueño.

Cuando un perro se acuesta de espaldas y comienza a rascarse con la tierra o las piedras, también es señal de que alguien está a punto de visitarnos. Los perros son inteligentes, y pueden sentir muchas cosas antes de que las sienta la gente. Es necesario tener lista la comida o la bebida que uno quiera ofrecer.

Cuando una mariposa blanca se detiene en la cabeza de una persona, es de buena suerte, no hay que espantarla. Algo bueno está a punto de pasarle. Algo muy bueno podrá pasarle en los días o las semanas que vienen. Eso piensan los tarahumaras.

La Golondrina es la mensajera de la primavera. Las golondrinas son pájaros muy rápidos, que andan allá arriba atrapando moscas. No le tienen miedo a la gente, y hasta entran a las casas a construir sus nidos. Si uno ve por primera vez en el año a una golondrina, quiere decir que ya se va a terminar el frío, que ya vienen las flores.

La Rana es la mensajera del agua. Cuando llega una rana, cuando la vemos por primera vez en el año, quiere decir que ya van a empezar las aguas. Por eso los tarahumaras nunca matan una rana, y se dice que si alguien mata una rana, pronto habrá de caer un granizo muy fuerte.

Si un chuparrosas se le acerca a una mujer o a un hombre es que esa persona pronto va a tener novio. Uno no debe matar nunca a un chuparrosas.

Un coyote que se acerque demasiado a una casa puede ser un pariente muerto, que regresó para visitar a sus familiares. Algunas personas les tienen miedo, porque no saben por qué regresaron. No se debe matarlo, él solo se habrá de ir por donde llegó.

El *kóa* y el *arabánchi* son pájaros que colaboran con los hechiceros. El *kóa* es un pájaro verde y brillante, y el *arabánchi* es negro, blanco y rojo. Si uno los ve, no debe imitar su canto. No molestándolos, solos se irán.

Cuando una lechuza canta, es que alguien está en peligro. Se va a enfermar o algo muy grave le va a ocurrir, pero al final se va a curar o se va a salvar de lo que le pase. La gente debe preocuparse, pero no debe tener tanto miedo, porque al final nadie se va a morir.

Si aparece una zorra es que algún familiar se va a enfermar, y es posible que muera. Entonces la persona que la vea deberá hablar con ella y decirle: “Regrésamelo; regrésamela; te lo pido, no te lo vayas a llevar”. Eso le dicen, que deje a la persona todavía por más tiempo entre los tarahumaras.

Cuando un tecolote canta en la noche, es que alguien se va a morir. El tecolote sabe muy bien cuando alguien está próximo a morir, y por eso lo llora, lo anuncia. Se pone a cantar. Es un canto muy triste, muy apagado. Será inútil espantarlo, o fingir que no se ha escuchado nada, de todas maneras, alguien se va a morir.

Cuando un conejo llega hasta el patio de una casa y se pone de repente a bailar, llorando como lloran los conejos, es que alguien está por enfermarse de gravedad, y si ya había alguien enfermo en esa casa, es que ya pronto se va a morir. Inútil será que los familiares espanten al conejo, de todas maneras habrá enfermedad o muerte. Inútil será que los familiares traten de impedirlo teniendo un perro en el patio para que no deje entrar al conejo. Si hubiera perros en esa casa y el conejo llegara hasta allí, los perros lo respetarían. Se harían a un lado y lo dejarían entrar. Y el conejo bailaría y lloraría mucho, avisándoles a las personas que alguien se va a enfermar, o que alguien ya va a morir.

El primer gobernador

Un día muchos tarahumaras se juntaron y dijeron: “Alguien tiene que pastorear a la gente”. “Es cierto”, contestaron los demás, “alguien tiene que pastorear a la gente”. Volvieron a decir: “Alguien tiene que estar al frente de todos para escucharnos, para ayudar a la gente, para que todos nos pongamos de acuerdo”. “Sí”, contestaron los demás, “alguien tiene que estar al frente de todos”.

Entonces hicieron que todos bajaran desde sus casas al valle, se juntaron y se pusieron de acuerdo para hacer pasar al frente a uno de los que estaban allí. Así nombraron a un primer gobernador. Le pusieron por nombre *Tepósi*.

Tepósi era un tarahumar como cualquier otro. Los tarahumaras lo llamaron y le dijeron: “Adelántate, ponte al frente, párate delante de todos los tarahumaras”. También le dijeron: “Oye bien lo que la gente te quiere decir, escúchanos siempre cuando queramos hablar”. También le dijeron: “Llama a la gente cuando haya que juntarla para arreglar asuntos; danos consejos para obrar bien”. También le dijeron: “Arregla las cosas de los tarahumaras, no dejes que la gente obre mal”. Y le dijeron: “Organiza las fiestas, enseña la palabra de los antiguos, no dejes que se pierda la palabra de los antiguos”.

Y se dice que ese hombre llamado *Tepósi* fue el primer gobernador de los tarahumaras.

E'láwi señala al árbol de la tesora

Cuando los tarahumaras nombraron a su primer gobernador, *Re'láwi* bajó del cielo y se paró en la parte más alta de un árbol de madera roja de los barrancos.

Entonces señaló la rama con la que habrían de ser pastoreados los tarahumaras. Y luego labró la primera tesora.

Y se la entregó a *Tepósi* para que con ella fueron pastoreados los tarahumaras: con esa tesora les dijo por dónde tenían que dirigirse, qué era lo que debían hacer, cuándo tenían que celebrar.

Y por muchos años, cada vez que se necesitaba una tesora nueva, *E'láwi* llegaba volando y marcaba cuál era el árbol de madera roja de los barrancos con el que la nueva tesora se tenía que labrar. Son palabras antiguas.

Los tarahumaras escuchan el nawésari

Así dice el *siliame*, cuando habla:

Miren, personas que han llegado hasta este lugar a recibir las palabras de nuestra madre y nuestro padre.

Saludos a todos ustedes, los que llegaron hasta aquí: qué bueno que llegaron todos con bien.

Ojalá que siempre nos juntemos aquí para escuchar las palabras de Los de Arriba, ojalá que siempre sigamos viniendo, ¿no piensan también ustedes así?

Escuchen todos ustedes: este fue muy buen año. Casi no heló. Tuvimos mucha lluvia. Creció mucho el maíz. Dieron mucho fruto los árboles.

No habremos de tener hambre este año, tarahumaras: ha habido mucho maíz, ha habido mucha fruta, no habremos de tener hambre, realmente.

¿No deberíamos de dar las gracias por eso?

En verdad, ahora tendremos que agradecer a Los de Arriba, agradecer a Nuestra Madre, a Nuestro Padre.

Ahora tendremos que juntarnos todos a danzar; tendremos que danzar juntos para darles las gracias a La-que-es-Madre, a El-que-es-Padre; danzando es como les agradeceremos.

Por eso es que tenemos que cantar el *rutubúli*, como lo hicieron desde el principio los que vinieron antes que nosotros, los que vivieron antiguamente.

Tarahumaras, todos ustedes: ¡no olvidemos nunca nuestros cantos! ¡No olvidemos nunca nuestras danzas!

Porque danzar es como tener conversación con Los de Arriba, en verdad.

Danzar es tener conversación con Sol, danzar es como tener conversación con Luna y con las estrellas.

¿No piensan ustedes también eso? ¿No es verdad lo que ahora les digo?

Así dice el *silíame* cuando habla:

Escuchen, tarahumaras: ¡sean buenos todos ustedes!

¡Vivan con el producto de su trabajo! ¡Trabajen bien! ¡No roben nada!

Escuchen todos los tarahumaras: cuando levanten mucho maíz, ¡tienen que compartirlo! Porque así es como andamos los tarahumaras por este mundo: compartiendo; así es como hemos vivido siempre, compartiendo entre todos, aquí en estas tierras.

Así pensamos los tarahumaras: cuando hay mucho maíz, hay que compartirlo con los demás, hay que darle a los que no tienen.

Escuchen todos los tarahumaras: ¡no tomen tanto! Hemos estado tomando mucho, no es bueno tomar tanto.

Nosotros somos los niños de El-que-es-Padre, nosotros somos realmente los niños de La-que-es-Madre.

Nosotros somos los pilares del mundo. Nosotros somos los que le damos fuerza a esta tierra: bailando, agradeciendo, ofrendando a los que viven arriba. De esa manera es como le damos fuerza a la Tierra.

Si nos llegáramos a acabar ¿quién habría entonces de darle fuerza a esta Tierra?

Si llegáramos a olvidar nuestras danzas, si llegáramos a olvidar nuestros cantos ¿quién habría entonces de darle fuerza a esta Tierra?

Si llegáramos a dejar de celebrar y agradecer ¿quién habría entonces de darle fuerza a esta Tierra?

Nosotros somos realmente los Hijos de Los de Arriba, los Niños de La-que-es-Madre, los Niños de El-que-es-Padre. Si nos llegáramos a acabar ¿quién habría entonces de darle fuerza a esta Tierra?

Escuchen, todos ustedes: ciertamente nosotros, los tarahumaras, somos los pilares del mundo.

Lo que se cuenta de los tarahumaras

Se cuenta que antiguamente, en los días de los antepasados, los tarahumaras eran como las flores, que nacían en primavera y se secaban en el otoño. Que casi no duraban en este mundo, vivían únicamente un año y al llegar el invierno se acababan. Y se dice que tan sólo fue con el tiempo que aprendieron a vivir con más fuerza y a durar por muchos años, como es ahora.

Que son los de pies ligeros, los corredores. Que son los hijos de Dios, los niños de Dios. Que son la Gente del Rayo, así dicen los que conocen las palabras antiguas, porque son los que pueden juntar el cielo con la Tierra, porque son los que sostienen el cielo, porque son los pilares del mundo.

Esto se dice también de los tarahumaras: que son los niños de Dios y que son los que le dan fuerza a este mundo. Se dice que son los pilares del mundo.

Huida de Tepósi, el primer gobernador

Los primeros años que *Tepósi* fue gobernador hizo las cosas muy bien: aconsejó a los tarahumaras, los casó, los regañó cuando hacía falta, vigiló que cumplieran con su trabajo, cuidó de que no tomaran demasiado, de que levantaran bien la cosecha. También convocó a las fiestas para llamar la lluvia y para dar gracias.

Pero luego se volvió flojo, se cansó y dejó de hacer las cosas bien. Los años pasaban y *Tepósi* ya no cumplía con su trabajo. No estaba al pendiente, no se preocupaba por lo que estuviera pasando, no daba consejos, no le recordaba a la gente la palabra de los mayores. Y a la gente le daba vergüenza reclamarle y recordarle que tenía que trabajar por los tarahumaras.

Entonces las cosas empezaron a estar muy mal. La gente dejó de juntarse para oír consejos, los hombres y las mujeres dejaron de bailar para pedir agua y para agradecer las cosechas. Los jóvenes no llevaban agua a las casas y otros más comenzaron a robar. Los hombres no cumplieron con sus trabajos, no levantaron las cosechas, comenzaron a tomar demasiado.

Un día se juntaron todos los tarahumaras y le hablaron a *Tepósi*: “Oye bien”, le dijeron, “ya has durado mucho tiempo en el puesto”. “Fuiste muy buen gobernador”, le dijeron, “pero ya son muchos años y tú ya te cansaste”. “¿Qué no estaría bien que desde ahora ya te pusieras a descansar?”. *Tepósi* no sabía que contestarles, nada más los oía. “Eso creemos”, le dijeron, “creemos que ya es tiempo de que te quedes en tu casa a descansar por todo lo que trabajaste. ¿Qué no estaría bien que ahora eligiéramos a otro gobernador?”.

Entonces *Tepósi* sintió mucha vergüenza; se comenzó a agachar y a volverse cada vez más chico, hasta que quedó del tamaño y

de la forma de un ratón. Se convirtió en una tuza, y luego salió corriendo para que ya nadie lo viera. Desde entonces las tuzas huyen de las personas y se meten en sus agujeros para que nadie los vea. También desde entonces los tarahumaras no dejan que los gobernadores duren mucho tiempo en el cargo. Cada tres o cuatro años los cambian, para que siempre tengan fuerzas para trabajar por los tarahumaras.

La guerra contra los tubares

Los *tubares* eran rápidos, fieros, peleoneros, matones. Dicen que mataban a los tarahumaras para comérselos. Vivían por el Río Sinforosa.

Continuamente atacaban a sus vecinos para quedarse con su ganado o para robarles mujeres. Hacían mucho daño.

Atacaban para robar. Salían de sus tierras y quemaban los campos y las casas de los tarahumaras.

Vivían en casas de piedra y lodo, no vivían dispersos como los tarahumaras, y cerca de sus casas había cuevas muy grandes. Cuando los *tubares* eran atacados por los tarahumaras, los *tubares* se escondían en las cuevas, y era muy difícil seguirlos hasta los relices. Los tarahumaras tenían que devolverse a sus tierras.

Se dice que los *tubares* eran inmunes contra las piedras; que cuando un enemigo les lanzaba piedras ellos se reían a carcajadas, porque sabían que las piedras no los podían ni siquiera lastimar, y se dice que una pelotita de lana les hacía más daño que una gran piedra. Eran magos poderosos. Un día los tarahumaras decidieron ir a pelear con ellos hasta acabarlos a todos. Llegaron hasta sus tierras y comenzaron a atacarlos, pero los *tubares* respondieron con mucha bravura.

Muchos tarahumaras murieron y muchos otros quedaron heridos. Los días pasaban y ni los tarahumaras ni los *tubares* vencían. Cada día moría más gente.

Hasta que el gran *Sukurúame* de los tarahumaras habló con los gobernadores y les dijo: “Con un hechizo los venceremos”. Así les dijo.

No se sabe qué fue lo que habrá hecho el *Sukurúame*. Tal vez con rezos, tal vez con plantas, tal vez pidiéndole a Sol que bajara sobre los *tubares*.

Pero Sol bajó sobre los *tubares*.

Quemó sus casas, quemó sus campos, mató a los *tubares*, calcinándolos, el Sol tarahumara. Y así fue como los *tubares* fueron vencidos.

Pero se dice que una mujer *tubar* huyó hasta el río y que, estando en el agua para protegerse de la lumbre de Sol, por el río se fue nadando, aguas abajo, sin que nadie la viera.

Y se dice que río abajo, en un lugar que nadie conoce, están creciendo desde entonces otra vez los *tubares*. Así se cuenta.

Jíkuli escoge a los tarahumaras sobre los seeló

Hace muchísimo tiempo los tarahumaras pelearon contra los *seeló*, los hombres campamocha, que viven en otras montañas.

No se sabe por qué habrán peleado, ya fue olvidado hace tiempo, pero por aquellos días muchos tarahumaras murieron y muchos *seeló* también. Unos dicen, pelearon porque los *seeló* se habían quedado con algunas mujeres de los tarahumaras, se las habían llevado a la fuerza.

Después de muchos pleitos y muchas batallas, todavía no se sabía quiénes eran los que habían ganado, porque tanto los tarahumaras como los *seeló* perdían hombres, y ninguna de las dos partes quedaba más fuerte que la otra.

Pero era tiempo de barbechar, y los tarahumaras dicen que no se debe pelear en el tiempo de la siembra; dicen que no se debe juzgar en el tiempo del barbecho; que no se debe discutir hasta que pase la primera fiesta de agradecimiento a los que viven arriba.

Así que los dos bandos pactaron una tregua: “Vamos a esperararnos hasta el año que viene, porque ya está por comenzar la siembra”, así dijeron entre ellos. Y estuvieron de acuerdo.

También dijeron: “Y una vez que haya pasado la siembra, sigamos peleando, o mejor todavía: nombremos a un juez para que decida cuál de los dos bandos es el que resultó ganador, sin pelear más”.

“¿Y quién habrá de ser ese juez?”, preguntaron entonces los hombres campamocha. Y los tarahumaras respondieron así: “El Señor ‘Jíkuli’”.

Así que llegó el tiempo del barbecho y la gente celebró los agradecimientos para los que viven arriba, pero cuando pasaron las siembras, tanto los tarahumaras como los seeló se volvieron a juntar para presentar el caso ante *Jíkuli*.

Se sentaron en el polvo de un llano, de un lado los seeló y del otro los tarahumaras, y contaron su historia al Señor *Jíkuli*.

Pero *Jíkuli* juzgó a favor de los tarahumaras y dijo que los tarahumaras eran los vencedores. Y es por eso que *Jíkuli* sigue viviendo todavía entre los tarahumaras, y en cambio ya no vive con los seeló.

Llegada de los yori al país de los tarahumaras

El primer blanco que llegó al país de los tarahumaras llegó desde muy lejos, desde tierra caliente, desde más lejos que lo que llaman El Agua Grande.

Quería quedarse con las tierras de los tarahumaras, quería quedarse con las cosas que los tarahumaras habían poseído desde el principio; andaba buscando dinero.

Los tarahumaras le dijeron que se fuera, que allí no lo querían, que se devolviera hasta la tierra que queda más lejos que El Agua Grande.

Entonces el *yoli* sacó su espada y se puso a pelear para echar de allí a la gente y construir su propia casa y su propia milpa. Quería meter en esas tierras su propio ganado.

Pero los tarahumaras, cuando vieron el daño que les hacía, pelearon también contra él. Usaron las cosas de aquel tiempo: flechas, varas y piedras, y con todo pelearon contra él.

Después de luchar por largo rato, lo vencieron. Entonces los gobernadores dijeron: “¿Qué haremos con el blanco? ¿En dónde lo pondremos?”. Entonces decidieron matarlo para que él no volviera matar a tarahumaras.

Y le cortaron la cabeza y la arrojaron a un barranco.

Se dice que la cabeza del blanco bajó rodando por la ladera, que era muy alta. Pero al llegar abajo, abrió una grieta muy honda y cayó hasta el fondo, en donde hasta ahora se encuentra. Allí está escondida la calavera del blanco.

Por eso hasta ahora ese lugar es conocido como *Moólachi*, y allí existe una grieta muy honda, y guarda en el fondo la calavera de un blanco.

Los blancos regresan en gran número y encuentran dinero

Así se escribió, hace muchísimo tiempo: pero los blancos siguieron llegando a las tierras de los tarahumaras. Llegaban en caballos, en burros, en carretas, a pie. Unos eran soldados y otros eran *ibápari*.

Los *ibápari* lavaban las cabezas de los adultos para volverlos cristianos, construían iglesias, levantaban torres y les ponían campanas para tocarlas e invitar a los tarahumaras a acercarse.

Pero los soldados subían a los cerros, iban mirando con cuidado, iban explorando. Iban buscando plata por las montañas.

Como los tarahumaras se molestaban porque llegaba mucha gente y se asentaba en sus tierras sin permiso alguno, los *ibápari* platicaron con los gobernadores y les pidieron licencia para quedarse con ellos, para hablarles de Jesucristo y para lavarles las cabezas y hacerlos cristianos.

Entonces los gobernadores de los tarahumaras les dijeron que los *ibápari* podían quedarse allí con la condición de que no trajeran con ellos más blancos, ni dejaran entrar mineros, ni sembraran sus tierras, ni criaran en ellas ganado, porque no querían perder sus tierras a manos de los blancos.

Pero los blancos encontraron mucha plata en las montañas de los tarahumaras, y muchos otros siguieron llegando desde muy lejos, en gran número.

Y todos los que llegaban iban construyendo casas, iban asentándose en tierras que no eran de ellos, iban sembrando las tierras, las iban cercando. Criaban en ellas ganado, las llenaban de vacas y de toros, y muchos obligaron a los tarahumaras a trabajar para ellos.

Luego les pagaban muy poco y los trataban muy mal.

A veces los golpeaban, o los obligaban a trabajar sin ningún pago. A veces también los mataban.

*Una gran enfermedad llega
a las tierras de los tarahumaras*

Así se escribió, hace muchísimo tiempo: cuando los blancos comenzaron a sacar esa plata de las montañas, mucha gente comenzó a sentirse mal y muy pronto se enfermó; de un día a otro perdían todas sus fuerzas, y al poco tiempo morían.

Nadie podía curar a los enfermos. Ni los *u'sukútame*, ni los *owirúame*, ni los *ibápari*. Hicieran lo que hicieran, los enfermos de todas maneras morían.

Si los gobernadores organizaban ceremonias, si los *u'sukútame* se ponían a buscar las almas perdidas, si los *ibápari* cantaban en las iglesias, si los *owirúames* les daban a beber hierbas de la salud a los enfermos, los enfermos de todas maneras morían.

En pocos días, los campos se quedaban sin labrar y los pueblos se quedaban sin gente.

Y los que quedaron vivos sintieron mucho dolor y mucho miedo.

*Los gobernadores llaman
a no escuchar las campanas*

Así se escribió, hace muchísimo tiempo: entonces los gobernadores tarahumaras invitaron a la gente a no acercarse a los blancos y a no ir a las iglesias, porque ignoraban lo que estaba ocurriendo, y porque pensaron que los ibápari eran los brujos de los blancos; pensaron que todo lo que los blancos hicieran iba a dañar a los tarahumaras.

Tenían miedo de que hasta el mero sonido de las campanas fuera lo que los estaba enfermando.

“Aléjense de los blancos”, les decían, “aléjense de sus pueblos, aléjense de las iglesias”, todo eso decían.

“No escuchen nada de lo que digan los blancos”, les decían, “no escuchen ni siquiera el sonido de las campanas”. Así les gritaban.

Cosas extrañas anuncian malos días

Así se escribió, hace muchísimo tiempo: un día, cuando las plantas ya comenzaban a secarse, apareció de noche en el cielo una como cabellera de luz. En los primeros días se veía sin su cabeza de estrellas, pero después apareció esa cabeza hacia donde sale Sol, con una gran cabellera de luz hacia donde Sol se pone. La gran estrella estuvo apareciendo durante tres semanas, y llenó a todos de terror.

La noche en que apareció en el cielo la gran estrella, aparecieron fuegos en las colinas de Papigochi, cercanos a la iglesia, corriendo por todas partes. Los fuegos eran verdaderamente espantosos.

Y apareció también una bola de lumbré suspendida en los aires, que luego estalló ruidosamente como el trueno de un rayo, y desapareció.

Poco después de las primeras lluvias, toda la tierra de los tarahumaras se sacudió fuertemente.

En la noche, entre el viernes y el sábado santo, las campanas del templo de Papigochi, sin que nadie las tocara, sonaron solas por dos veces, a la manera triste en que suenan durante los funerales.

El río Papigochi se desbordó, y se pudo ver inmensas olas en forma de conos que se elevaban a gran altura, y luego caían con estrépito sobre el lecho del río, para después seguir su camino.

Ganó regresa para amenazar a los blancos

Así se escribió, hace muchísimo tiempo: en Kokomólachi, después de un mediodía completamente sereno, un cura que estaba parado frente a la puerta de la casa alcanzó a ver un enorme gigante que tenía vuelta la cara hacia los cerros vecinos.

Superaba a los árboles más altos desde la cintura.

Y se inclinaba hacia el suelo como si quisiera arrojar grandes piedras a los que habían venido de lejos.

Entonces los blancos supieron que les esperaban días tristes en la tierra de los tarahumaras.

Los tarahumaras deciden recuperar todas sus tierras

Así se escribió, hace muchísimo tiempo: un día ocurrió que una mujer, a la que los blancos habían dejado sin marido y también sin hijo, comenzó a gritar insultos en contra de ellos por todas partes, llamando a la gente para que se levantara y echara a los españoles fuera de aquellas tierras.

Esa mujer, cuyo hijo se llamaba *Ikíti*, habló con un gobernador tarahumar que antes había ayudado a los *ibápari* y le contó lo que le habían hecho los blancos con su marido, con su hijo y con ella.

“¿No habremos de hacer nada?”, le preguntó, “¿seguiremos tolerando todo el mal que los blancos nos hacen?”. Entonces el gobernador convocó a todos los tarahumaras para ponerse de acuerdo y les dijo: “Que la gente decida lo que habremos de hacer”. Y todos le contestaron: “Echar a los blancos fuera de nuestras tierras”.

Todos escucharon y todos hablaron, y la gente decidió sacar por la fuerza a todos los españoles de aquella tierra de los tarahumaras.

*Tepólame echa fuera de las tierras
del Papigochi a todos los blancos*

Así se escribió, hace muchísimo tiempo: ese gobernador se llamaba *Tepólame*, al que la gente llamaba *Tepoláka*, y *Tepólame* mandó un llamamiento a todos los tarahumaras de la sierra, aún a los que vivían más lejos, para que se levantaran y pelearan contra los blancos.

Tepólame decidió el mes y el día, y también el valle en el que la gente tenía que juntarse para comenzar a pelear. Y hacia todas partes del territorio salieron los mensajeros a llevar la noticia de que los tarahumaras habían decidido pelear por la tierra.

Cuando llegó el mes y el día, la gente comenzó a llegar a pie desde todas las partes de la sierra, y todos llegaban armados con arcos, flechas, carcajes, flechas envenenadas y lanzas de madera.

Y cuando ya estaban preparados, *Tepólame* gritó la orden de que atacaran. Entonces los tarahumaras quemaron la iglesia y luego se dirigieron al lugar en el que estaban los soldados españoles con todas sus armas, y cada vez se juntaba más gente que quería pelear con ellos, así que los tarahumaras mataron con ferocidad a todos los españoles que encontraron allí. Y quemaron todo lo que se hallaba a su paso.

*Llegan animales nuevos desde
el otro lado de El Agua Grande*

Cuando los tarahumaras comenzaron a pelear con los blancos, los blancos ya habían traído con ellos, desde el otro lado de El Agua Grande, animales como caballos, burros, chivas y cerdos.

Pero durante los pleitos con los tarahumaras, muchos de estos animales se perdían en el campo o eran dejados atrás por los españoles al huir.

A veces un tarahumar que iba persiguiendo a un soldado se encontraba un caballo cansado, que había sido abandonado por los españoles. Entonces lo recogía y se lo llevaba con él.

A veces los tarahumaras tomaban un llano y corrían a los españoles que estaban allí, y en el llano encontraban vacas y chivas. Y se quedaban con ellas.

Y así fue que los tarahumaras comenzaron a tener ganado. Vacas, burritos, caballos. Los animales que los blancos habían traído desde el otro lado de El Agua Grande.

Otros iséríkames y sukurúames pelean contra los blancos

Así se escribió, hace muchísimo tiempo: *Kobaméa*, fue ayudado por la gente. Era famoso y fiero. Aumentó enormemente su poder. Hizo que los mineros abandonaran sus minas. Peleó contra los españoles.

Kichísali, hechicero. Era anciano y todos los tarahumaras lo veían como a un gran enseñante. Lo veneraban, doblaban la rodilla cuando pasaba enfrente de ellos, y si se les acercaba, se hincaban y le besaban los pies. Peleó contra los españoles. Hablaba a las multitudes y todos hacían lo que les dijera que hicieran. Era capaz de desatar las tempestades. Muchos lo vieron, junto a otros danzantes, elevarse por los aires al bailar.

El *sukurúame* que solía tomar la forma de muchas fieras. Podía convertirse en oso, en lobo, en jaguar, y bajo esa forma atacaba. Peleó contra los españoles.

El *sukurúame* que guardaba en su cueva diez terribles espíritus familiares, peleó contra los españoles.

El *sukurúame* que se acompañaba de dos moscas gigantes, que eran también los espíritus de dos viejos tarahumaras, peleó contra los españoles.

Oná, silíame en Papigóchi. Desobedeció a los ibápari, aconsejó a los tarahumaras que no fueran a bajar de los montes, y que trataran de encontrar más aliados por otras tierras, para que si los españoles los obligaban a volver a los pueblos, pudieran resistir con fuerza suficiente. También peleó contra los españoles.

Maniwéli Kajuríchi, Silíame en *Kajuríchi*, con sus dos hijos, que levantaron a miles de tarahumaras y los refugiaron en el cerro de Sopechí, en donde estaban a salvo de los blancos. Los tres murieron después de atacar Sisogíchi. Pelearon contra los españoles.

Y los tarahumaras iban todos corriendo la voz, y cuando encontraban personas que no hablaban su lengua, les entregaban unos palitos rayados, en señal de nuevas conjuraciones contra los blancos; a los llamados conchos, a los llamados pimas, a los llamados tepehuanes, y a muchas otras personas de este país, para que conchos y pimas y tepehuanes, y muchos otros más, se acercaran a los tarahumaras y pelearan unidos para recuperar la tierra.

Muere Tepólame

Así se escribió, hace muchísimo tiempo: cuando la guerra se extendió por todos los pueblos, *Tepólame* se levantaba delante de miles de personas y les gritaba que recuperaran lo que les pertenecía, les gritaba que lucharan sin detenerse, que no dejaran en la tierra tarahumara a ningún hombre blanco.

Todos luchaban con fuerza contra los yoli y cuando ganaban quemaban todos sus pueblos, sus ranchos y sus minas.

Luego quemaron también todas las iglesias, y los blancos que no murieron, todos tuvieron que salirse de la tierra tarahumara.

Pero los blancos enviaron hasta la sierra muchos más soldados, con armas y caballos.

Y en Tomochi, poco más adelante del pueblo, unos hombres traicionaron a *Tepólame* y lo entregaron a los blancos.

Entonces fue llevado ante el gobernador, que ese mismo día lo condenó a morir ahorcado en el pino más alto.

Y el padre se le acercó y le dijo que se bautizara, y que conociera a Dios, advirtiéndole sobre los castigos del infierno. Pero *Tepólame* le respondió que no quería bautizarse ni acercarse al dios de los blancos si antes no los veía a todos ellos, vestidos y calzados, entrar al cielo, y luego regresar a la Tierra con los zapatos puestos, y que cuando lo capturaron les había dicho que allí mismo lo ahorcaran, y para qué querían que dijera nada, y si ahora ellos lo estaban capturando y ahorcando a él, él mismo también había capturado y ahorcado a muchos españoles.

Y lo ahorcaron desde el pino más alto, en Tomochi, y dejaron que su cuerpo se quedara allí colgando, deshaciéndose con la lluvia, para que todos los tarahumaras tuvieran que verlo hasta que sus huesos cayeran solos sobre la tierra. Así se escribió todo esto, hace muchísimos años.

*Canción por la muerte de E'láwi,
el gran pájaro carpintero*

*Los hijos chiquitos de E'láwi
los hijos chiquitos de E'láwi
los hijos chiquitos de E'láwi
llorando, con el pico abierto
llorando, con el pico abierto
llorando, con el pico abierto.*

*Quisieran comerse un gusano
quisieran comerse un gusano
y están sentados, llorando
están sentados llorando
los hijos chiquitos de E'láwi.*

*Están arriba, llorando
están arriba llorando
están arriba en la cumbre
están arriba en la cumbre.
En la cumbre están llorando.*

Los apaches son derrotados

Se dice que hace también muchos años, los apaches entraron por fuerza a las tierras de los tarahumaras. Llegaron montados a caballo. Por donde quiera que pasaban mataban tarahumaras y se robaban a sus mujeres y a sus niños. Como los tarahumaras no tenían entonces tantos caballos, era muy difícil para ellos defenderse, así que los apaches ganaban las peleas y causaban mucho dolor entre la gente.

Pero cuando llegaron a Nalálachi los apaches se detuvieron allí para descansar. En esos días el lugar todavía no se llamaba así, porque tenía otro nombre, pero ahora la gente ya lo olvidó. Como en Nalálachi hay una cueva muy grande, los apaches se subieron hasta la cueva y guardaron allí todas sus cosas. Allí adentro comieron, platicaron, bebieron y descansaron.

Los tarahumaras no sabían qué hacer para sacar a aquella gente de sus tierras, así que los de Nalálachi se fueron a llamar tarahumaras de otras partes para ponerse de acuerdo y saber qué hacer. Mucha gente llegó por la noche y allí se juntaron. Así decían: “No tenemos suficientes caballos para pelear con ellos y sacarlos de la Sierra Tarahumara”. “¿Qué podremos hacer para derrotarlos?”, se preguntaban.

A alguien se le ocurrió entonces hacer una treta que engañara a los apaches. Se pusieron de acuerdo, hablaron muy bien sobre cómo tenían que hacer para engañarlos. Se prepararon todos y a la mañana siguiente un gobernador fue hasta la cueva para platicar con los apaches.

Así les dijo el gobernador: “Oigan bien: ustedes ya están aquí; la gente ya está cansada de tanto estar peleando; ¿qué no estaría bueno dejar de pelear?”. Los apaches no sabían qué contestarle,

estaban confundidos. Así que le preguntaron: “¿Y cómo vamos a saber que los tarahumaras en verdad ya no quieren seguir peleando? ¿Cómo vamos a saber que ustedes no nos quieren hacer ningún mal?”.

El gobernador les contestó: “Para que ustedes sepan que no queremos hacerles ya ningún daño, y para que ustedes ya no nos hagan tampoco ningún daño a los tarahumaras, vine a invitarlos a tener una gran fiesta esta noche; vamos a hacer música juntos, vamos a cantar juntos. Y los tarahumaras les vamos a ofrecer tesgüino del que se hace en esta tierra, que es fresco y sabroso, y que se hace con el mejor maíz”.

Cuando los apaches escucharon estas palabras se pusieron muy contentos. Sus jefes se juntaron y platicaron entre ellos. Luego volvieron con el gobernador y le dijeron: “Estamos de acuerdo en tener una fiesta con ustedes y en tomar del tesgüino que se hace en esta tierra, pero ponemos como condiciones que los tarahumaras dejen sus armas allá abajo y que vengan a festejar aquí arriba en la cueva”. Dijeron esto porque tenían miedo de que se tratara de una trampa, de una mentira para que hombres escondidos los pudieran atacar desde los pinares. Pero el gobernador tarahumara estuvo de acuerdo y regresó para preparar la fiesta junto con los demás.

Cuando llegó la noche los tarahumaras subieron hasta la cueva cargando con sonajas, tambores, flautas, violines y una gran olla de barro llena de tesgüino fresco. Saludaron a los apaches, se dieron las manos, se dijeron bonitas palabras y la fiesta comenzó. Los músicos tarahumaras comenzaron a tocar los tambores, los violines, las flautas y las sonajas.

Entonces los gobernadores tarahumaras comenzaron a servir huejas de tesgüino a todos los que estaban en la cueva, pero mientras servían huejas llenas a los apaches, a escondidas no servían nada a los tarahumaras, porque los *sukurúames* habían echado a aquel tesgüino una hierba soporífera para dormir a

los apaches. Así que los tarahumaras fingían estar bebiendo y se ponían a bailar, como si se estuvieran emborrachando, pero los apaches bebían de verdad y se emborrachaban con rapidez. Toda la tarde gritaron de contento y muy pronto se comenzaron a quedar dormidos.

Al quedarse dormidos todos los apaches, los gobernadores dieron la orden, los tarahumaras se salieron y muchos tarahumaras que se habían escondido afuera entre los árboles llegaron para tapiar la entrada de la gran cueva. Aparecían de todas partes, llegaban con lodo y con piedras, con maderos grandes y con lajas. Muy rápido se pusieron a cerrar aquella cueva, hasta que el muro llegó hasta el techo de la cueva.

Dicen que a la media noche comenzaron a escucharse los gritos de los apaches encerrados. Toda la noche gritaron, pidieron ayuda, trataron de quitar las piedras del muro. Pero no pudieron. Así que cuando entendieron que allí se iban a quedar para siempre, se soltaron llorando. Desde afuera se oían los lamentos.

Por eso ese lugar comenzó a ser llamado *Nalálachi*. Y así fue como los tarahumaras derrotaron a los apaches que habían invadido sus tierras. Son palabras antiguas.

La última visita de El-que-es-Padre

La última vez que El-que-es-Padre bajó a este mundo lo anduvo recorriendo por todas partes. Subió a los caseríos de las cumbreras, anduvo por los valles, recorrió los sembradíos y bajó hasta las barrancas. Lo encontró todo otra vez muy descompuesto. La gente peleaba, los animales se perseguían unos a otros y se mataban, los *yoli* abusaban de los *rarámuri* y nadie hacía las cosas como era debido. Entonces decidió regresar allá arriba, hasta el cielo.

Pero antes de subir labró dos cruces, y puso una en donde sale Sol y la otra en donde se pone.

La primera cruz la puso para subir él mismo al cielo, y también para volver a bajar, si alguna vez quiere hacerlo. La segunda la puso para que cuando mueran los tarahumaras, también sus almas puedan subir al cielo para volver a ser estrellas.

Entonces El-que-es-Padre se devolvió hasta allá arriba, de nuevo subió tres veces más alto que los tejados, remontó las tres partes del cielo, llegó hasta la parte más alta.

Y se dice que intenta volver a destruir el mundo, porque piensa que, una vez más, las cosas no fueron creadas de buena manera.

Pero cuando lo dijo en voz alta, allá arriba, La-que-es-Madre le respondió: “No te metas con ellos. Me da compasión la familia que dejamos atrás”.

Y es tan sólo por eso que el mundo subsiste.

Esa fue la última vez que El-que-es-Padre bajó al mundo. Y no ha regresado nunca.

Cuervo instruye en las cosas antiguas a Waalá

Estas no son palabras de ahora, son palabras de los tiempos antiguos. Dicen que en una ocasión, Cuervo oyó el canto de *Waalá* y se acercó volando hasta él. “Cantas muy bien”, le dijo, “eres muy inteligente y creo que harías bien en aprender también todas las cosas que pasaron en el principio”. Pero *Waalá* no sabía absolutamente nada de lo que había pasado en el principio, así que Cuervo le enseñó todo: “Oye muy bien”, le dijo, “fíjate bien, aprende lo que te voy a enseñar...” Y comenzó a decirle todas las palabras antiguas.

Entonces *Waalá* comenzó a repetir una por una las palabras, hasta que se aprendió muy bien el primer decir, y Cuervo pasó a enseñarle el segundo decir y *Waalá* lo aprendió todo, y luego el tercer decir, y luego el cuarto, hasta instruirla en todas las cosas que pasaron desde el principio.

Y así fue como *Waalá* aprendió la palabra de los antepasados. Y se dice que fue *Waalá* el que se las enseñó después a los tarahumaras, porque cada vez que los de arriba se enojaban mandaban destruir el mundo, y la gente se olvidaba de todo, así que había que enseñárselas de nuevo.

Y *Waalá*, que sabe nuestra palabra, se paraba en lo más alto de un táscale y comenzaba de nuevo a cantar:

*¡Escuchen, todos ustedes, la gente buena,
escuchen bien!*

*Así se ha venido diciendo desde el principio:
Los abuelos de los antepasados
les contaron a los antepasados,*

y los antepasados
les contaron a nuestros propios abuelos,
que hace muchísimo tiempo,
cuando todo empezó,
el llano estaba completamente solo
a oscuras y en silencio.

Nada más había dos hermanos.
Eran como dos niños.
Los dos eran tan pobres
que sólo se vestían
con las hojas de las palmas,
y cuando sentían hambre
se comían sus propios piojos,
porque nada más existía:
No había cerros, ni ríos, ni árboles,
ni barrancos,
ni tampoco animales,
ni agua, ni piedras;
muy pocas cosas existían.

Los dos andaban a tientas
porque casi no podían ver.
Los dos eran muy oscuros, sin calor y sin luz.
Y cuando se cansaban y se dormían,
el mundo se quedaba completamente oscuro
y en silencio.

Epílogo

Los tarahumaras, o rarámuri (también escrito *ralámuli*), son un pueblo que actualmente habita buena parte de las zonas septentrionales de la Sierra Madre Occidental. En el pasado su territorio fue bastante más extenso que en la actualidad y llegó a ocupar buena parte de las llanuras fértiles de lo que ahora es el oeste del estado de Chihuahua, pero las guerras contra los españoles y los posteriores despojos por parte de los mestizos los empujaron hacia las partes más agrestes, pero más defendibles, de su territorio, es decir: las montañas. Durante el siglo XVII el militar español Fernández de Retana calculó su número en veinte mil personas. A principios del siglo XXI son alrededor de cien mil, la mayoría de las cuales afortunadamente todavía hablan su idioma ancestral.

El relativo aislamiento en el que han vivido durante los últimos tres siglos les ha permitido mantener algunos rasgos de su cultura cuyos equivalentes en las culturas de otros grupos indígenas del país, en cambio, se transformaron ya radicalmente, debido a la fuerte influencia del catolicismo impuesto por los misioneros. Entre ellos destaca la tradición oral; el conjunto de mitos, canciones, fábulas y narraciones que, hasta hace muy poco tiempo, ocupaba para ellos el lugar que para los habitantes de las ciudades ocupan la historia y la ciencia. Este libro es, precisamente, una fusión de piezas verbales provenientes de esta tradición oral que, en casas y sitios de reunión dispersos entre los valles, las barrancas, los voladeros y las cascadas de la Sierra Madre, ha mantenido durante milenios una asombrosa capacidad de permanencia, dando testimonio no sólo de la fértil imaginación indígena, sino de los contactos culturales que los tarahumaras han tenido con otros pueblos de regiones a veces muy distantes entre sí.

El libro no consta, sin embargo, de una recopilación que refleje estrictamente la narrativa tradicional tarahumara tal y como subsiste hasta ahora. Con la intención de ofrecer a los posibles lectores, sobre todo a los jóvenes tarahumaras, un panorama de lo que fue la cosmovisión *antigua* de este pueblo, el libro más bien parte de una selección que intencionalmente deja fuera todas aquellas piezas de innegable origen europeo. En efecto, y como tantos otros pueblos indígenas de América, los tarahumaras contemporáneos han incluido en su folclor numerosos personajes y temas narrativos que llegaron hasta ellos a través de las misiones y las escuelas del Estado mexicano. En sus conversaciones, llevadas a cabo a veces a la luz de una hoguera y bajo el cielo estrellado de las barrancas, coinciden antiquísimas historias de serpientes del agua y destrucciones cíclicas del mundo con historias bíblicas, fábulas de Esopo o hasta chistes mexicanos, en narraciones apenas modificadas –en el caso de estas tres últimas categorías– por el particularísimo escenario amerindio de la Sierra Madre Occidental. De manera que sólo he incluido textos de posible origen amerindio, privando así a este texto del valor de un testimonio de tipo científico. A pesar de lo que implica una criba de esta naturaleza (necesariamente arbitraria), no me ha resultado demasiado difícil sacrificar esas –a veces interesantes, lo reconozco– incrustaciones. Durante el proceso de escritura del libro, y conforme dichas piezas iban saliendo, el conjunto narrativo se iluminaba, esbozando un paisaje extraño, profundo y sumamente poderoso y coherente desde el punto de vista mitológico.

Las otras dos libertades que me permití son quizá más violentas. La primera es la de haber incluido en el texto un par de narraciones guarojías, y no estrictamente tarahumaras; la segunda es la de haber adaptado algo menos de una decena de párrafos provenientes de crónicas históricas, en el contexto de un trabajo que, repito, contiene casi únicamente piezas surgidas de

la tradición oral tarahumara. En el caso de las narraciones guarojías mi justificación estriba en el hecho de que los guarojíos son un pueblo que muestra una máxima afinidad lingüística y cultural con los tarahumaras (algunos lingüistas consideran a las lenguas de ambos grupos como extremos dialectales de un mismo idioma), y en ocasiones los guarojíos han mantenido mitos axiales que entre los tarahumaras fueron olvidados hace mucho tiempo, por ejemplo, los relativos al origen del maíz. En el segundo caso, la razón es el hecho de que no he podido encontrar más que tres narraciones tarahumaras de contenido claramente mito-histórico, y haberlas presentado aquí solas hubiera desequilibrado todo el conjunto. Por lo anterior, me atreví a transplantar algunas escenas tomadas del libro de Joseph Neumann, *Historia de los levantamientos de los indios tarahumaras*, en traducción del maestro Luis González Rodríguez, que embonan muy bien con las narraciones tarahumaras con las que contaba y que conducen todo el hilo narrativo, ya hacia su final, hacia el mundo de la historia. Una circunstancia adicional me terminó de dar la valentía necesaria: la de que dichos párrafos, además, acusaban en el discurso del jesuita alemán una fuerte influencia de la tradición oral indígena, ya que incluían a personajes surgidos de ella (como *Ganó*, el gigante), apenas retocados por la redacción del misionero. En efecto, en el siglo XVII la mente de un jesuita europeo y la de sus conversos tarahumaras compartían –para nosotros quizá de manera inesperada y hasta contradictoria–, algunos procedimientos en común, de manera que sus imaginarios, finalmente, no resultaban tan incompatibles entre sí.

Cabe terminar, entonces, aclarando que las fuentes en las que me he basado son principalmente testimoniales directas, captadas con la grabadora o transcritas en su momento mediante la computadora y de frente al narrador. Pero, como acabo de aclararlo, en ocasiones han sido también textuales. En este sentido –y si lo que me interesaba era tratar de reconstruir un antiguo

paisaje mitológico y revalorizar la tradición narrativa amerindia, fuera del ámbito gravitacional del catolicismo o de la cultura popular de origen europeo—, los registros dejados por los cronistas misionales, el noruego Carl Lumholtz y los primeros antropólogos que describieron la cultura tarahumara, resultaban indispensables.

Dedico este trabajo en primer lugar a Kenia e Iram Ortega Carrillo, con la esperanza de acercarlos al rico y hermoso mundo de los tarahumaras. Pero también, con respeto y admiración, a las casi cien mil personas que, a pesar de sufrir las terribles consecuencias de ya más de tres siglos de marginación, despojos y discriminación, y a pesar de la pobreza material a la que todo esto las ha condenado, todavía ahora mantienen vivo no sólo el tarahumara, la “lengua del sol”, sino también, y en muy buena medida, las numerosas historias mediante las que, durante milenios, ellos mismos han descifrado el deslumbrante territorio, físico y cultural, que les legaron los respetados *anayawari*, sus ancestros.

Glosario

Términos y expresiones de origen tarahumara
o de uso regional

A'lisópali (Pronunciado “a-lisópari”, con un alto glotal al final de la primera sílaba), literalmente: “la estrella de abajo”.

Anayáwali (Pronunciado “anayáwari”), los antiguos, los ancestros, los habitantes del espacio y el tiempo mitológico.

Arára (Pronunciado “arrárra”), nombre de una constelación, “el arado”. La palabra proviene del castellano.

Awarís Pequeña piña resinosa de los cipreses y los táscales. Los tarahumaras creen que son la comida preferida de las zorras.

Ba'wísini (Pronunciado “ba-wíshini”, con un alto glotal al final de la primera sílaba), nombre mitológico de la gran serpiente dueña de los aguajes y los ríos, literalmente: Serpiente-de-agua.

Bakánowa Nombre de una planta que crece en las cercanías de los aguajes, perteneciente al género *Scyrpus*, emparentado a su vez con los pastos.

Batáli (Pronunciado “batari”), bebida alcohólica hecha a base de maíz germinado y fermentado. Es la bebida ritual y recreacional más importante de los tarahumaras. Se ofrece en numerosas ceremonias y es usada como pago por el trabajo agrario colectivo. Los mestizos lo conocen también como “tesgüino”, término que llegó al territorio tarahumara con los misioneros católicos, durante el Siglo XVII.

Beikyá so'polí (Pronunciado “beikiá so-porí”, el último término con un alto glotal al final de la primera sílaba), nombre de una constelación, literalmente: “las tres estrellas”.

Bikyá'a Tres, el número tres; nombre de una estrella.

Chanate. Ave perteneciente al género *Ictéridae*. Su nombre científico es *Quiscalus mexicanus*. La palabra no es tarahumara,

sino de origen náhuatl (“zanatl”). En otras partes de la república mexicana es conocida como “zanate”.

Chi’lisópali. (Pronunciado “Chi-risópari”, con un alto glotal al final de la primera sílaba), Venus, literalmente: “la estrella del amanecer”.

Chimó. Nombre de una ardilla de regular tamaño, arbórea.

Chimorí. Nombre de un tipo de ardilla pequeña, que habita entre las rocas. Entre los mestizos, quienes han adoptado el préstamo léxico, también se usan las formas “chimorís” (singular), y “chimorises” (plural).

Chipawí. Ardillón, ardilla grande.

Chu’épali. Nombre de un ave pequeña, conocida regionalmente como “saltaparedes”.

Conchos. Nombre que dieron los españoles a un conjunto de tribus que parecen haber compartido un idioma común a lo largo del río del mismo nombre. A sí mismos se llamaban “yoli”, o “yoligla”. A la llegada de los europeos a lo que actualmente es el territorio del estado de Chihuahua, eran el grupo indígena más numeroso, pero con posterioridad a los dos grandes levantamientos en contra de los invasores fueron diezmados por las batallas, los trabajos forzados y las epidemias.

E’láwi, re’láwi. (Pronunciado “e-ráwi”, “re-ráwi”, con un alto glotal al final de la primera sílaba), pájaro carpintero imperial (*Campephilus imperialis*), ave de gran tamaño, ya extinta. Se trataba de la especie más grande de pájaros carpinteros en el mundo. Dejó de ser avistada durante la década de los setenta.

Ganó, kanó. Nombre de uno o varios gigantes mitológicos. En su origen, parece haber sido una deidad de la vegetación, el desmontado de los pinares o incluso la agricultura.

Gawí. La Tierra; el monte; el mundo.

Ibápari. Los sacerdotes católicos; “ibápari” es el intensivo (plural) de la palabra “pari”, “sacerdote”, “padre”, derivada, evidentemente, del castellano.

Isélikame. (Pronunciado “iséríkame” o “isérígame”) gobernadores, es el intensivo (plural) de la palabra “sílíame”.

Jíkuli wa’lúla seelíame. (Pronunciado “jíkuri wa-rúra seería-me”), literalmente: peyote, el Gran Gobernador”.

Jíkuli, jíkuri. (Pronunciado “jíkuri”), el peyote.

Ki’yóchi. (Pronunciado “ki-yóchi”, con un alto glotal al final de la primera sílaba), zorra.

Koséme. Personajes folclóricos encargados de regular el flujo de las aguas terrestres. Según la tradición, no comen ni beben y, por lo tanto, no excretan residuos corporales.

Kwíra bá. (Pronunciado “kuírra bá”), saludo tradicional tarahumara, equivalente a “hola” o “buenos días”. Parece derivar de la palabra castellana “cuida”, porque en tiempos antiguos se usaba la forma “Riósi Kwíra” (¿Dios cuida?).

Labáchi. Literalmente: Calabazal, lugar de las calabazas. Nombre de un cerro localizado en las inmediaciones del poblado de Chogita, en el Municipio de Guachochi.

Mechá. (Pronunciado “metsá”), la luna.

Mo’tóchi. (Pronunciado “mo-tóchi”, con un alto glotal al final de la primera sílaba), descornado; sin cuernos. Se utiliza principalmente al hablar de los venados que pierden, cada temporada, la cornamenta.

Muulí. (Pronunciado “muurí”), tortuga.

Nawésali. (Pronunciado “nawésari”), discurso, sermón, arenga. El “nawésari” ocupa un lugar central en la vida política, moral y religiosa de los tarahumaras.

Nawó. Cuatro, el numero cuatro.

Okwá. Dos; el número dos.

Olemá. (Pronunciado “oremá”), estrella fugaz. Se cree que se trata de un ave de fuego, que se alimenta de almas humanas.

Onáka. Sal.

Owirúame. (Pronunciado “owirrúame”), curandero, shamán.

Papigóchi. Nombre de un río en la Sierra Tarahumara. Literalmente significa “garzal”, “lugar de garzas”.

Rayénali, rayénali. El sol. La palabra significa etimológicamente “la que viene alumbrando”.

Ri’lisópali. (Pronunciado “ri-risópari”, con un alto glotal al final de la primera sílaba), Venus, literalmente: “la estrella de abajo”.

Risínoa. Nombre de un tipo de serpiente.

Ru’chumákali. (Pronunciado “ru-tsumákari”, con un alto glotal al final de la primera sílaba), nombre de un insecto de agua dulce, quizá la llamada “cucaracha de agua” (*Belostoma elongatum*).

Rutubúli; rutúkuli (Pronunciados “rutubúri”, “rutúkuri”), tecolote, búho. Es además el nombre de una importante danza ritual, destinada a propiciar la lluvia u otros favores para la comunidad.

Seeló (Pronunciado “seeró”), nombre que los tarahumaras dan a los tepehuanes del norte. Literalmente significa “campamochas” (el insecto cuyo nombre científico es *Mantis religiosa*).

Sinówi. Serpiente, víbora.

Sukurúame. (Pronunciado “sukurrúame”), hechicero, mago, brujo. Este personaje de la cultura tarahumara parece haber sido demonizado por los misioneros, ya que originalmente pareció haber cumplido con un rol de liderazgo en la época de los grandes levantamientos (siglos XVI y XVII).

Tepólame. Nombre de uno de los grandes guerreros tarahumaras. Su nombre significa “el hachero”. También era (y es todavía) conocido con el nombre de Tepolá (pronunciado “teporá”), o Teporaca, que significa simplemente “el hacha”.

Tepósi. Tuza. Parece haber sido un antiguo nombre propio tarahumara.

Tesóla (Pronunciado “tesóra”), bastón de mando, cayado. Hasta el día de hoy, los gobernadores tarahumaras lo usan como insignia de su autoridad.

Tochápe. Nombre del un pájaro pequeño, cuyo nombre científico es *Junco phaeotus*.

Tubares. Nombre de una tribu y una lengua hoy desaparecidas.

U'libi. (Pronunciado “u-ríbi”, con un alto glotal al final de la primera sílaba), moradores mitológicos de las rocas. La palabra tal vez derive de ulí, barranca.

U'sukútame. Magos, hechiceros. Intensivo (plural) de la palabra “sukurúame”.

Waalá (Pronunciado “waará”), guacamaya.

Wíchali. Tipo de madera utilizada con fines rituales y curativos.

Wikobé. Ceremonia en la que a un recién nacido se le quema un pequeño mechón de pelo con una pequeña tea hecha con un olote de maíz. Algunos la consideran el equivalente tarahumara antiguo del bautismo cristiano. El *wikobé* tiene como finalidad la de liberar al infante de los malos espíritus, para que pueda ser considerado como “hijo de los de arriba”.

Wikókali Sapo cornudo, también llamado “camaleón del desierto”; una de varias especies de reptiles del género *Phrinosoma*, de escamas espinudas y cuerpo aplanado y redondo.

Yóli. (Pronunciado “yóri”), europeos, blancos, mestizos. Términos cognados existen en otras lenguas yutonahuas de la región. Su sentido varía, predominando el de “gente” o “persona”.

Yúmali. (Pronunciado “yúmari”), nombre de una danza ritual de tipo propiciatorio.

Fuentes

Las fuentes orales de esta recopilación, que apenas es una muestra de las cientos de historias que siguen dando sentido y magia al mundo tarahumara, son los narradores tradicionales de las comunidades de Ipo', Ojachíchi, Wa'éachi, Nalálachi, Guachochi, Mogótabo, Cho'léachi, Coloradas de la Virgen, Aboréachi, Nolaachi, Tuchéachi, Sogíchi, Ganóchi, Cieneguita de Sinforosa, Yewachíki, Mesa de la Yerbabuena, Muracháalachi, Finca de Pesqueira, Wetosáchi, Teweríchi, Rowérachi, Munérachi, Reté Siyóna, Poróchi, San Ignacio de Arareko y Basagóta.

Las fuentes documentales son principalmente los siguientes libros y artículos: "Noticias de los tarahumaras", de Johannes Ratkay; *Historia de los levantamientos de los indios tarahumaras*, de Joseph Neumann; *Unknown Mexico*, de Carl Lumholtz; *Tarahumara English Dictionary*, de Thord-Gray; *Crónicas de la Sierra Tarahumara*, de Luis González Rodríguez; *Cuentos tarahumaras*, de Donald Burgess McGuire; "La religión tarahumara", de Margot Heras; *Los pueblos indígenas de Chihuahua*, *Atlas etnográfico*, coordinado por Ana Paula Pintado; *Kite Amachíara Ki'yá Nirúami*, de José Felipe Ramiro; y *Jícuri y bacánowa: rituales de vida y muerte en la Sierra Tarahumara*, de Ángel Acuña Delgado.

Agradecimientos

Deseo expresar mi más cumplido agradecimiento a las siguientes personas: Martín Makáwi, Tirza González, Ignacio Corona, Dolores Batista González, Miguel Manuel Parra, Ro'sáli Parra Vega, Erasmo Palma Fernández, Ángel García, Isidro Baldenegro López, Lucinda Trías Valenzuela, Prudencio Ramos Ramos, Librado Espino Rikusáchi, Agustín Ramos, José Rubén Moreno Gutiérrez, Edgar Moreno Pineda, José Clemente Cleto Mancina, José Luis Tapadera, Kiriaki Orpinel Espino, Chantal Cramaussel y María del Carmen Salmerón Corrales.

Índice

Presentación de Raúl Manríquez Moreno 7

Prólogo de Enrique Servín 11

BILÉ

Los dos hermanos se juntan 21

Otros decires sobre el principio 23

Nacimiento de Chi'lisópali y A'lisópali 24

Nacimiento de la Tierra 25

Esto se dice de la Tierra 26

Nacimiento de las cosas y los tarahumaras 27

Lo que se dice de sol y luna 28

La-que-es-Madre dibuja al Venado 29

El Venado repudia a su mujer 30

Nace Ba'wisini, la primera serpiente 32

Cuervo crea los ríos y las barrancas 33

Otros decires sobre el nacimiento de las barrancas 34

Descenso del Colibrí 35

El Colibrí labra los arroyos 36

El Tlacuache hace correr los primeros ríos 37

Venado enseña a hablar a los tarahumaras 38

Los tarahumaras les cantan a los Dos Hermanos 39

Tlacuache se convierte en el primer partero 41

Sol da de comer su carne a la gente 42

Nacimiento del maíz 43

Los tarahumaras agrandan el mundo 44

La guerra de los árboles 45

Jíkuli se retira al desierto 47

La guerra de los animales 48

Lo que se dice de los pinos 50

Wikókali inventa la muerte 51

Las mujeres estrellas 52
 Otros decires sobre los hermanos estrellas 54
 Muulí ayuda a los tarahumaras a cruzar el río 55
 Los tarahumaras comienzan a pelear entre sí 56
 Los de Arriba deciden destruir el mundo 57
 El zopilote de un solo ojo previene a los tarahumaras 58
 E'láwi intenta salvar al mundo 59
 Primera destrucción de la Tierra 60
 E'láwi y los demás pájaros detienen el agua 61

OKWÁ

Los tarahumaras salvan el maíz y el frijol 65
 Los tarahumaras regresan al mundo 66
 Los cerros comienzan a hablar 67
 El Oso sienta los cimientos de la Segunda Tierra 68
 Amacizamiento de la Tierra 69
 El hombre que sobrevivió a la Lluvia Grande 70
 Se multiplican los perros 73
 El robo del fuego 74
 Los tarahumaras son enseñados 76
 La apuesta del amanecer 77
 Conejo pierde su corona de cuernos 79
 El Zopilote inventa la música 81
 El Cuervo y el Zopilote compiten tocando 82
 El Zopilote se enamora del Cuervo 83
 Venado enseña a los tarahumaras a bailar 85
 La apuesta de los gigantes 87
 Los pájaros carpinteros enseñan la danza de los pintos 89
 El Guajolote enseña la danza del rutubúli 90
 Canción del rutubúli 91
 Los koséme 92
 El Ru'chumákali 94
 Cuervo trae las semillas del chile 95

Lo que se dice del Cuervo	96
Lo que se dice del Wikókali	97
Ganó enseña a sembrar el maíz	98
Chu'ëpali se pierde en el camino	100
El Cuervo enseña a repartir el maíz	102
Los ulíbi	103
Origen de la sal	104
La sal tapa la entrada de una gran cueva	106
Cómo nació el chotacabras	107
Los siete hermanos vuelven a ser estrellas	108
La cara de Luna	110
Lo que se dice de las estrellas y el cielo	111
Sol se apaga	113
La humanidad se junta en Wetosáchi	114
Segunda destrucción del mundo	115
La rebelión de las cosas	116
Una familia se sumerge en una tinaja de piedra	117
Los ríos cambian el rumbo de sus caminos	118

BEKYÁ

Resurgimiento desde el agua	121
El Grillo burla al Coyote	122
Fiesta en el cielo	124
Ba'wísini rapta a una mujer	126
La gente ha dicho esto de Jíkuli	127
Bakánowa	129
Lo que se dice del Colibrí	131
Ganó se convierte en un árbol	133
Ganó ayuda a los tarahumaras	134
Esto se cuenta de las cosas que tienen alma	136
El owirúame que no se quería morir	138
Lo que se dice de los murciélagos	139
Lo que se piensa del arcoíris	140

El arcoíris se roba a dos muchachas	141
Muerte de Ganó	143
El rapto de la Serpiente del agua	145
Lo que la gente piensa de Ba'wísini	146
Risínoa	148
Muerte de Sinówi	149
Flechamiento del Venado	151
Lo que se dice del Venado	153
Piedras hambrientas	154
Canción de Waalá, que sabe nuestra palabra	156
Sol y Luna se apagan de nuevo	158
Cuando se apaga Sol	160
El Olemá	161
Los de Arriba ordenan un terremoto	162
Tochápe intenta disuadir a Los de Arriba	163
Tercera destrucción del mundo	164

NAWO

El Oso reconstruye todas las cosas	167
Cómo tratar a los osos	168
Lo que nos dicen los animales	169
El primer gobernador	171
E'láwi señala al árbol de la tesora	172
Los tarahumaras escuchan el nawésari	173
Lo que se cuenta de los tarahumaras	175
Huida de Tepósi, el primer gobernador	176
La guerra contra los tubares	178
Jíkuli escoge a los tarahumaras sobre los seeló	180
Llegada de los yori al país de los tarahumaras	182
Los blancos regresan en gran número y encuentran dinero	183
Una gran enfermedad llega a las tierras de los tarahumaras	185

Los gobernadores llaman a no escuchar las campanas	186
Cosas extrañas anuncian malos días	187
Ganó regresa para amenazar a los blancos	188
Los tarahumaras deciden recuperar todas sus tierras	189
Tepólame echa fuera de las tierras del Papigochi a todos los blancos	190
Llegan animales nuevos desde el otro lado de El Agua Grande	191
Otros isérikames y sukurúames pelean contra los blancos	192
Muere Tepólame	194
Canción por la muerte de E'láwi, el gran pájaro carpintero	195
Los apaches son derrotados	196
La última visita de El-que-es-Padre	199
Cuervo instruye en las cosas antiguas a Waalá	200
Epílogo	203
Glosario	207
Fuentes	212
Agradecimientos	213

Anirúame

*Historias de los tarahumaras
de los tiempos antiguos*
de Enrique Servín

Se imprimió el mes de octubre
del año 2020 en los talleres
gráficos de IMAP

La edición comprende
mil ejemplares

Cuidado de la edición:
Raúl Manríquez
y Rubén Mejía

